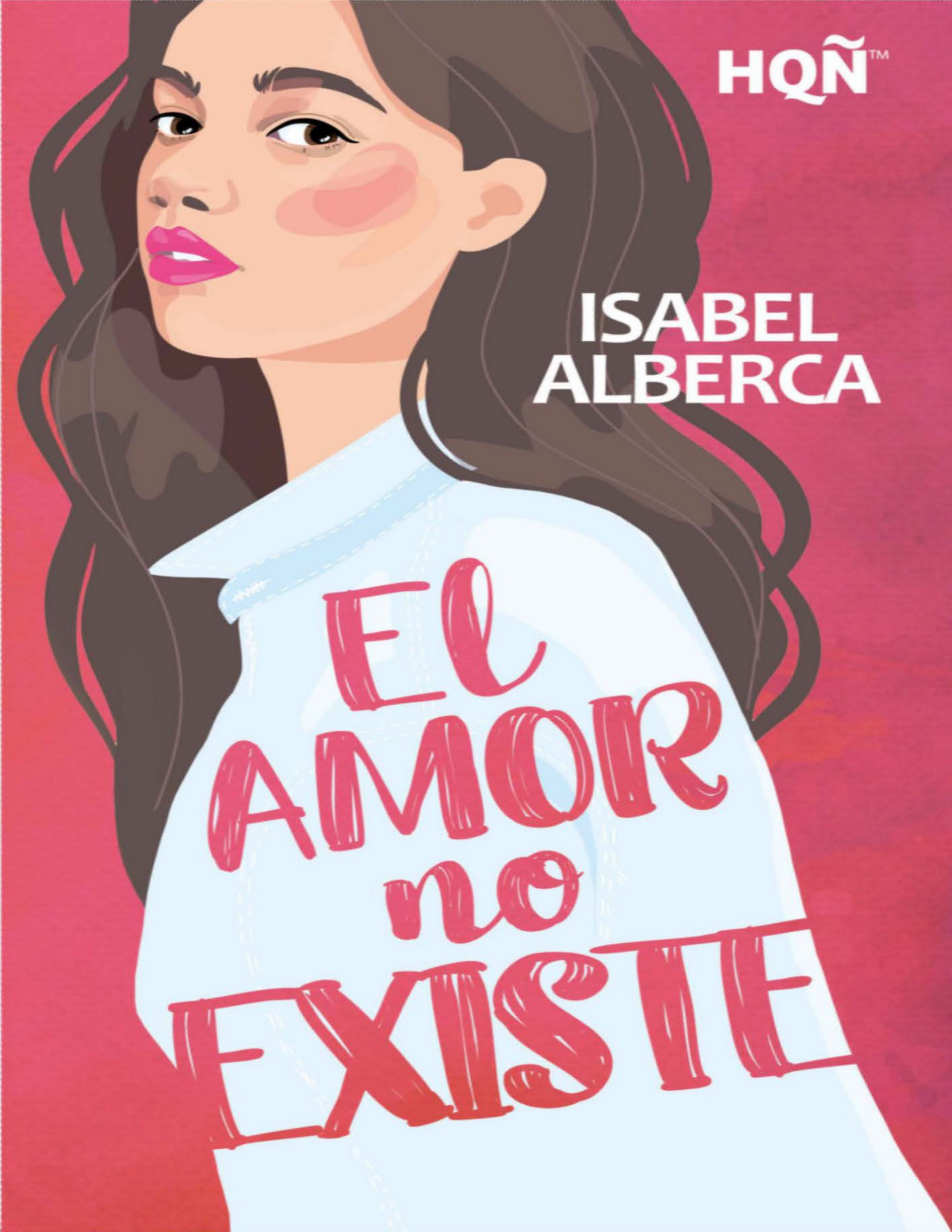

HQÑ™
ISABEL ALBERCA
EL AMOR no EXISTE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023 Isabel Alberca
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
El amor no existe, n.º 372 - noviembre 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788411805414

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Para los que no creen en el amor o dejaron de hacerlo.
Porque nunca es tarde para confiar.

Capítulo 1

LA MAYOR CAGADA DEL SIGLO

Hacía bochorno. Era de esos días que anuncian que se acerca el verano, en el que por el día hace un calor que te desmayarías y por la noche, si se tiene suerte, refresca tanto que hay que taparse con una sábana para dormir. Ese calor se acentúa si acabas de tener sexo, como era mi caso. Al despertarme, las gotas de sudor recorrían todo mi cuerpo y, al girarme sobre la cama intentando encontrar una postura en la que el calor no me sofocara, descubrí a un chico del que ni siquiera recordaba el nombre, que estaba plácidamente dormido en posición fetal. A pesar de que me dio ternura verlo así, desnudo y tranquilo, me incorporé sobre la cama, busqué mi ropa interior, que se encontraba tirada por el suelo, y subí la persiana con brusquedad. A esas horas apenas entraba luz de la calle, estaba empezando a amanecer, pero yo nunca dejaba dormir a los tíos en mi casa y este no iba a ser el primero.

—Venga, arriba. Es hora de irse. —Abrí la ventana y el sonido de los coches inundó la habitación.

—¿Eh? —se quejó el chico aún dormido.

—Tienes que irte, voy a llegar tarde al trabajo —mentí.

Se revolvió en la cama y por fin abrió los ojos. Lo primero que hizo fue analizar toda la habitación que era capaz de atisbar desde su postura. En cuanto me descubrió delante de él, vestida únicamente con la ropa interior negra de encaje que me había puesto la noche anterior, sonrió con picardía y se incorporó.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya? Podríamos echar uno rapidito.

—No, tengo prisa.

Fui hasta la puerta de la habitación y le hice una señal con la mano para que se marchara. Cuando le conocí la noche anterior en el bar en el que había ido con Guille y Sara, mis mejores amigos, le dejé claro que lo que íbamos a tener solo iba a ser algo de una noche, y yo siempre cumplía mi palabra.

Se incorporó de la cama con un movimiento torpe mientras buscaba con preocupación su ropa, y tuve que ayudarle en su búsqueda para que se marchara de allí cuanto antes. Le fui tirando las prendas que iba encontrando por el suelo mientras él se vestía lo más deprisa que podía. Cuando terminó de ponerse la camiseta, se acercó a mí y me besó escuetamente en los labios.

—¿Puedo quedarme al menos a desayunar?

—Otro día mejor, ¿te parece?

Asintió y salió por el pasillo hasta la puerta de la entrada. Le seguí y abrí la cerradura en cuanto nos colocamos frente a ella.

—¿Nos volveremos a ver? Me lo pasé muy bien anoche —comentó con picardía.

—Claro, seguro que nos vemos por ahí.

Le dejé tan descolocado que se marchó de allí pensando tanto que creí, seriamente, que en algún momento le saldría humo por las orejas. Volví a la habitación y aparté las sábanas para que la cama se aireara bien. Después, cogí el móvil y marqué el teléfono de Sara con miedo a pillarla todavía dormida.

—Hola, melona —respondió a la llamada.

—Hola, caracola, ¿al final quedasteis a desayunar Guille y tú? Me gustaría unirme —supliqué. Tenía tanta hambre que estaba dispuesta a ir al lugar al que quería llevarnos, una tetería que había abierto hacía poco.

—¡Estás de suerte! —contestó emocionada—. Guille viene a buscarme en un rato. Podemos pasar por tu casa, si quieres.

—Sí, creo que me da tiempo.

Me di una reconfortante ducha fría y me vestí con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de tirantes de color lavanda. Hacía tanto calor a esas horas de la mañana que recogí mi cabello castaño en una trenza de raíz.

No tardaron en mandarme un mensaje para que bajara. Así que cogí el bolso y fui a toda velocidad con la esperanza de que, cuanto más rápido fuera, antes comeríamos.

—Hola, chicos —dije nada más entrar en la parte trasera del SEAT Ibiza blanco de Guille.

—Eh —respondió él mientras colocaba el espejo retrovisor—. Qué bien verte sin el tío ese de anoche pegado a tu boca.

Sara rio e intentó disimularlo para que no la viera.

—Ja, ja —reí sarcásticamente—. Tú lo que tienes es envidia de que yo me fuera con alguien ayer y tú no.

—Eso es mentira, me fui con Sara —respondió con orgullo.

—Ya sabes que eso no cuenta.

—¡Eh! —se quejó Sara.

—Perdona, tía, pero es verdad. A menos que ahora me confeséis que os liasteis anoche y tuvisteis sexo salvaje, no cuenta.

Ambos se giraron despacio hacia el otro y, cuando sus miradas se toparon, se quejaron.

—Puaj, qué asco —dijeron casi al mismo tiempo.

Los tres reímos y después pusimos rumbo a La Latina. Nunca solíamos ir a los sitios en coche, tirábamos de metro como todo el mundo, pero hacía pocos meses que Guille se había sacado el carnet de conducir y quería conseguir más experiencia, aunque en realidad lo que conseguía era tener pequeños infartos cada vez que se adentraba en las complicadas calles de Madrid. A pesar de ello, se sentía orgulloso por haber aprobado el carnet a la primera, y eso que tenía veintiséis años.

Nos conocíamos desde el primer año de universidad. Los tres coincidimos en la cafetería y hablamos durante tanto rato que incluso nos perdimos unas cuantas clases. Dio la casualidad de que estábamos estudiando la misma carrera, y eso fue la guinda del pastel. Nos unió más de lo que nunca hubiéramos imaginado. Aunque los tres empezamos ilusionados estudiando Publicidad, yo fui la única que lo terminé y acabé trabajando de ello. Guille tiró por la rama de ciencias y al final se convirtió en nutricionista. Y Sara sigue siendo un poco bala perdida. Trabaja en el bar de sus padres, pero su gran sueño es estudiar Caracterización y Maquillaje y estar con los más grandes del cine español.

—¿Dónde estamos? —pregunté en cuanto paramos frente a una puerta de color blanco con vidrieras.

—En la tetería, ¿dónde si no? —respondió Sara con ilusión.

—Pensaba que íbamos a ir a una de esas como las que hay en Granada —comenté decepcionada.

—No, aquí te dan pastelitos de nata —soltó ella con una gran sonrisa.

Guille y yo nos miramos y seguimos a Sara cuando atravesó aquella puerta con tal seguridad que parecía que ya hubiera estado antes.

—Si te sirve de consuelo —dijo Guille en un tono de voz casi imperceptible—, yo también creía que iba a ser de esas teterías. Ya estaba haciéndoseme la boca agua pensando en comerme un *baklava*.

—Uf, calla, que me acaban de entrar ganas de comerme uno a mí también.

—Chicos, aquí —gritó Sara al otro lado del local mientras señalaba una mesa.

Parecía que habíamos entrado en una especie de café parisino. Los muebles, y la decoración de aquel lugar, eran sofisticados. Todo inspiraba delicadeza allí donde miraras, pero tanto color blanco y rosa resultaba abrumador.

—¿Nos vas a contar qué tal con el tío de anoche o no? —preguntó Sara nada más sentarse en la silla.

Guille y yo nos sentamos después que ella y nos miramos extrañados.

—¿Desde cuándo le preguntas tú a Meri por sus ligues? —rio Guille.

—Quiero volverme más abierta de mente.

—Pero si en cuanto escuchas la palabra «pene» ya te escandalizas —dije entre risas.

Sara, como era de esperar, se tapó los oídos en cuanto me escuchó decir aquella palabra y reímos aún más al verla.

—Soy de las que creen en el sexo con amor, ¿qué problema hay? —Empezó a recogerse nerviosa su precioso y largo cabello castaño en una coleta imaginaria. Era algo que hacía cuando le incomodaba hablar sobre algún tema.

—Que nosotros somos más realistas —contestó Guille—. No creemos como tú en que todos tenemos una media naranja.

—Yo no creo en las medias naranjas, pero pienso que algún día encontraré a mi príncipe azul.

Inevitablemente nos reímos de nuevo. Siempre que las dos quedábamos a solas y salía ese tema de conversación, intentaba convencerla de que era posible que su media naranja fuera Guille y no quisiera verlo. Desde casi el primer momento intenté emparejarlos porque siempre me pareció que encajaban. Ella, con su piel blanquecina llena de pecas y unos dulces ojos castaños, y él, con sus aires de chico malo y su mirada penetrante. Para mí hacían una pareja explosiva, pero nunca se habían visto de esa manera.

—Eso no existe, Sara. No puedes vivir en ese mundo tan perfecto que te has inventado. Sabes que la vida no es así, no todo es color de rosa —solté cuando conseguí recuperar la respiración.

—¿Qué más os da lo que piense? Eso no os afecta para nada.

—Porque no queremos que te enamores por décima vez de un príncipe azul que al final acaba siendo un sapo —contestó Guille con una mueca.

—Bueno, va, vamos a dejar de hablar de mí. —Levantó la mano para que uno de los camareros se fijara en nosotros.

El chico no tardó en acercarse y tomarnos nota. Cuando nos trajeron los tés que habíamos pedido y un plato de pastelitos, que parecían recién sacados de una revista de repostería, Guille me hizo la pregunta que tanto temía:

—Oye, Meri, ¿cómo llevas la presentación esa tan importante?

—¡Eso! —gritó Sara al mismo tiempo que se me metía un pastelito de fresa en la boca.

—Mañana tengo la presentación y la idea que tenía no me convence del todo. No es lo suficientemente buena. No sé qué me sucede.

—No te preocupes. Seguro que se te ocurre algo a última hora que te hará sentir más satisfecha, como siempre —dijo Guille intentando tranquilizarme mientras miraba con atención los pasteles que nos habían traído.

—No te creas, esta vez noto que es distinto. Es algo tan importante que mi cerebro se ha cortocircuitado.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Sara.

—Porque si consigo ese cliente puede que por fin me asciendan.

—¡Qué guay! —Pegó un brinco en el asiento—. No me dijiste nada.

—Pensaba que os lo había contado a los dos, perdona.

Quedar con ellos esa mañana me sentó de maravilla. Hicieron que mis nervios y angustia por no tener una buena idea para ese cliente se disiparan en un abrir y cerrar de ojos. El desayuno se fue alargando hasta que lo convertimos en un *brunch*. Cuando nuestro estómago no era capaz de darse más de sí, nos fuimos a casa. Guille y Sara se fueron juntos, ya que eran prácticamente vecinos, y yo preferí volverme en metro. Así tendría más tiempo para idear una estrategia mejor.

Llegué a casa sin ninguna buena idea en la mente. Las horas pasaban cada vez más deprisa y los nervios iban en aumento de manera considerable. No podía dejar que Carlo, mi archienemigo en el trabajo, consiguiera ese cliente tan importante o no me lo perdonaría en la vida.

—¡Joder! —grité en medio del pasillo cuando caminaba a la habitación—. Ojalá pudiera parar el tiempo.

«Eureka», pensé. Por fin tenía la idea. Corrí hacia el pequeño despacho ubicado al lado de la habitación y me pasé el resto de la tarde intentando plasmar mi idea en decenas de bocetos.

Al día siguiente me desperté antes de que sonara la alarma. Estaba tan emocionada por todo lo que había elaborado, que tenía unas ganas enormes de realizar una de las mejores presentaciones de mi vida.

Lo primero de todo, había que dar buena imagen. Queríamos que una empresa de relojes de lujo nos contratara para encargarnos de su campaña de *marketing*. Eran unos clientes muy importantes que no podíamos perder, así que tardé en escoger qué ropa ponerme para la ocasión. Elegí un traje liso de color azul celeste con un top blanco, que quedaba estupendamente bien con unos pantalones de tiro alto que aún no había estrenado, y unos zapatos de tacón del mismo color que el top. Después, me di una ducha y sequé mi cabello castaño de tal manera que las ondulaciones naturales de mi pelo no parecieran como si acabara de salir de la piscina. En cuanto me tomé un café con leche ya pude decir que estaba lista, pero en realidad llegaba tarde. Aunque me había despertado antes de la hora, lo había hecho todo con tanta calma que ni me había dado cuenta de que las agujas del reloj se movían demasiado deprisa.

Recogí con urgencia todos los bocetos y fui derecha al metro con la esperanza de no llegar tarde y que tuviera que esperar al siguiente. Por suerte, no perdí el tren e incluso encontré un sitio en el que sentarme. No quería repasar más veces el discurso que tenía preparado. Llevaba diciéndomelo mentalmente desde la tarde anterior y necesitaba que mi cerebro se tomara un descanso, así que me puse a observar a las personas que había allí, tanto de pie como apoyadas en las barras metálicas que me daba asco tocar.

Nada más llegar a la parada que me correspondía, me hice hueco entre todas las personas que entraron los últimos minutos y que se habían acumulado en la puerta. Fui con tanta prisa que nada más salir choqué con un hombre trajeado que llevaba un gran vaso de papel lleno de café, con tan mala suerte que se lo tiré encima. Lo primero que hice fue ver que mi traje no se hubiera manchado, necesitaba estar impoluta. Tras comprobarlo, miré a aquel hombre y él no había tenido tanta suerte como yo.

—Oh, Dios, lo siento mucho. —Me acerqué a él con un pañuelo recién sacado del bolso e intenté secarle sin tocarle demasiado.

—¿Es que no ves por dónde vas? Joder… —Sacudió las manos para quitarse el café que tenía sobre ellas. Levantó la mirada y me observó enfadado—. Tengo una reunión ahora, ¿sabes?

Su voz me llamó la atención. Aunque el tono era claramente hostil, por alguna extraña razón me transmitió algo de tranquilidad, así que volví a mirarle confusa y esta vez me fijé más en su rostro. La primera impresión que me dio es que era un hombre atractivo y elegante, además de que el traje, aunque lo tenía lleno de café por todas partes, le sentaba como un guante.

—Ya te he dicho que lo siento —respondí a modo de defensa—. Tú no eres el único que tiene una reunión ahora.

Al decir aquello, miré la hora en mi reloj y salí corriendo de allí.

—¡Si nos volvemos a ver, te pago la tintorería! —grité mientras me perdía por el pasillo—. ¡Prometido!

Llegué cinco minutos tarde, pero los clientes aún no estaban, así que se podía decir que había sido puntual. Como siempre que había una reunión importante, Carlo apareció a mi lado para intentar sacarme de mis casillas. Me irritaba mucho que lo primero que tuviera que ver un día así de crucial fuera su paliducho rostro, su nariz torcida, su pelo dorado repeinado con gomina y sus ojos azules llenos de maldad. Era tan engreído y arrogante que no caía muy bien a la mayor parte de los que estábamos en plantilla.

—Oye, Fernández, ¿nerviosa por sentir la derrota?

Seguí caminando por el pasillo en dirección a mi despacho intentando no hacerle caso.

—Fíjate qué casualidad, era lo mismo que te iba a preguntar yo a ti.

—Qué poco original. No sabes ni inventarte tus propias puyas.

—Mira. —Frené en seco y establecí contacto visual con él—. Acabo de tener una movida en el metro y no estoy para estas idioteces de niño pequeño. ¿Por qué no han venido los clientes?

Se ajustó la corbata al notar mi indiferencia, tragó con dificultad y carraspeó antes de hablar:

—Ni idea. Solo han avisado de que se retrasan media hora.

—Pues fíjate, treinta minutos más para que te repases esa presentación tan penosa que vas a enseñarnos.

Sonreí con falsedad y me metí dentro del despacho con cuidado de no cerrar la puerta de un portazo, como me apetecía en realidad. Carlo era la única persona de toda la oficina, y se podría decir del mundo entero, que me irritaba con tan solo notar que estaba a mi lado. Tener que verle la cara todos los días era algo superior a mí. Habíamos forjado una especie de rivalidad desde que empezó a trabajar en la empresa. Se tomaba muy a pecho lo de ser mejor que nadie, eso, o que no soportaba la idea de que una mujer como yo estuviera a punto de conseguir un ascenso, igual que estaba él.

Llamé a Sara. Sabía que estaría en casa durmiendo porque le habría tocado trabajar la noche anterior, pero era una urgencia de nivel cinco. Era un código especial que teníamos los tres cuando queríamos contarnos nuestras movidas sentimentales y teníamos que indicar, desde el

primer momento, cómo estábamos en general. Sonaron varios tonos hasta que por fin respondió a mi llamada:

—Tía, no son horas —balbuceó en cuanto descolgó.

—Estoy en nivel cinco, Sara.

Escuché cómo se revolvía algo al otro lado del auricular.

—Ya me he despejado, ¿qué ha pasado? —Bostezó tan alto que por poco me deja sorda.

—Estoy en la oficina… ¿Qué va a ser?

—Puaj, Carlo. Te juro que el día que Guille y yo le conozcamos le vamos a matar.

—He tenido una movida en el metro y no estoy para aguantar a nadie. Es que no entiendo esa fijación que tiene por intentar ponerme nerviosa antes de una reunión con un cliente. Es que me sigue como un perrito faldero hasta el despacho.

—Deja de rascarte el brazo —mencionó de forma autoritaria.

—¿Cómo sabes que me lo estoy rascando?

—Tía, lo haces siempre que estás de los nervios.

Dejé de rascarme y me senté en la silla de oficina.

—Odio que me conozcas tan bien.

—Es un don. Oye, cuéntame lo del metro.

—Nada importante. Pero son de esas cosas que, si te suceden en un mal momento, aunque no sean nada, se convierten en más de lo que ha sido.

—Bueno, pues quiero oírlo. No me has despertado tan pronto solo para hablar de Carlo. Me niego.

—Me choqué con un tío en el metro y le tiré todo el café encima. —Reí nerviosa mientras me mordía una uña al recordar la que había montado.

—No te veo muy disgustada.

—Sí lo estoy. El tío ese estaba tan enfadado que me habló mal. Joder, que no lo hice aposta. Además, tenía prisa.

—Imagínate que hubiera ocurrido al revés, ¿no te enfadarías o qué?

—Sara, parece que no me conoces…

—Es una pregunta retórica, tía.

Alguien llamó a la puerta y pegué un brinco.

—Sara, me llaman. Luego hablamos.

—¡Suerte, tía!

Colgué y dejé el móvil en el cajón de la mesa.

—Adelante.

La puerta se abrió y Martina, mi jefa, asomó la cabeza con una gran sonrisa.

—Mérida, ¿cómo va la presentación?

—A punto, como siempre —respondí nerviosa.

Entró dentro de mi despacho y cerró la puerta. Se quitó las gafas y se las dejó colgando de su cuello gracias a la correa que se las sujetaba. Siempre admiré a Martina desde que la conocí. Que hubiera conseguido montar una empresa de la nada, y que llegara a formar un equipo tan bueno como tenía, era digno de admiración. Pero no solo eso, también me impresionaba el tipo de mujer que era, siempre segura de sí misma y entregada a su trabajo.

—Dame un adelanto, anda. —Se atusó el pelo con la mano para asegurarse de que no se le escapaba ningún mechón cobrizo del recogido.

—«Cronos, el poder de tu tiempo».

Fue abriendo poco a poco los ojos como platos y sonrió ampliamente.

—Me encanta —soltó emocionada—. Nada que ver con lo de Carlo.

—¿Qué pasa, que estás dando la vuelta de reconocimiento antes de la *batalla*?

—Ya sabes que este cliente es importante para nosotros porque se quieren introducir en el mercado internacional. Es una oportunidad que no podemos perder. Tenía que quedarme tranquila sabiendo que podemos ofrecerles algo que les puede gustar. Si nos eligen, nos abrirá un amplio abanico de otras marcas internacionales.

—Lo sé, no hace falta que me metas más presión.

—¿Puedo ver los bocetos?

—No —dije sin pensarlo—. Tienes que esperar como el resto.

Llamaron a la puerta y ambas nos giramos. La secretaria de Martina asomó la cabeza tímidamente.

—Ya han llegado.

—¡Ah! —gritó mi jefa—. Venga, vamos. No les hagamos esperar.

—Adelántate. Voy a comprobar que tengo los bocetos bien colocados y voy.

En cuanto se marcharon, cogí aire profundamente y lo solté muy despacio. Estaba igual de nerviosa que si estuviera en el instituto a punto de hacer un examen oral de francés. Revisé que los bocetos estuvieran en el orden correcto, cogí el maletín donde los tenía guardados y, tras repetirme unas cuantas veces que era la mejor para subirme la autoestima, salí con la misma seguridad que si me fuera a comer el mundo.

Al otro lado del pasillo había dos hombres trajeados dándome la espalda. Con ellos ya estaban hablando Martina y Carlo. Rodeé a aquellos hombres para ponerme al lado de mi equipo y, cuando levanté la mirada, no podía creerme quién estaba frente a mí.

Capítulo 2

SUPERMAN

Cuando tu futuro depende de algo en lo que no tienes el poder al cien por cien, esperas con todas tus fuerzas que nada ajeno a ti vaya mal, porque solo tienes el control de ti mismo y de lo que hagas. Por eso, cada vez que tenía una reunión importante, me preparaba tanto y daba todo de mí, porque era lo único que podía controlar. Pero ese día, cuando vi quién era uno de los hombres que tenía delante de mí, solo deseé que la tierra me tragase y me mandara bien lejos para poder esconderme y que no me encontrara nadie.

Noté un calor repentino por el cuerpo, y lo peor de todo es que estaba empezando a sudar. Y en ese momento, cuando más nerviosa me encontraba, se giró hacia mí y frunció el ceño en cuanto supo quién era yo.

—Es un placer que estén con nosotros —dijo Martina ilusionada—. Esta persona que se acaba de incorporar ahora mismo es Mérida Fernández, otra de las aspirantes para ser uno de nuestros directores creativos, al igual que Carlo. Vuestro producto estará en buenas manos con ellos. Seguro que les gusta alguna de las ideas que tienen para ustedes.

—Sí, nos conocemos —contestó aquel hombre sin apartar sus ojos color miel de los míos—. Me tiró un vaso de café encima.

Cada uno de mis músculos se tensaron y pude notar cómo Carlo y Martina giraron sus rostros a toda velocidad hacia mí. Tenía que hacer algo para salvar la situación. No podía dejar que eso marcara la presentación o podríamos perder al cliente. Extendí la mano hacia él y sonreí escuetamente.

—Mis disculpas. Como le dije, le pagaré la tintorería.

Me la estrechó con seguridad.

—Eso espero —respondió bruscamente.

Ofrecí mi mano al otro chico que había a su lado, que se le veía como una persona menos seria y cascarrabias, y me sonrió ampliamente cuando me la estrechó. Ambos eran jóvenes y atractivos. Tenían el rostro cuadrado y el pelo echado hacia atrás, bien peinado. Ver que poseían ese cierto atractivo, sin esperármelo, me puso nerviosa. Estaba acostumbrada a clientes mucho mayores que yo.

—Max, encantado. No le haga caso, señorita. —Dejó de estrecharme la mano y, mientras se rascaba su incipiente barba, le dio una palmadita en la espalda al hombre al que le había tirado el café—. Mi hermano Álex no está teniendo una buena semana y la toma con todo el mundo.

—¿Son hermanos? —pregunté.

—Sí —respondió automáticamente.

—Caballeros —interrumpió Carlo con una falsa sonrisa—. Si no les importa, acompáñennos a la sala de reuniones para empezar con la presentación. Seguro que tienen prisa.

—Sí, mejor —respondió Álex con autoridad.

Carlo fue el primero en andar por el pasillo y nuestros futuros clientes le siguieron después. Cuando iba a caminar detrás de ellos, Martina me agarró del brazo.

—¿Qué es lo que ha pasado esta mañana con el señor De la Vega? —me preguntó más nerviosa de lo que estaba acostumbrada a verla.

—Lo que has oído. Me he chocado con él en el metro y se le cayó el vaso encima. Ya está.

—Oh, Dios mío, Mérida.

—Mira, no fue a propósito. Si el señor De la Vega es tan idiota como para juzgar la manera en la que trabajamos por un simple accidente, no es mi problema.

Respiré hondo y me fui hacia la sala de reuniones más tranquila que nunca. Sabía que mi idea era buena y no iba a dejar que nada, ni nadie, me estropease el momento. El primero en exponer, cómo no, fue Carlo. Aunque su idea no estaba mal, no podía compararse con lo que yo tenía preparado. Eso sí, he de confesar que me puse algo nerviosa cuando vi que él se había currado más la presentación con una demostración audiovisual y yo solo tenía unos simples bocetos, pero no era el momento de dudar.

En cuanto Carlo se dejó caer en su silla, puse el caballete delante de la mesa circular en la que estábamos sentados, coloqué los bocetos y comencé con la presentación. Conté con exactitud todo el discurso que me había preparado mentalmente y terminé con la frase que les iba a hacer que quisieran ser nuestros clientes.

—«Cronos, el poder de tu tiempo». Muchas gracias.

Hice una ligera reverencia con la cabeza dando a entender que había terminado y Martina y Max aplaudieron entusiasmados. Me sentía totalmente satisfecha con cómo había expuesto mi idea, hasta que vi la cara de amargado de ese tal Álex. Puse los ojos en blanco y me senté en una de las sillas.

—¿Qué les ha parecido? —preguntó Martina con una gran expectación—. A mi parecer, ambas son grandes ideas que creo que pueden encajar perfectamente con su marca.

Álex se acercó a su hermano, le cuchicheó algo al oído y ambos se levantaron de los asientos casi al mismo tiempo.

—Unas ideas estupendas —contestó Max con ilusión—. Tenemos que irnos. Barajaremos ambas opciones y les diremos algo en unos días.

—Oh, por supuesto… —respondió ella con desilusión.

Carlo y yo nos miramos extrañados y vimos cómo se marchaban de la sala de reuniones con algo de prisa. En cuanto nos quedamos a solas, nos miramos estupefactos. No podía dejar que acabara así. En cierto modo me sentía culpable por lo que había pasado y necesitaba hacer algo para dejar mi conciencia tranquila, así que corrí hasta encontrarme con ellos antes de que salieran por la puerta de la oficina.

—Perdonen.

Ambos se giraron hacia mí.

—¿Sí? —preguntó Max sonriendo. Madre mía, apenas conocía a ese hombre y ya me caía bien con tan solo ver que siempre hablaba a la gente con una sonrisa, no como su hermano. Paré frente a ellos e intenté recobrar el aliento sin que se me notara. Correr con tacones no era lo mío.

—La reunión ha resultado para nosotros… algo escasa de tiempo. Pensábamos que nos iban a dar sus impresiones sobre lo que habían visto antes de marcharse.

—Tenemos otra reunión —expuso Álex inexpresivo.

—Oigan, si es por lo del café…

—No, no es por eso. Max, ¿puedes ir sacando el coche del aparcamiento? Ahora voy.

—Claro. —Me miró—. Un placer, señorita Mérida. Tendrán noticias nuestras.

Me ofreció su mano y se la estreché con seguridad. Le vi marcharse mientras seguía parada frente a Álex.

—Perdone, Álex…

—Alejandro —me corrigió.

—Oh, lo siento, su hermano lo presentó como…

—Sí —volvió a interrumpirme—. Mi hermano es más de dar ese tipo de confianzas nada más conocer a alguien, pero yo no. Ahora que ya sé dónde trabaja, le enviaré aquí la factura de la tintorería.

Era buena sabiendo cómo son las personas en cuanto las observaba. Al mirarle con más detenimiento, pude atisbar parte de su forma de ser. Estaba perfectamente afeitado, lo que indicaba que le daba mucha más importancia a su apariencia física que su hermano, que se notaba que no solía afeitarse diariamente como lo hacía él. Con ese simple hecho, entendí que haberle tirado encima el café le había molestado más que a cualquier persona que no le diera tanta importancia a su imagen. Su mirada era penetrante y nunca la apartaba cuando hablaba con alguien, algo característico de una persona fuerte y con carácter. Pero toda persona así necesita un momento de relajación para calmar toda la tensión que pudiera tener acumulada, así que, sin estar muy segura de lo que estaba a punto de hacer, me lancé.

—Por supuesto, Alejandro, pero… ¿quién me va a pagar a mí la tintorería?

—¿Perdone?

—Sí, usted también se chocó conmigo, y su café acabó en mi chaqueta, mire. —Señalé con seguridad una minúscula gota de café que tenía en la solapa de la americana y después le miré a él—. ¿Ve?

Frunció el ceño mientras observaba el punto donde señalaba mi dedo. Después, sonrió escuetamente, algo casi imperceptible, y me miró a los ojos.

—Si acabamos contratándolos, me podrá enviar la factura de la tintorería por… eso. —Volvió a mirar mi dedo, que seguía señalando la solapa, se le escapó otra escueta sonrisa y se marchó de allí sin decir nada más.

Más tarde me reuní con los chicos para cenar. No solíamos quedar tan a menudo, pero había tenido un día tan mierda, que necesitaba contarles todo y que después me dijeran cualquier tontería que me hiciera reír y resetearme.

Habíamos quedado en una hamburguesería al lado del bar de los padres de Sara. Esa noche le tocaba trabajar y era la única manera de vernos los tres, en su hora de descanso.

—Bueno, ¿cómo fue la presentación? —dijo Guille mientras miraba atento la carta.

—No sé si nos van a contratar.

—¿Por qué? —preguntaron los dos al unísono.

—¿Qué dices, tía? ¿Cómo no os van a contratar? Eres la mejor teniendo ideas —sentenció Sara.

—¿Te acuerdas del tío del metro que te conté esta mañana?

Asintió.

—¿Qué tío del metro? Creo que me he perdido.

Chasqué la lengua al poner los ojos en blanco y, después de que el camarero nos tomara nota, le puse al día con lo que había sucedido.

—Pues bien, da la casualidad de que el tío ese era uno de los futuros clientes que vinieron a

ver nuestras propuestas.

—No… —soltó Sara.

—Sí… —respondí con una sonrisa irónica—. El tío estuvo durante toda la reunión con cara de haber chupado un limón, y eso que me disculpé varias veces.

Los dos rieron.

—¿No os han elegido por eso? —preguntó Guille, sorprendido.

—Eh, eh… Aún no lo sabemos. No vendas la piel del oso antes de cazarlo.

—Seguro que son profesionales y no tienen en cuenta eso, ya verás —intentó animarme Sara.

Nos sirvieron las hamburguesas que habíamos pedido y les dimos un bocado sin pensárnoslo dos veces. Me reconfortaba estar con ellos y poder contarles todos los problemas o miedos que tuviera, porque eran de las personas más importantes que tenía en mi vida. Cuando nos juntábamos sentía que todo lo malo que hubiera ocurrido, se esfumaba por arte de magia y sabía que a su lado nada iría mal. Deseaba con todas mis fuerzas que ellos también se sintieran así cuando estuvieran conmigo, por eso había momentos en los que, si notaba que no estaba a la altura, sentía demasiada presión.

—¿Cómo se llamaban los tíos esos? —preguntó Guille—. Voy a buscarlos en Internet a ver qué dicen de ellos.

—Alejandro y Max de la Vega.

Guille cogió el móvil de la mesa y tecleó a gran velocidad mientras masticaba un trozo de hamburguesa. Estuvo sin decir nada durante bastante tiempo, tanto que Sara y yo nos pusimos nerviosas.

—¿Les has encontrado o no? —preguntó Sara de malhumor—. Este silencio me está matando.

—Sí, y madre mía, parecen recién sacados de una película de Hollywood.

—¡A ver!

Sara se abalanzó sobre él y le quitó el móvil de las manos.

—Madre del amor hermoso, tía, ¿son estos? —Giró el móvil en mi dirección.

En la pantalla se veía una página web sobria y elegante con tonos grises y negros. En ella se podía ver una foto de ambos. A la izquierda estaba Max, con su nombre completo, del que ni me fijé, y a la derecha Alejandro. Me llamó la atención que en aquella foto estuviera sonriendo, ya que en las pocas veces que le había visto siempre había estado de mal humor.

—Sí, son ellos. Pero recuerda que Alejandro en realidad tiene cara de amargado.

—Buah —soltó en un suspiro al girar la pantalla de nuevo hacia ella—. Aunque tenga cara de amargado… ¡Está buenísimo!

—A mí el Alejandro este me recuerda a alguien y no caigo en quién puede ser… —dijo Guille de pronto, al mismo tiempo que se rascaba la barbilla, pensativo.

—Joder, claro que te recuerda a alguien, es que es el mismísimo Superman.

Guille y yo nos miramos en silencio y nos reímos a carcajadas.

—Mirad. —Sara tecleó con rapidez en el móvil y acto seguido nos enseñó una foto de Henry Cavill—. ¿Tengo razón o no?

—Ostras…, se da un aire, es verdad —admitió Guille.

—Tía, Meri, como os acaben contratando, lo siento mucho, pero voy a irme a tomar el café contigo todos los días a tu oficina con tal de verlos.

—Qué exagerada eres —contesté quitándole importancia a la belleza de Alejandro—. He estado con tíos mejores.

—No lo pongo en duda —respondió ella—. Pero seguro que no eran tan inteligentes como él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y tú qué sabes?

—Si tiene un puesto importante en esa empresa es porque lo será.

—O porque sus padres tienen pasta —contesté sin dudar.

—Ahí Meri tiene razón —me apoyó Guille.

—No, me da la sensación de que eso no es… Madre mía, en cuanto llegue a casa voy a ver mis conjuntos. Este príncipe azul no puede conocerme con estas pintas que llevo ahora.

—Sara, ni se te ocurra. Ya sabes que yo no mezclo mi vida personal con la profesional.

—Lo sé, no te estoy diciendo que te líes con él, ya lo hago yo —contestó con orgullo.

—Tú eres parte de mi vida personal. Ni se te ocurra.

—Ya veremos…

Sabía que Sara no haría nada, ella no era de las chicas que si les gusta un tío van a por él hasta que lo consiguen. Ella era más bien de película Disney, de esperar que su príncipe acudiera a ella y la salvara. Mira que habíamos intentado Guille y yo infinidad de veces que cambiara esa forma de pensar, porque no era nada realista y no queríamos que los hombres le hicieran daño, pero ella estaba tan convencida de eso que nunca le pudimos quitar esa idea de la cabeza.

Tardamos una semana en volver a saber algo de la empresa Cronos. He de admitir que todos esos días en la oficina estuvimos en un sinvivir hasta que la secretaria de Max nos llamó para decirnos que se querían reunir con nosotros. Aquel día, Martina nos obligó a vestirnos de nuevo de una forma más elegante de lo que lo solíamos hacer, por lo que para ese día escogí un traje azul oscuro con raya diplomática y una camisa lencera de color blanco.

Llegado el momento de la reunión, tan solo apareció Max, dejándonos a los demás un poco descolocados. Nos hizo tomar asiento y él permaneció de pie en la sala de reuniones como si fuera a exponernos algo. Iba vestido con un elegante traje color gris oscuro que le hacía parecer una persona de más edad de la que tenía, pero le quedaba extremadamente bien.

—Lo primero de todo, muchas gracias por aceptar reunirnos de esta forma tan improvisada. Les agradezco el acogimiento.

—Un placer —contestó Martina con nerviosismo.

—Estos últimos días hemos estado barajando las dos opciones que nos enseñaron junto con las de otras empresas que también estaban interesadas en publicitarnos… y hemos llegado a la conclusión de que queremos trabajar con ustedes.

Los tres nos miramos ilusionados y aplaudimos de forma espontánea, lo que hizo que Max sonriera con sinceridad.

—¿Y cuál de las dos propuestas les gustó más? —preguntó Carlo.

—Pues la verdad es que las dos opciones que nos expusieron fueron muy buenas, y nos costó mucho tiempo tomar una decisión. Y tanto mi hermano, que no ha podido venir hoy, como yo, decidimos que la idea que nos puede llegar a representar mejor es la de Carlo.

—¡Sí! —gritó Carlo para sí mismo.

—Hay que pulir varias cosas —señaló Max—. Pero seguro que eso es un trabajo que podemos hacer juntos.

No creía lo que acababa de escuchar. Mi idea era mucho mejor que la de Carlo, y todos lo sabíamos. Martina me miró preocupada. Quise huir de allí para desahogarme de alguna manera, pero no podía hacerles ese feo, así que me levanté serena, le di la mano a Carlo dándole la enhorabuena, que estaba sentado a mi lado, y me marché de allí sin mirar a nadie más. Al entrar

en el despacho cerré la puerta con calma antes de acercarme hasta mi escritorio y coger el bote de lapiceros para tirarlo al suelo con rabia.

—¡Joder!

Di vueltas de un lado al otro en aquella habitación. No era posible. No podía ser que les hubiera gustado más la anticuada idea de Carlo que la mía.

Se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta y alguien la abrió.

—Mérida, ¿puedo pasar?

—Sí —le respondí a Martina, aún dando vueltas en el despacho.

Entró con cautela cerrando la puerta detrás de ella y se acercó a mí para establecer contacto visual.

—Ahora no es buen momento, Martina.

—Lo sé, nunca te he visto moverte tan deprisa de un lado para otro. Te ha tenido que molestar la decisión que han tomado. Pero recuerda que es lo que ellos prefieren y no podemos hacer nada al respecto.

Frené al escucharla y la miré arrugando el ceño.

—Seguro que esto es por la maldita camisa. No han elegido mi propuesta porque manché a su hermano.

—No creo que hayan tomado esa decisión por ese motivo. Hay que estar contentos; nos han elegido a nosotros.

Sonreí forzosamente y ella se marchó satisfecha.

No podía dejar las cosas así sin luchar primero. Yo nunca he sido de las que a la mínima adversidad me rendía, y en esa ocasión no iba a ser menos. Busqué en el ordenador la dirección y me marché sin despedirme de nadie. Iba a ir donde tenían la oficina central e iba a hacer que aquel hombre me escuchara y así dejarle las cosas claras lo más educadamente posible. No podía dejar mi futuro laboral en sus manos.

Paré un taxi en cuanto salí del edificio y en menos de diez minutos ya estaba frente a la puerta de Cronos. Al subir a la decimoquinta planta, en una pequeña recepción había una chica de unos veinte años masticando chicle mientras tecleaba con velocidad. Me extrañó que una empresa de ese calibre tuviera a alguien dando una imagen tan contraria de lo que proyectaban de puertas para fuera. Me acerqué a ella y me apoyé sobre el mostrador esperando a que me atendiera, pero al ver que ni siquiera se había dignado a mirarme, carraspeé intentando llamar su atención antes de hablar:

—Perdona…

Aquella chica paró de teclear y me miró sin dejar de masticar con la boca abierta.

—¿Sí?

—Me gustaría ver al señor De la Vega, por favor.

—¿Cuál de los dos? —preguntó moviendo el chicle de un lado al otro de su boca.

—A Alejandro.

Me analizó el rostro con cara de desconfianza y cogió el teléfono.

—Alejandro, hay una mujer que quiere hablar con usted… No sé, espere que le pregunto. Oye —susurró en cuanto tapó el micrófono—. ¿Quién eres?

—Soy de la agencia de publicidad Imagine.

—Vale. —Destapó el micrófono—. Es de una agencia de publicidad.

Puse los ojos en blanco en cuanto obvió el nombre que le había dicho. Si no concretaba de dónde era podía pensar que venía de una de las cientos de empresas que querían trabajar para

ellos, y era más probable que no quisiera verme.

—Dile que soy de Imagine —susurré lo suficientemente alto como para que me escuchara, pero hizo caso omiso.

—Ajá… Ajá… Vale, perdone. —Colgó.

—¿Y bien?

—Nada, tiene que irse en cinco minutos y no puede atender a nadie.

—Necesito hablar con él, es importante —insistí.

—Te he dicho que no puede.

—Es un asunto urgente. O me acompañas tú o voy yo hasta su despacho, no tengo ningún problema.

Aquella chica que me miró con cara de desprecio, se encogió de hombros y señaló hacia un pasillo que había a mi izquierda.

—Es la puerta del fondo a mano derecha. La que tiene una cristalera con las persianas cerradas.

—Gracias.

En cuanto llegué a aquella puerta de madera blanca, respiré profundamente y me tomé unos segundos antes de poner mi sonrisa y mi tono de voz para hacer negocios. No podía permitirme el lujo de perder los nervios ante el cliente o Martina no me lo perdonaría en la vida. Llamé a la puerta y esperé.

—Adelante.

—Perdone, señor De la Vega —dije con un tono de voz calmado nada más abrir la puerta.

Él, al ver que no reconocía mi voz, levantó la mirada de los papeles en los que estaba escribiendo y se sorprendió al verme plantada dentro de su despacho. Llevaba unas gafas de pasta negra que le hacían más interesante y que le quedaban de maravilla. Intenté aguantarme la risa, porque verle con esas gafas puestas me hizo recordar su parecido con Clark Kent. El traje con el que iba vestido parecía ser su uniforme habitual. Pensaba que cuando no tenía reuniones vestiría como una persona normal y corriente, como hacía yo.

—¿Señorita…?

—Fernández —respondí con rapidez—. Mérida Fernández.

—¿Qué está haciendo aquí? —Se levantó de la silla con curiosidad.

—Vengo a hablar con usted. Es importante.

—Ah… Ya entiendo… —Sonrió de lado—. Le dije a la recepcionista que no dejara entrar a nadie. Tengo que irme en unos minutos.

—Seré breve. —Cerré la puerta y me acerqué a su mesa hasta quedarme a unos pasos de distancia—. Lo primero de todo, agradeceros que nos hayáis elegido para poder hacer que vuestra marca se dé a conocer fuera de España. Será un placer trabajar para ustedes, pero no he venido únicamente por eso.

—Usted dirá.

—Vengo a hablar sobre la idea que han elegido para representarlos. Aunque puede que se vea como tirar balones fuera, que no es eso en absoluto, creo que esa idea no plasma la viva imagen de su producto.

—La decisión está tomada —respondió él totalmente serio antes de dejarme acabar.

Resoplé y decidí ir directamente al grano:

—Me parece injusto que no hayan elegido mi idea por el simple hecho de haberle manchado la camisa.

—¿Cómo? —preguntó perplejo.

—Como lo oye. Sé que todo esto ha sido por tirarle el café encima y, si es por eso, dígame de una maldita vez cuánto cuesta la dichosa tintorería para pagárselo ahora mismo y dejar este asunto cerrado de una vez por todas.

Intentó esconder una sonrisa, pero no llegó a disimularla a tiempo y me sentí como si se estuviera burlando de mí. Lo que me faltaba.

—¿Qué le hace tanta gracia? —le reproché.

—¿En serio ha venido hasta aquí porque piensa que no hemos elegido su propuesta por haberme manchado la camisa el otro día?

Asentí. Se regocijó mientras movía la cabeza de un lado al otro, como si no se creyera lo que acababa de escuchar. Toda la valentía con la que había acudido se fue deshinchando como un globo en cuanto vi su reacción, y en ese instante sentí miedo por si la había cagado tanto que ya no quisieran trabajar con nosotros.

—¿Qué? —pregunté entre insegura y molesta.

—Que yo no he tenido nada que ver con esa decisión. —Salió de detrás del escritorio y se situó delante de mí a una distancia prudencial—. Yo aquí no tomo decisiones. Soy el abogado de mi hermano. Le llevo todo el tema legal, nada más.

Tragué saliva con dificultad y de repente noté cómo aparecía un calor intenso en mis mejillas. La había cagado.

—Creo que debería irme. —Me di la vuelta, agarré el pomo de la puerta y, antes de abrirla, me giré hacia él—. Perdón.

Se acercó un poco más a mí.

—Si le sirve de consuelo, le dije a mi hermano que a mí me gustaba mucho más su idea —confesó en un susurró que hizo que se me erizara la piel.

Me aparté de él y le miré confusa antes de marcharme de allí con una sensación extraña.

Fui hasta el bar donde trabajaba Sara y pedí que me sirviera una pinta de cerveza. Sentía la urgente necesidad de hacer todo lo posible para olvidar el ridículo que había hecho en aquel despacho.

—¿Desde cuándo bebes tú tanta cerveza? —me preguntó al servirme la pinta con un mohín.

Ni siquiera le contesté, me llevé el vaso directamente a los labios y bebí con ansiedad antes de responder:

—Quiero desaparecer… ¿Es posible?

—¿Qué ha pasado?

Me miró con atención mientras secaba un vaso de cristal a conciencia con un paño. La verdad es que me hizo gracia verla así, con su pelo recogido en un moño en el que se le salía algún que otro mechón y con el delantal de color bermellón a medio atar.

—¿Dónde está Guille? Necesito meterme con un tío para desahogarme.

—Tía, no seas tan mala. Creo que se está cortando el pelo, me dijo que venía en cuanto terminara.

Levanté la mirada a toda velocidad.

—¿Está cortándose el pelo? Pero si quería dejárselo largo hasta los hombros.

—Ya, al parecer ha visto que no iba con él. En cuanto se dio cuenta de que no conseguía peinar ese remolino que tiene, decidió pedir cita.

Chasqué la lengua al sonreír y di otro sorbo a la cerveza. De pronto apareció Guille por la puerta con un nuevo corte de pelo a lo Jonny Deep en *Descubriendo nunca jamás.* Siempre me

había parecido un tío atractivo, con esos ojos claros, su piel dorada y su nariz ligeramente gruesa, aunque lo que de verdad destacara de él fuera su sonrisa. Miré a Sara subiendo y bajando las cejas para que viera lo guapo que estaba y ella me sacó el dedo corazón con disimulo.

—Madre mía. —Silbé en cuanto se sentó—. Pero ¿quién es este tío bueno que tengo a mi lado?

Sara rio y dejó el vaso que había secado durante al menos diez minutos.

—No seáis malas. No os burléis de mí.

—Para nada —confirmé—. Te han dejado muy guapo.

—¿De verdad? Estuve a punto de teñirme de rubio.

Sara y yo nos miramos con pánico en los ojos.

—Guille —dijo Sara con tono de súplica—. Deja tu pelo así, que de moreno estás muy guapo, no hagas experimentos. Míranos a nosotras.

—Dejadme en paz —se quejó—. Ponme algo con limón, por favor.

—Marchando una clara.

Guille volvió a quejarse.

—No quiero cerveza.

—Tarde —dijo Sara con un botellín en la mano—. Toma. Bueno, Meri, ¿nos vas a contar qué te ha pasado o qué? Tengo que hacer como que trabajo y mis padres me van a pillar aquí.

Me terminé lo que me quedaba de cerveza y saqué valentía de donde no tenía para contarles a mis mejores amigos cómo había hecho el ridículo. Les conté todo, desde cómo había ido vestida a la reunión hasta lo de que había vivido uno de los momentos más vergonzosos de mi vida.

—Te lo hemos dicho muchas veces —comenzó a decir Guille—. Tienes que empezar a controlar tu carácter antes de actuar.

—Imposible, me sale solo y no soy capaz de racionalizar.

Tras oír el sonido de la puerta del bar abriéndose, unas risas masculinas llamaron nuestra atención. Todos nos giramos de manera automática hacia la entrada y no pude creer lo que veían mis ojos. Entraron dos hombres que no había visto en mi vida y, después, otros dos sonriendo que sabía muy bien quienes eran. Quise desaparecer, pero el universo tenía otros planes.

Capítulo 3

EL PLAN PERFECTO

Esa frase que dice: «el mundo es un pañuelo» tiene toda la razón del universo, porque, a pesar de que vivas en la ciudad más poblada de España, es posible que te encuentres con la persona a la que no quieres ver ni en un millón de años. Cuando eso sucede, te preguntas si es que el destino quiere decirte algo o, simplemente, tienes tan mala suerte que debes sufrir por ver a alguien que no quieres ver, en el que consideras un lugar seguro.

Para mí, el bar de los padres de Sara era como mi refugio. Allí nos solíamos reunir Guille y yo con ella los días que trabajaba y, como buena camarera, hacía de nuestra psicóloga al escuchar cada una de las movidas que le contábamos con paciencia. No es que para ella fuera un martirio tener que escucharnos, ya que aprovechaba esos momentos para trabajar lo menos posible sin que sus padres le dijeran nada, por eso a ella también le encantaba cuando alguno de los dos íbamos a verla. Ese fue el principal motivo por el que no me gustó ver que los hermanos De la Vega habían entrado al que consideraba mi lugar seguro. Sinceramente, no me extrañaba que hubieran elegido un sitio así, porque el bar tenía su encanto. Su cálida luz, la música de fondo y la decoración, que lo hacía parecer un bar neoyorquino, gustaba tanto a los clientes que en los últimos meses habían notado cómo cada vez iba más gente.

—Meri, ¿estás bien? —me preguntó Sara al otro lado de la barra.

Giré el rostro tan deprisa que pensé que me mareaba y la miré con cara de pánico. Necesitaba esconderme. Ya había hecho demasiado el ridículo ese día y no quería hundirme más en aquel pozo en el que me había metido yo misma.

—Tienes que dejarme entrar en la cocina. Es urgente.

—¿Qué pasa? Has mirado a esos tíos que han entrado y te has puesto muy rara —aseguró Guille.

Suspiré exasperada mientras agachaba la cabeza con la esperanza de que de esa manera no me vieran. Sara asintió e hizo un gesto para que me fuera. Bajé del taburete muy despacio y, cuando fui a darme la vuelta, Max se colocó a mi lado en la barra.

—Hola, ¿nos pones cuatro cervezas, por favor? —Se giró hacia mí, que me había quedado paralizada, y me miró confuso con sus grandes ojos marrones—. Hombre, la señorita… Fernández, ¿verdad?

—¿Os conocéis? —preguntó Guille a mi lado sin darse cuenta de quién era.

—Sí… Este es Max, el nuevo cliente del que os hablé… —Le hice un gesto a Guille con los ojos para que ni se le ocurriera decir nada de lo que les había contado.

—Oh, sí, encantado —dijo ofreciendo su mano para que se la estrechara.

Max le correspondió y Sara se fue de allí para servirles las cervezas.

—Qué casualidad vernos por aquí.

—La verdad es que no —respondí seria—. Este es el bar de nuestra mejor amiga, solemos venir muchas veces por semana.

—Qué raro… Alguna vez hemos venido por aquí mi hermano y yo por la mañana y no os hemos visto.

Fue mencionar a su hermano y Alejandro apareció casi al instante a su lado. Me fijé en que ninguno de los dos iba con el traje con el que los había visto por la mañana. Vestían informales, pero sin perder la clase que les caracterizaba, y yo solo pude sentirme un poquito más hundida de lo que ya estaba porque ni siquiera había pasado por casa para cambiarme.

—¿Por qué tardas tanto? —le preguntó a Max.

—¿No has visto a quién tenemos aquí? —dijo señalándome.

Alejandro, que al parecer no se había dado cuenta de mi presencia en ningún momento, se sobresaltó en cuanto me miró.

—Señorita Fernández —soltó más serio de lo habitual.

—No me llaméis así, por favor, ahora no estamos trabajando. Llamadme Mérida.

—Perdona, es la costumbre —respondió Alejandro en tono de disculpa—. Se nos activa el chip en cuanto vemos a alguien relacionado con el trabajo.

—Aquí tenéis, chicos —dijo Sara al terminar de colocar los vasos en la barra—. Serán doce euros.

—Madre mía, qué caras, ¿no? Ya pueden estar buenas —respondió Max mientras dejaba un billete de veinte euros sobre la barra.

—No, es precio especial para los que no saben valorar una buena idea cuando se la presentan en las narices.

Abrí los ojos como platos en cuanto escuché a Sara soltar aquello y me giré hacia ella avisándola con la mirada de que dejara de decir tonterías o tendría que asesinarla. En cuanto establecimos contacto visual, se encogió de hombros orgullosa, sin una pizca de arrepentimiento. Los hermanos se miraron y sonrieron.

—Madre mía, no te callas una… —Max apoyó los antebrazos en la barra y se inclinó para estar más cerca de ella—. Me gustan las mujeres sinceras. Quédate el cambio.

Cogió dos de los vasos, después le guiñó un ojo a Sara y se marchó de allí con una gran sonrisa incrédula.

—Perdonadla, por favor, no tenía que haber dicho eso —le dije a Alejandro.

—No te disculpes. Tiene razón.

Cogió los otros dos vasos y se marchó a la mesa de la esquina donde se habían sentado el resto.

—¿En qué coño estabas pensando? —le pregunté, enfurecida.

—Yo no creo que haya hecho nada malo —respondió Guille por ella.

—¿Cómo qué no? ¡Puede hacer que cambien de opinión y no quieran trabajar con nosotros!

—Yo pienso que son lo suficientemente maduros como para separar lo profesional de lo personal —dijo Sara tranquilamente—. Además, el chico ese me ha dado ocho euros de propina por llamarle tonto. Es simpático.

—Dios… —Puse los ojos en blanco—. Me despido de tus padres y me voy a casa. Necesito quitarme este traje cuanto antes. Solo me ha traído mala suerte.

La tan estupenda idea que me pareció despedirme de sus padres, que estaban dentro de la cocina, se acabó convirtiendo en una muy mala en cuanto vi a su madre terminando de preparar

croquetas y me dijo que esperara unos minutos para guardarme unas pocas y así llevármelas a casa. Un ofrecimiento al que no pude negarme, porque sus croquetas de jamón eran las más deliciosas que había probado en la vida. Estuvimos hablando durante un buen rato hasta que sacó aquel delicioso manjar de la sartén y me guardó unas pocas, aún calientes, en un *táp*er de aluminio.

Me despedí de los chicos con una mano, mientras que con la otra sujetaba las croquetas, y me marché de allí sin más. Necesitaba olvidar el día que había vivido. Nada más salir, al girar la esquina, me encontré de frente a Alejandro bastante enfadado mientras colgaba una llamada.

—Joder… —maldijo mirando hacia delante.

—Mmm… ¿Todo bien? —le pregunté por cortesía, solo quería irme de allí y zamparme las croquetas en casa mientras veía una serie.

Se giró hacia mí con rapidez y la expresión de su rostro se calmó en cuanto descubrió que era yo.

—Sí, es solo que me ha llamado alguien con quien no quería hablar.

—Pues no haber respondido.

Rio.

—No es tan fácil.

—Nosotros somos los que hacemos las cosas difíciles, pero en realidad todo es más fácil y simple de lo que creemos.

Sí, a veces me podía dar la vena filosófica en cualquier momento y hacía pensar a la gente, algo que se me daba muy bien para ayudar a los demás, pero que no sabía poner en práctica para mí misma. Se quedó pensativo durante unos segundos y al final sonrió.

—Puede que tengas razón.

—Casi siempre la tengo.

Comencé a andar de nuevo, tenía muchas ganas de llegar a casa y tirarme sobre el sofá.

—¿Te vas?

—Sí, estoy cansada y hoy ha sido un día muy largo. Necesito que acabe ya —respondí al pasar por su lado caminando.

—¿Puedo acompañarte? —escuché decir a Alejandro detrás de mí.

Paré de andar y me giré arrugando la frente. ¿De verdad me había pedido que nos fuéramos juntos? No tenía ningún sentido. No nos llevábamos bien y un paseo podría hacer que nos lleváramos peor.

—¿Por qué?

—Bueno, es tarde y no sería muy caballeroso por mi parte ver cómo te vas sola. Madrid puede llegar a ser peligrosa por la noche.

—Sé cuidarme yo solita, gracias. Además, no vivo muy lejos de aquí.

Reanudé la marcha, pero no caminaba tan deprisa como quería. De repente me vino una idea a la cabeza. ¿Y si le dejaba que me acompañara? Necesitaba ganarme su confianza para que pudiera convencer a su hermano de que cambiara de opinión. Alejandro podía ser la ayuda que me hacía falta para llegar a conseguir el puesto de directora creativa por el que tanto había luchado, así que, cuando él estaba a punto de entrar en el bar, llamé su atención:

—Puede que no sea tan mala idea —grité.

Se giró hacia mí.

—Dame un segundo que le envío un mensaje a mi hermano para que no me esperen.

Tecleó a gran velocidad y corrió hacia mí hasta que se puso a mi lado.

—¿Qué llevas ahí? —dijo señalando el t*á*per mientras caminábamos.

—Croquetas, ¿quieres?

—Nunca podría decir que no a unas croquetas.

Que mi casa se encontraba relativamente cerca del bar de Sara no era mentir, pero tampoco era decir la verdad. Aproveché que estábamos juntos y eliminé la opción de coger el metro para ganarme, poco a poco, algo de su confianza dando una vuelta por las maravillosas calles de Madrid.

El paseo fue inesperadamente agradable a su lado. Hablamos de decenas de cosas triviales y que en la mayoría ambos pensábamos igual, así que me sentí cómoda, algo inesperado para mí. Acabé descubriendo que no era una persona tan seria, como me había parecido en un principio, y acabamos devorando todas las croquetas de camino a casa. Al llegar al portal, hubo un extraño silencio entre nosotros y la situación se volvió un poco incómoda. Por algún sorprendente motivo, sentía como si no quisiéramos que acabara aquel momento.

—Me lo he pasado muy bien —dijo de pronto—. Ha sido la mejor forma de quemar esas croquetas que nos hemos zampado.

Reí.

—Merecía la pena comérselas, aunque no diéramos este paseo.

—Ahí tienes razón.

—Bueno…, supongo que ya nos veremos por mi oficina y eso —solté algo tensa—. Gracias por acompañarme, Alejandro.

Sonrió escuetamente y ambos dimos media vuelta sin decir nada más. Saqué las llaves del bolso e intenté abrir la puerta, pero estaba tan oscuro que me costó atinar a meterla en la cerradura.

—¡Puedes llamarme Álex! —gritó a lo lejos e hizo que me girara hacia él—. Alejandro no me gusta, es demasiado serio.

—Tú a mí puedes seguir llamándome Mérida, Meri es solo para los amigos.

Le hizo gracia y se marchó contento.

He de admitir que aquella noche me costó dormirme, porque nunca me había sentido tan cómoda con alguien, aparte de con Guille y Sara, pero ellos no contaban porque eran mis mejores amigos. Intenté quitarme aquella sensación de la cabeza. Yo jamás había experimentado aquello con nadie, y lo malo es que no iba a ser la única vez que lo sintiera.

El tiempo fue pasando y tardamos dos semanas en volver a vernos. Aquel viernes nuestra empresa había quedado con ellos para firmar el contrato que nos uniría a ambos de alguna manera durante, como mínimo, dos años. Los hermanos De la Vega fueron arrebatadores con sus trajes, y yo no fui menos. Como siempre que nos teníamos que reunir con algún cliente, seleccionaba mis mejores conjuntos para impresionar, y aquella vez elegí un traje rojo con falda lápiz que, aunque no me agradaba demasiado embutirme en aquel trozo de tela, hacía que me sintiera poderosa, como me gustaba.

Que Carlo y yo estuviéramos en aquella firma fue un mero trámite sin importancia que nos podíamos haber ahorrado, pero como quería ganarme la confianza de Álex, tuve que decir que sí que iba a pesar de que tenía bastante trabajo acumulado. Tras la firma, me fui hacia mi despacho sigilosamente aprovechando que los cuatro se quedaron hablando de los cambios que tenía que hacer Carlo en su idea. Esa derrota me seguía pesando porque me veía un escalón por debajo de

él para conseguir el trofeo, y como era algo que no podría permitirme, tenía que trabajar el doble, intentando de esa manera superarle de algún modo.

A los pocos minutos de ponerme con el ordenador, alguien llamó a la puerta. Como imaginé que sería Carlo, para restregarme de nuevo el logro que había conseguido, ni siquiera contesté, pero insistieron y volvieron a llamar.

—Ni se te ocurra entrar, Carlo, o te juro que te pondré sal en el café en lo que queda de año.

—No soy Carlo —escuché decir a una voz detrás de la puerta y después esta se abrió—. ¿Puedo pasar?

—Oh, perdone señor De la Vega. —Me levanté sobresaltada—. No quería…

—No te preocupes. —Sonrió—. Solo venía a decirte que me gustó el paseo que dimos el otro día.

—Si con el otro día te refieres a hace dos semanas… Sí, estuvo bien.

Ambos sonreímos nerviosos.

—No quiero molestarte, es que mi hermano quería que te preguntase si podrías darle el teléfono de tu amiga, la del bar. Al parecer, le gustó mucho.

—No puedo hacer eso, es mi mejor amiga y no conozco a tu hermano lo suficiente como para daros su número.

—Sí, lo entiendo, era una tontería, olvídalo. —Se dio media vuelta—. Perdona.

—No puedo daros su número, pero ya sabe donde trabaja. Suele estar allí los martes y jueves por la tarde y el fin de semana a jornada completa.

Tal como esperaba, se giró hacia mí y me hizo un gesto en agradecimiento.

—Se lo diré, gracias.

—Podríamos volver a dar un paseo un día de estos —solté antes de que se marchara por la puerta. No me gustaba estar cerca de los tíos como él, pero tenía que hacerlo.

—Claro. —Volvió a mirarme—. ¿Qué te parece mañana por la noche?

—No puedo, Sara nos ha invitado a su pueblo y vamos a estar todo el finde fuera.

Se quedó pensativo en el umbral de la puerta. Después se acercó a mi mesa, se metió la mano por el interior de la chaqueta y sacó una tarjeta.

—Aquí tienes mi número —dijo dejando aquel trozo papel sobre mi escritorio—. Cuando veas que quieras dar un paseo, avísame.

Asentí. En cuanto se marchó por la puerta, cogí la tarjeta y me guardé su número en el móvil. Le guardé como «Álex Caralimón», por todas las veces que le había visto con cara de amargado. Si quería ganarme su confianza, tenía que empezar a ser amigable desde el primer momento, así que, a pesar de que acababa de marcharse, le escribí un WhatsApp:

Mérida:
Tenía que saber si este número era de verdad. 12:58

Álex Caralimón:
Perdona, ¿nos conocemos? 13:00

Mérida:
Qué rápido te olvidas de las chicas
con las que das un paseo comiendo croquetas. :(13:02

Álex Caralimón:
Ja, ja, ja, nunca podría olvidarme.
Acabo de guardarme tu número. 13:03

Mérida:
;) 13:04

A las siete de la tarde, Guille fue a buscarme en su coche a casa. Ya había dejado la mochila preparada la noche anterior y lo único que hice nada más salir del trabajo fue cambiarme de ropa y coger la mochila. Al entrar en el coche lo encontré demasiado callado, y él no era así, pero supuse que había tenido un mal día en el trabajo y nos mantuvimos en silencio hasta que recogimos a Sara en el bar de sus padres.

—Uy, qué callados estáis, ¿no? —soltó en cuanto entró a la parte trasera del coche.

—Estamos cansados —dijo él con desgana.

—Jopé, vamos al pueblo a desestresarnos, no a preocuparnos por las cosas que nos ocurren aquí.

—Se me pasará —dijo Guille sin sonar muy convincente.

—Pero ¿nos lo vas a contar? —pregunté.

Negó con la cabeza y arrancó el coche.

Nunca solía ser tan misterioso, y menos con nosotras, que siempre nos lo contaba todo, pasara lo que pasara. No quisimos presionarle, por lo que, durante la hora y media de viaje hasta el pueblo de Sara, nos pusimos las dos a cotorrear como si lleváramos semanas sin vernos y a cantar alguna que otra canción que aparecía en la radio por sorpresa. Eso era lo bueno de estar los tres juntos, respetábamos los silencios del otro, y esa persona sabía que los demás íbamos a estar ahí para cuando quisiera hablar. Porque de eso trata la amistad, de no presionar y dejar que todo fluya como necesita la otra persona hasta que esté preparada.

Cuando llegamos al pueblo, Guille estaba un poco más animado e incluso se atrevió a cantar con nosotras *Somos instantes* de Caloncho, una canción que nos había puesto Sara miles de veces en cuanto la descubrió. Nada más aparcar, tiré la mochila dentro de la casa, me cogí una toalla de playa que tenían guardada en el armario de la entrada y fui a toda prisa hacia las afueras del pueblo a tumbarme para contemplar las estrellas. Me encantaba poder acostarme en pleno campo para observar con tranquilidad el cielo estrellado.

—Ni siquiera nos has esperado —escuché decir a Sara detrás de mí.

—Necesitaba tumbarme aquí para olvidarme de todo —le respondí sin apartar la vista del cielo.

Solo se escuchaba silencio hasta que ella se tumbó a mi lado e hizo que la hierba que había bajo la toalla sonara con su movimiento. Me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos.

—No soy feliz —confesó.

Giré la cabeza hacia ella.

—Has empezado fuerte… y deprisa. Guille no ha venido todavía.

—No sé si vendrá, dijo que tenía que hacer unas cosas antes. Está muy raro y yo necesitaba desahogarme urgentemente.

La verdad es que siempre que íbamos al pueblo de Sara era sobre todo para olvidarnos de lo malo que nos ocurría. Aprovechábamos para contarnos nuestras mierdas más profundas. Se había convertido en una especie de ritual que hacíamos varios meses al año para sincerarnos por completo con los demás y, sobre todo, con nosotros mismos.

Que Guille no hubiera venido con Sara me preocupó de verdad. Eso de que no quisiera contarnos lo que le ocurría no era normal y nos daba a entender que podía ser algo grave.

—¿Por qué dices que no eres feliz?

—Mírame, tengo veintiséis y sigo atrapada con mis padres. Vivo en el mismo techo que ellos y trabajo en su bar. No es así como me imaginaba que sería mi vida a nuestra edad.

—¿Y cómo te la imaginabas?

—Triunfadora, igual que tú.

Reí inesperadamente ante su respuesta.

—¿Triunfadora? ¿Yo? No sabes lo que estás diciendo, Sara.

—Sé lo que digo. Eres inteligente, trabajas en lo que quieres y dentro de poco vas a conseguir el puesto que deseas. Además, eres independiente, te acuestas con un montón de hombres…

—Para. —Volví a mirar hacia el cielo porque empezaba a dolerme el cuello—. ¿Desde cuándo piensas que acostarse con muchos tíos es ser una triunfadora?

—Sigo sin creerlo, pero a ti te va bien con ese estilo de vida.

—Venga, Sara, no digas tonterías, por favor. Estás teniendo una pequeña crisis existencial porque sigues viviendo con tus padres. Tú ya sabes por qué vivo sola desde hace años… —Se me quebró la voz.

—Lo sé, lo siento, tía.

—Lo que te quiero decir es que, si no eres feliz ahora, deberías modificar algo de tu vida. Ese cambio no se va a hacer solo como creo que estás esperando.

Suspiró.

—¿Y cómo lo hago? Me da miedo hacer algo.

—Simplemente hazlo. Diles a tus padres lo que quieres de verdad y empieza a pensar en tu futuro.

—No es tan fácil…

Permanecimos durante varios minutos en silencio, observando cómo las estrellas inundaban aquel manto oscuro que teníamos sobre nosotras. Los grillos nos acompañaban como parte de un hilo musical, trayéndonos más paz de la que ya se podía respirar.

—¿Qué tal fue la reunión de esta mañana? ¿Volviste a ver a los hermanos macizos?

Reí a carcajadas.

—No los llames así que son mis jefes, por así decirlo.

—No me pidas un imposible. Venga, responde.

—Sí, los vi, y me sentó como una patada en el culo ver que Carlo conseguía lo que quería, pero bueno, qué le voy a hacer. Ah, por cierto. —Le di golpecitos en el hombro con la mano que tenía libre—. También me enteré de que, al parecer, le gustaste a uno de los hermanos.

Se incorporó como si tuviera un muelle colocado sobre la espalda y me miró escandalizada.

—¿Quién?

—Al que le cobraste de más por las cervezas.

Aunque el cielo estaba oscuro, la luna nos iluminaba tenuemente el rostro y pude atisbar cómo le cambiaba la expresión hasta convertirse en alguien totalmente ilusionado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó girándose hacia mí.

—Su hermano vino a mi despacho y me lo dijo.

Soltó un chillido.

—¿Cómo va a ir su hermano a tu despacho solo para contarte eso? ¡Le gustas! —gritó con entusiasmo.

—No digas tonterías. Sabes que solo es trabajo. Quería ver si le daba tu número.

—Y una leche. Le gustó el paseo que disteis hasta tu casa y quería verte. —Dio unas cuantas

palmaditas y se volvió a tumbar a mi lado—. ¿Te imaginas que salimos con ellos? Eso nos convertiría en cuñadas.

—Sabes que no voy a salir con nadie, nunca —solté poniendo más énfasis en la última palabra.

—¿Por qué, tía? Siempre he pensado que sería una fase y que se te acabaría pasando, pero me preocupas.

—¿Te preocupa que no quiera salir con ningún tío? Sara, entiéndelo. No quiero enamorarme, no quiero salir con nadie y que me hagan daño. Eso no me va.

—No tienen por qué hacerte daño —respondió con insistencia.

—Todos los hombres acaban haciéndonos daño.

—Eso lo dices porque alguna vez te habrás enamorado y te lo han hecho. La adolescencia es así. Sufrimos por amor porque creemos que la primera persona con la que salimos es el amor de nuestra vida.

Siempre me había resultado complicado hablar con ella de ese tipo de cosas. Se negaba a aceptar mi punto de vista de la vida y acabábamos discutiendo de una forma u otra, pero aquella noche no tenía ganas de pelearme con nadie. Al igual que ella estaba deseando enamorarse, y yo lo respetaba, Sara también tenía que aceptar que yo había elegido un camino de amor propio y soledad que me encantaba. No necesitaba a nadie para ser feliz, solo a mí misma, aunque a veces se me hiciera un poco cuesta arriba.

—Nunca me he enamorado —confesé en un suspiro—. Pero sí me hicieron daño, así que me prometí no volver a pasar por aquello jamás. No dejaré que un hombre me vuelva hacer sentir como una mierda.

—Oh, Meri…

—Ya estoy aquí, chicas.

Ambas retorcimos nuestro cuello para mirar detrás de nosotras y vimos al revés cómo Guille se acercaba desgarbado hacia donde estábamos.

—¿Todo bien? —pregunté cuando volví a colocar mi cuello.

—Tengo una movida muy grande, pero todavía no estoy preparado para contároslo. ¿Puedo tumbarme entre vosotras y podéis darme un abrazo como si os lo hubiera contado?

—¿Qué nivel de importancia tiene? —preguntó Sara totalmente seria.

—Nivel diez.

—¡Solo tenemos hasta cinco! —respondió ella, alarmada.

—Pues imagínate…

—Venga. —Arrastré mi espalda por el suelo hasta dejar un espacio en el que cupiera Guille—. Túmbate con nosotras.

Se tumbó entre ambas colocando sus brazos encima de los nuestros. No había calculado bien y le había dejado poco espacio. Fui a moverme para que estuviera más a gusto, pero me agarró del brazo para que no me moviera.

—Necesito contacto.

Ambas le miramos al mismo tiempo y le abrazamos tan fuerte como nos dejaba la postura en la que estábamos.

—Sabes que estamos aquí para lo que sea, ¿verdad? —le recordé.

—Sí, gracias, chicas.

Permanecimos en silencio el resto del tiempo que nos quedamos allí tumbados. No eran necesarias más palabras, ya que lo único que importaba realmente era la compañía con la que

estábamos. Porque a veces no hace falta decir lo que sentimos, simplemente con estar acompañados de quien sabemos que nos comprendería a la perfección es suficiente.

Volvimos a la casa a las tantas de la madrugada. Estar en el pueblo siempre nos hacía evadirnos de la realidad. Podíamos permanecer durante horas admirando el cielo sin darnos cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. Quise contarles en varias ocasiones el plan que estaba poniendo en práctica con Álex, pero algo en mi interior me decía que no era el momento de sincerarme, y eso que a ellos les contaba todo, incluso cualquier tontería que me hubiera sucedido a lo largo del día.

Durante el fin de semana disfrutamos jugando a juegos de mesa, paseando por las estrechas y empedradas calles del pueblo y tomando el sol en la piscina que había abierto ese fin de semana. El verano ya era palpable y era uno de los mejores lugares en los que podíamos celebrarlo. Lo pasamos tan bien, y nos evadimos tanto de nuestras vidas, que volver a la realidad se hizo duro. Aunque solo hubiéramos estado dos días y medio, me sentía como si hubiera estado más de una semana fuera de casa.

El lunes por la mañana me pesó volver al trabajo. Me daba tanta pereza ir que ni siquiera perdí el tiempo eligiendo un conjunto que ponerme y fui vestida con unos vaqueros negros y una blusa beis sin mangas a la oficina, algo impropio de mí. Antes de la hora de la comida, Martina nos llamó con urgencia para realizar una reunión. Al parecer, Cronos estaba pidiendo muchos cambios en la idea original de Carlo y era algo que no podíamos permitirnos, ya que, si no llegábamos a hacer lo que ellos querían en el tiempo que nos pedían, peligraba el contrato que acabábamos de firmar.

—No lo entiendo —dije de pronto—. Firmaron la idea que les dio Carlo, les parecía bien. ¿Por qué ahora están pidiendo tantos cambios?

—No lo sé —respondió Martina, nerviosa—. Pero quieren una idea mejorada para este viernes.

—Imposible —contesté tajante.

—Tendría que centrarme en ellos en exclusiva y tengo más clientes que quieren las cosas para la semana que viene —comentó Carlo algo agobiado.

—Lo que no entiendo es qué hago yo aquí. Los clientes son de él.

—Somos un equipo, Mérida, tendrás que ayudarle.

—No, Martina. Sabes perfectamente que mi idea era buena y no la aceptaron. No puedo hacer nada porque no les gustó mi punto de vista.

—Es que están pidiendo algo más parecido a lo que les ofreciste tú, por eso tenéis que trabajar juntos.

—Déjame primero que mire la agenda a ver qué tengo que hacer esta semana —respondí con desgana.

Cuando llegué al despacho, ni siquiera miré la agenda. Lo primero que hice fue buscar la conversación que había entablado con Álex y pensé en las palabras exactas que tenía que decirle para conseguir que nos viéramos esa semana.

Mérida:
Tu hermano nos pide un imposible. 14:58

Álex Caralimón:
Nada que no podáis hacer, por eso os ha elegido. 15:05

Mérida:

Me han pedido que trabaje con Carlo.
¡Y no le soporto! 15:06
Álex Caralimón:

La única forma que conozco para despejarse
es dando un paseo. ;) 15:07

Mérida:
Solo si después hay croquetas. 15:09

Álex Caralimón:
Hecho. 15:10

Quedamos al salir del trabajo en el Retiro, en la fuente de las Cuatro Gracias. Cuando llegué lo encontré de pie hablando por teléfono mientras caminaba distraído, vestido de manera informal, como si no hubiera ido a trabajar. Me acerqué a él dubitativa, no quería interrumpir ninguna conversación importante. Al percatarse de mi presencia, sonrió y me hizo un gesto con la mano para que esperara un segundo. Decidí darle intimidad y me acerqué a uno de los carteles que había donde explicaban el tipo de árbol que tenía enfrente.

—Perdona, era una llamada de trabajo —se disculpó en cuanto llegó a mi lado—. ¿Qué haces?

—Estoy viendo la ardilla que está escalando ese árbol. —Señalé hacia donde estaba aquel pequeño animalito.

Álex se giró y ambos sonreímos en cuanto vimos que la ardilla llegó a una rama y se frotó la cara.

—Hacía años que no veía una ardilla aquí —susurró Álex—. Qué curioso.

Me giré hacia él.

—Somos unos privilegiados.

Me miró de una manera que no supe interpretar e hizo que sintiera una extraña sensación en cuanto nuestros ojos entraron en contacto. Aguanté la respiración de tal manera que no se diera cuenta de que, por una milésima de segundo, me había puesto nerviosa. Aún no tenía claro de qué forma exacta quería llevar a cabo mi plan para que su hermano eligiera mi idea, pero lo que sí sabía es que tenía que ganarme su confianza para que saliera de él mismo hacerlo.

—¿A dónde vamos? —pregunté después de un cómodo silencio.

—El Retiro es el sitio ideal para dar un buen paseo. Después, si quieres, puedo llevarte a un lugar que creo que te va a encantar.

Caminar por el Retiro junto a Álex fue extrañamente gratificante. Dimos un paseo durante horas mientras hablábamos sin parar de cualquier cosa que se nos venía a la cabeza, como si nos conociéramos de toda la vida, y tuve una sensación que no había experimentado jamás. Nunca había hablado con alguien que apenas conocía de una manera tan abierta como estaba sucediendo. Siempre he sido una persona muy reservada con todo el mundo, pero en cuanto entro en confianza incluso puedo llegar a contar cómo me partí un diente de leche con seis años sin venir a cuento. Desde muy pequeña me había creado una especie de armadura con la gente a mi alrededor y solo dejaba que la atravesara quien mereciera la pena, y la verdad es que en los últimos años muy pocas personas habían podido superar esa barrera. Por eso, estar con Álex me desconcertaba tanto. Sabía que para que mi plan funcionase tenía que ser un poco más abierta con él, para que él también entrara en confianza, pero cuando hablábamos se me olvidaba aquel muro que había levantado por mi propia seguridad.

Estaba anocheciendo cuando terminamos de dar vueltas por el parque y nuestros pies ya se encontraban paseando en lugares más conocidos. Le seguí por la ciudad sin fijarme por dónde caminábamos mientras me contaba cómo su madre se las ingeniaba, cuando ellos eran pequeños, para que él y su hermano comieran más fruta.

—¿Y lo consiguió? —pregunté totalmente intrigada.

—Conmigo sí, pero a Max cada vez que se le pone algo de fruta delante de la cara le dan arcadas. La pobre hizo todo lo que pudo.

—Seguro que ya ha aprendido y cuando vais a comer a su casa no le saca fruta de postre a tu hermano.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años, pero si siguiera viva, estoy seguro de que seguiría haciéndole esos platos tan graciosos con la fruta para intentar convencerle.

—Oh, lo siento… No pretendía…

—No te preocupes, no podías saberlo. —Sonrió triste.

Cambié de tema rápido y le hablé de Sara y Guille; sobre cómo nos habíamos conocido y cómo fueron los años de universidad en los que estuvimos juntos. Incluso le conté cómo nos las ingeniamos para montar una fiesta en una de las facultades, un sábado por la noche, sin que nadie del equipo directivo se enterara.

—No te hacía así —dijo tras una larga carcajada.

—¿Así cómo?

—Tan rebelde.

Reí ante su comentario.

—Que me veas casi todos los días vestida con traje y hable educadamente no quiere decir que sea de esa manera las veinticuatro horas del día. Me moriría si tuviera que ser siempre así.

—Me gusta más esta nueva versión que estoy conociendo de ti, la que seguramente pocos conozcan.

Aquella frase me bloqueó por completo. Estaba dando demasiado de mí. Que me hubiera dicho eso me hizo reaccionar y cambié mi forma de hablar y de comportarme con él. Estaba segura de que lo notó, porque el silencio que se creó entre nosotros ya no fue tan cómodo.

Me llevó a cenar a un restaurante que acababa de abrir y que preparaba únicamente croquetas. Aquel pequeño gesto hizo que me relajara un poco, pero seguí manteniéndome alerta. La carta estaba repleta de diferentes tipos de croquetas con todas las formas, y sabores, habidos y por haber. Apunté el lugar como un sitio al que tenía que ir con Sara y Guille y pedimos una degustación de las especialidades para compartir. Cada bocado, cada vez que la bechamel rozaba nuestros labios, era un orgasmo culinario para nuestros sentidos.

—Te acompaño a casa —dijo en cuanto salimos por la puerta casi sin poder movernos de todo lo que habíamos comido.

—No hace falta. Cojo el metro y llego en veinte minutos.

—Me quedaría más tranquilo si voy contigo —insistió con dulzura.

—Tengo veintiséis años y hasta ahora no me ha pasado nada por ir sola, no te preocupes.

—¿Veintiséis años? Qué renacuaja… —comentó con voz burlona.

Iba a contestarle, pero de repente mi teléfono comenzó a sonar. Lo saqué del bolso y, al mirar la pantalla, me preocupé al ver que Sara me estaba llamando a esas horas.

Capítulo 4

CITA DOBLE

Hace años me prometí a mí misma cuidar y proteger a mis seres queridos, ya fueran la familia que me ha tocado de nacimiento, o la que yo eligiera, como son los amigos. Me prometí que siempre haría cualquier cosa para que estuvieran bien, que les apoyaría en todo lo necesario y les defendería de todo lo malo que les ocurriese. Y ellos lo sabían. Con cada acto y con cada gesto que hacía me había ganado una posición en la que me encantaba estar. Ese puesto no era ni más ni menos que ser la primera persona en la que pensaban cuando necesitaban ayuda o, simplemente, desahogarse. Sabían que no tenía hora de cierre y que estaba disponible en cualquier momento para responder a esa llamada o a ese WhatsApp con tal de ayudarles. Aunque tenían eso muy interiorizado, apenas habían hecho uso de aquel plus de amistad a horas intempestivas, por eso, cuando vi que Sara me estaba llamando a las doce menos diez de la noche, me asusté.

—Tengo que cogerlo.

Álex asintió y me aparté un poco de él.

—Hola, Sara —dije nada más descolgar—. ¿Todo bien?

—Tía, te estoy llamando a la puerta y no me abres.

—Claro, porque no estoy en casa.

—¿Y dónde estás? Necesito un techo en el que quedarme.

—¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar. ¿Vas a venir a dormir o te vas de folleteo?

—No, no —respondí alarmada ante esa idea—. Ya voy para allá, ¿vale? Estoy a punto de coger el metro.

—Vale, te espero aquí sentada.

Colgué sin siquiera despedirme y noté un nudo en el pecho. Si Sara se había ido de casa no era nada bueno.

—¿Todo bien? —preguntó Álex detrás de mí.

—No. —Me giré hacia él—. Mi amiga Sara me está esperando en la puerta de casa.

—¿A estas horas?

—Seguro que se ha peleado con sus padres o algo.

—Entonces no quiero entretenerte más. ¿Estás segura de que te vas sola a casa?

—Sí, gracias. —Automáticamente, me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Su delicioso olor a *aftershave* me descolocó por completo—. Perdona, no sé por…

—No te preocupes. Creo que hoy nos hemos contado ciertas cosas que nos hacen tener la confianza suficiente como para despedirnos con un beso en la mejilla.

Me marché corriendo y no tardé en llegar a mi portal. Sara me estaba esperando sentada en el

escalón de azulejo que había antes de entrar por la puerta. Nada más verme, se levantó y se acercó desesperada hacia mí con los brazos abiertos. En cuanto nos abrazamos, observé la pequeña maleta de cabina que había cerca de donde había estado sentada.

—Venga, vamos a subir, nos ponemos el pijama y me cuentas, ¿te parece?

Asintió con lágrimas incipientes en los ojos.

Nos tomamos nuestro tiempo en subir a casa y en prepararnos para ir a dormir. Intentaba seguir su ritmo porque había ocasiones que parecía que le costara reaccionar ante los estímulos. Cuando ambas nos pusimos el pijama, abrí la ventana de par en par, con la esperanza de que pasara algo de brisa a la habitación, y me tumbé a su lado con una distancia prudencial para no entrar en contacto con ella y así no morir de calor.

—¿Estás preparada para contármelo?

—Sinceramente, no —respondió con la voz temblorosa—. Solo quiero dormir.

—Pues a dormir se ha dicho. Sabes que aquí puedes esconderte todo lo que quieras, pero recuerda que no puedes hacerlo eternamente.

Apagué la luz y, cuando estaba a punto de dormirme, mi móvil vibró en la mesita de noche. Aunque intenté ignorar aquel molesto sonido, se me quedó clavado en el cerebro y no se fue hasta que miré la pantalla. Álex me había mandado un mensaje que decía: *Me gustan nuestros paseos llenos de croquetas. Espero que tu amiga esté bien y que podamos repetirlo pronto*. No le respondí. Había quitado durante demasiado tiempo mi armadura y necesitaba ponérmela de nuevo para sentirme a salvo.

A la mañana siguiente, tras despertarme temprano debido a una patada de kárate que me dio Sara, conseguí que me contara qué le había pasado. Al parecer, una de las discusiones que solía tener con sus padres, por el tema de que no quería seguir trabajando en el bar, se le había ido de las manos y les acabó diciendo que se iba de casa, por lo que iba a permanecer unos cuantos días conmigo.

Tras explicarle a Sara cómo entrar en mi cuenta de Netflix en la televisión, para que se entretuviera en lo que yo volvía a casa, pude comprobar que parte de mi plan estaba empezando a dar sus frutos. En cuanto entré por la puerta de la oficina, Martina se acercó a mí y me avisó de que habían llamado desde Cronos y le habían dicho que nos darían un margen de tres meses hasta que presentaran sus nuevos productos en Londres. Punto para mí, aunque dos más para Carlo, pero al menos había conseguido más tiempo para poder seguir llevando a cabo todo lo que tenía planeado.

Unos días más tarde, mientras hablaba por teléfono con unos clientes de una marca de zapatos, Carlo irrumpió en mi despacho, aparentemente nervioso, haciéndome aspavientos con las manos para que colgara. Le hice una peineta para que me dejara tranquila, pero en vez de conseguir que se marchara, se acercó a toda velocidad a mí, me robó el teléfono y colgó.

—¿Qué coño haces? —grité al levantarme de la silla con brusquedad.

—Necesito tu ayuda.

Permanecí en silencio, estupefacta. Carlo jamás me había pedido ayuda.

—¿Cómo has dicho?

—Que necesito tu ayuda.

—Vale, tú dirás.

—Tengo que ir a la oficina de Cronos a exponer los pequeños cambios que he realizado para la presentación de Londres y necesito que vengas conmigo.

—¿Por qué? —pregunté tras una risotada.

—Porque si nos ven como un equipo puede que les convenzan los cambios que he hecho.

—Antes de decirte que sí, preséntame lo que tienes.

—Tenemos que salir para allá en diez minutos.

No me moví de donde estaba.

—No puedo apoyar esos cambios si no me los muestras.

Resopló de mala gana, cerró la puerta de mi despacho y expuso aceleradamente parte de la pequeña presentación que tenía que enseñarles en unos minutos. Sinceramente, no me importaba, iba a ir igual, pero si quería que de cierta manera formara parte de su trabajo, tenía que ver que era bueno o que al menos lo había mejorado.

Cogimos un taxi y llegamos enseguida. Estaba nerviosa por entrar y ver a Álex. Desde que Sara se atrincheró en mi casa no había vuelto a verle ni a saber de él. No había respondido a su mensaje y temía que se hubiera enfadado por haberlo ignorado. En cuanto atravesamos la puerta de aquella oficina, la recepcionista, que había conocido mascando chicle, ahora lo estaba haciendo de una manera tan exagerada que llegué a pensar que tenía, por lo menos, diez chicles dentro.

—Venimos a ver… —empezó a decir Carlo.

—Sí, sí, pasad —respondió despreocupada—. Os están esperando en la sala de reuniones. En el pasillo, la tercera puerta a la izquierda.

Seguí a Carlo por el pasillo hasta entrar por donde nos había dicho la chica. Lo primero que vi de aquella sala fue a Álex sentado junto a su hermano frente a una mesa rectangular de madera que ocupaba casi toda la sala. Estaba distraído mirando el móvil mientras Max leía concentrado unas hojas que tenía sobre la mesa. Carlo llamó con los nudillos y el único en mirarnos fue Max.

—¿Se puede pasar?

—Por supuesto —respondió Max al levantarse de la silla haciéndonos un gesto con la mano para que nos sentáramos.

Carlo se dirigió al fondo de la habitación porque tenía que preparar todo lo que había traído y yo rodeé la mesa y me senté al lado de Álex. Él, al percibir a alguien a su lado, me miró y se sorprendió al verme allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ilusionado.

—Trabajamos para vosotros —respondí totalmente satisfecha al ver su reacción.

Tenía la pelota en mi tejado. Me tocaba a mí ofrecerle un plan porque las anteriores veces había sido él quien había propuesto algo.

—¿Tomamos un café después?

—No puedo —respondió casi al instante con el semblante serio—. Tengo una reunión.

—Oh, claro…

Iba a decirme algo, pero Carlo nos cortó y preguntó si podía empezar la exposición. Me alejé unos centímetros de la silla de Álex, por si se sentía incómodo a mi lado, y hojeé por encima la carpeta que nos acababa de entregar Carlo, donde exponía los principales argumentos de lo que nos iba a contar. Fueron solo treinta minutos, pero se me hicieron los más largos de mi vida, no porque fuera aburrido, que también, sino porque me dejó una extraña sensación que Álex se hubiera enfadado conmigo por no haberle respondido a su mensaje. En cuanto Carlo terminó, me levanté a toda prisa.

—Te espero fuera —le dije mientras iba hacia la puerta.

—Espera, Mérida —escuché decir a Max detrás de mí.

Al girarme, observé cómo se dirigía hacia mí con torpeza al intentar levantarse con rapidez de

la silla.

—Dígame —respondí mirándole primero a él y después echando un vistazo rápido a Álex, que nos observaba expectante.

—Me gustaría pedirte un favor.

—¿A mí? —dije con una sonrisa cálida antes de que él asintiera—. Pues dígame.

—Bueno, dos favores. El primero, deja de tratarme de usted, por favor.

—Vale, ¿y el segundo?

Antes de responder, Max se giró hacia Carlo, que nos estaba mirando, y le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera. Este se puso nervioso y terminó de recoger las cosas a toda velocidad y, antes de marcharse por la puerta, me miró.

—¿Te espero abajo?

—No, voy en un rato. Pídete un taxi.

Nos quedamos los tres a solas en aquella habitación, aunque solo tuviera la sensación de que estuviéramos Max y yo. Álex había abierto el portátil que tenía encima de la mesa y ya no nos estaba mirando.

—Quiero que me des el teléfono de tu amiga —dijo de pronto.

—¿De Sara?

—Claro.

Reí secamente.

—Si hago eso, sería lo último que hiciera en mi vida. Ya le dije a tu hermano que no puedo.

—Oh, venga. Quiero pedirle una cita, nada más. Me encantan las mujeres con carácter.

—No sabes lo que estás diciendo. Yo tengo tanto carácter que lo demuestro en cualquier momento y en cualquier lugar, pero Sara… Sara es de las que parecen muy dulces, pero cuando se enfadan dan verdadero miedo.

—Ahora sí que me han entrado ganas de conocerla.

Negué con la cabeza. No sabía lo que estaba diciendo, pero como a ella también le había parecido guapo podrían llegar a gustarse, a pesar de que me parecía una pésima idea mezclar lo personal con lo profesional. No iba a darle su número sin su consentimiento, pero se me ocurrió una idea genial para que Max consiguiera lo que quería, y yo también.

—Podemos hacer una cosa. Os puedo organizar una cita.

Álex levantó la cabeza imperceptiblemente del ordenador con curiosidad y vi por el rabillo del ojo cómo intentaba disimular que nos estaba escuchando.

—¡Genial! —gritó con auténtica euforia—. ¿Qué le gusta comer? ¿Es vegetariana? ¿Cuándo quedamos? ¿Prefiere los sitios caros o algo más normal?

—Para el carro —solté junto con una carcajada—. Sara nunca me dejaría que le organizara una cita a ciegas. No se presentaría. Pero podemos hacer un plan los cuatro y así seguro que ella no puede negarse.

—¿Qué cuatro? —preguntó Álex con atención.

—Vosotros y nosotras. Una quedada de amigos.

—No puedo —soltó de pronto Álex.

—Ni siquiera sabes cuándo vamos a organizarlo.

Se quedó sin palabras.

—¡Sí, sí, sí! —dijo Max con alegría. Me pareció muy tierno que se ilusionara de aquella manera con Sara.

Miré a Álex esperando a que él dijera algo y, en cuanto se dio cuenta de que ambos le

estábamos mirando, apoyó la espalda en la silla y suspiró. Tomé ese gesto como que aceptaba mi propuesta, así que salí al pasillo y llamé por teléfono a Sara, que sabía que estaría en mi casa viendo la tele. No tardó en responderme, estaba poniéndose al día con una serie que hacía tiempo que quería terminar y que no había podido a causa del bar.

En cuanto le propuse el plan, me dijo que no, algo que me dejó sin palabras. Me las tuve que ingeniar para que lo viera como algo interesante y nuevo que iba a hacer durante esa semana y en ese caso sí aceptó. En cuanto colgué, Max apareció impaciente por el pasillo y me miró con ojitos.

—¿Y bien?

—Ha dicho que sí. ¿Podéis mañana?

—¡Sí! —Corrió hacia la sala de reuniones—. Mañana quedamos los cuatro, Álex, cancela todos los planes que tengas.

Salió de nuevo, me dio un beso en la mejilla y se marchó canturreando hacia otra de las puertas que había en el pasillo. Escuché cómo Álex se quejaba y entré para ver qué era lo que le sucedía.

—No me gustan los tíos como tú —dije con sinceridad ante su malestar, una reacción que no me venía nada bien para mi plan, pero que fue inevitable.

—¿Cómo dices? —Me miró enfadado.

—Primero vas de que te gusta salir a pasear conmigo, pero ahora te comportas como si pasaras de mí.

Puso los ojos en blanco y relajó el rostro.

—Claro que me gusta. Que esté así no tiene nada que ver contigo.

—Ah, ¿no? —pregunté acercándome hacia él con cautela.

—No. Es que tengo toda la semana muy ocupada y Max lo sabe. No me gusta que me planifique la vida en torno a él.

Bajó la pantalla del portátil antes de levantarse de la mesa y caminar en mi dirección. Me coloqué delante de la puerta para evitar que saliera. No podía perder todo lo que había ganado hasta aquel momento.

—¿Te lo hace mucho?

—Constantemente.

—Puedo cancelarlo, si quieres. Me pareció una buena idea para encontrar otro ratito en el que paseáramos juntos —mentí.

—No —contestó de pronto—. Ya veré a ver qué hago.

Sonreímos. Nos miramos en silencio y algo en nuestro entorno cambió. Se podía respirar un ambiente distinto entre nosotros, como si hubiéramos avanzado una etapa y pudiéramos estar forjando algo parecido a una amistad, o por lo menos eso era lo que percibía yo.

—Buscaré algo que hacer que no nos lleve mucho tiempo. Además, la cita es para ellos, podemos estar un rato los cuatro e irnos antes.

—No quiero arruinarlo.

—No arruinas nada, no te preocupes. Nos vemos un ratito y cada uno a su casa.

Volví a la oficina siendo más pereza que persona, así que, como no me apetecía en absoluto cerrar algunos asuntos que tenía pendientes, avisé a Martina de que me iba a casa. En cuanto atravesé la puerta, Sara me hizo tal interrogatorio que me sentí como si hubiera corrido una media maratón. Conseguí no contarle nada y, al día siguiente, cuando nos estábamos preparando para aquella doble cita, me insistió tanto que tuve que darle una pequeña pista de a dónde íbamos

para que me dejara en paz.

—Entonces, si vamos a jugar a los bolos, ¡no puedo ir con este vestido! —dijo señalando su atuendo verde de tirantes con estampado floral.

—Yo también voy con vestido y no pasa nada. Lo importante son las zapatillas y esas nos las dan allí.

—¿Seguro? ¿No se nos va a ver el culo ni nada?

—Por Dios, Sara, que el vestido te llega por las rodillas. Tendrías que hacer una postura muy rara al tirar para que se te viera el culo.

Arrugó la frente en señal de que desconfiaba de mis palabras, pero a los pocos segundos se relajó y continuó poniéndose sombra de ojos en uno de los párpados.

Los chicos vinieron puntuales, a las nueve. Fuera, el sol todavía iluminaba las calles y ese era uno de los motivos por los que me gustaba tanto el verano, aunque aquel día estuviéramos en plena ola de calor. Justo en el momento en el que íbamos a atravesar la puerta del portal, a Sara le dio tanto pánico aquella situación que tuve que arrastrarla hasta la calle. Era algo nuevo que iba a hacer en su vida y entendía que temiera enfrentarse a ello, pero las cosas buenas empiezan siempre con un poco de miedo.

Tras la acera, Max y Álex estaban apoyándose en un coche negro aparcado en doble fila. Ambos vestían con un pantalón corto por encima de las rodillas, de color beis, pero cada uno con una camiseta distinta de manga corta, demasiado informales para lo que estaba acostumbrada a ver.

—¿Es verdad lo que ven mis ojos? —susurró sin apartar la vista de los chicos—. ¿Vamos a quedar con los macizos del bar?

—Max insistió mucho en quedar contigo. —Imité el volumen de su voz.

Me miró tan rápido que me asustó.

—No…

—Sí… Venga, vamos, tengo que presentaros.

Apoyé mi mano sobre la espalda de Sara y la empujé casi imperceptiblemente para que caminara al mismo paso que yo.

—Hola, chicos. Aunque ya la conocéis, haré las presentaciones oficiales. Sara, estos son Max y Álex —dije señalando a cada uno a la vez que decía su nombre—. Chicos, como ya sabéis, ella es Sara.

—Encantadísimo. —Max se lanzó hacia ella para darle dos besos totalmente ilusionado y Álex me sonrió avergonzado.

—Chicos, una pregunta, porque no me fio del todo de Meri, ¿creéis que este vestido está bien para jugar a los bolos? —Dio una vuelta para que miraran lo espectacular que estaba, la muy perra.

—Yo creo que sí —contestó Álex.

—Lo mismo, estás preciosa —respondió Max con los ojos brillantes.

—¿Ves? Mujer de poca fe. —Miré a Álex—. ¿Nos vamos?

Asintió antes de levantarse e ir hacia la puerta del conductor. Iba en dirección hacia una de las puertas traseras de aquel Mazda 3 cuando Max me frenó.

—No, ve delante con mi hermano. Así Sara y yo podemos conocernos un poco más.

Me sentí satisfecha al ver lo contentos que estaban ambos de tener una cita. Si por mí fuera, les hubiera dejado allí solos y me hubiera vuelto a casa a cenar algo frío para contrarrestar el calor. Nada más entrar, detecté que el coche olía a nuevo y a ambientador oceánico, una mezcla

extrañamente deliciosa.

La tarde fue mucho mejor de lo que esperaba. A pesar de que había propuesto ese plan sin ninguna gana, acabé pasándomelo genial jugando a los bolos con los chicos y con Sara, que por muy increíble que parezca, terminó enseñando el culo en una de sus tiradas, algo que nos hizo reírnos a carcajadas. De las dos partidas que hicimos, Max ganó una y yo otra, así que Álex y Sara tuvieron que invitarnos a unos refrescos en la misma bolera.

—Entonces, ¿el nombre de Max de dónde viene? —preguntó Sara mientras mantenía la pajita entre sus labios.

—De Magno —soltó orgulloso por contestar esa pregunta.

—Espera un momento —dije totalmente seria—. ¿Os llamáis Alejandro y Magno? ¿Como el conquistador?

—Qué lista… —respondió Álex como si le molestara que me hubiera dado cuenta.

Me aguanté una carcajada.

—Nos lo puso nuestra madre —confesó Max—. Le pareció algo original y le tenemos cariño a ese gesto que tuvo con nosotros.

Dejé de sonreír en cuanto menciono a su madre. Agradecí no haber sido tan tonta como para haberme burlado de ellos porque si no lo hubiera arruinado todo. Me apresuré en terminarme el refresco y me levanté de la mesa con urgencia. Había estado a punto de cagarla una vez y eso solo podía significar que estaba tan cansada que ya no pensaba con claridad.

—Chicos, me voy. Os dejo disfrutar del resto de la noche. Tengo que irme.

—¿Cómo que te vas? Vamos a cenar con ellos, Meri. No quiero irme todavía a casa.

—Quédate. Seguro que luego ellos te llevan de vuelta a casa.

Tenía el presentimiento de que, al decir aquellas palabras, Álex se ofrecería a ir conmigo. No estaba tan loca como para dejar a mi mejor amiga con dos desconocidos.

—Por supuesto —confirmó Max con seguridad.

—Gracias, chicos, me quedo más tranquila —respondí más aliviada.

Sonreí y me fui de allí sin darles tiempo a que me reclamaran nada.

—¿Te vas de verdad? —escuché decir a Álex detrás de mí.

Mi plan había funcionado.

—Sí. —Me giré hacia él—. Quedamos para que ellos dos se conocieran, y están tan bien que quiero dejarles intimidad.

—¿Puedo ir contigo?

—Pues… no creo que sea buena idea.

¿Por qué había dicho aquello? Era genial, pero necesitaba estar sola aquella noche y no entendía por qué, a pesar de eso, la pasión por mi trabajo ganó aquella batalla.

—Solo si me llevas a algún lugar que sea especial para ti —me sorprendí diciendo.

—Mmm… Vale. Creo que sé dónde puedo llevarte.

Corrió hacia los chicos, les dijo algo que no llegué a escuchar y volvió de nuevo hacia mí con una sonrisa.

—Ya están avisados. Vamos.

Me llevó a un sitio lejano, a las afueras de la ciudad. Paró el coche frente a un muro de ladrillos de color arena. Al bajarnos, una suave brisa nos acarició la piel e hizo que me estremeciera. Había bajado demasiado la temperatura y no había ido preparada. Álex se dio cuenta porque abrió el maletero, sacó una chaqueta negra y la puso encima de mis hombros.

—¿Mejor?

—¿Cómo has…?

—Creo que te voy conociendo un poco.

Aquella frase me asustó. Era la primera vez que un hombre me lo decía y me descolocó. Quise marcharme de allí. Quise mandar a la mierda el plan que tenía en mente y no seguir adelante con ello, pero esa idea se me quitó de la cabeza en cuanto Álex me sonrió y me agarró de la mano para guiarme hasta una puerta de metal que había en el muro. Su mano era grande, cálida y suave. El simple contacto con su piel hizo que un extraño hormigueo me recorriera el brazo hasta llegar a mi estómago.

—¿Dónde estamos? —pregunté para distraerme de lo que estaba sintiendo.

—No seas impaciente, ven.

Abrió la puerta con unas llaves que sacó del pantalón y nos metimos dentro de aquel terreno totalmente a oscuras, iluminados únicamente por la tenue luz que emanaba la luna. Cuando mis ojos se adaptaron a aquella oscuridad, pude apreciar al fondo del terreno algo en construcción.

—¿Es una casa?

—Sí, este lugar es mío. Conseguí comprar el terreno el año pasado y, como puedes ver, estoy construyendo una casa.

—Qué guay —respondí casi sin poder articular palabra—. Es un gran proyecto.

—La verdad es que sí, llevo años pensando en todo. ¿Puedo explicarte cómo la visualizo?

—Claro.

Me habló de cada una de las ideas que tenía para aquella casa. De cómo serían las ventanas, las puertas, los muebles que quería poner en cada habitación; prácticamente me habló de todo lo que había planeado para su futura casa. Nos tumbamos sobre el césped, uno al lado del otro, sin tocarnos, y observamos las pocas estrellas que se podían apreciar desde allí en silencio.

—¿Cuándo estará lista?

—Si todo va bien, puede que la terminen en tres meses. ¿Crees que le hace falta algo?

—Esa pregunta es demasiado personal. No puedo responderte.

—Quiero saber la opinión desde un punto de vista femenino. Ya sabes que mi madre no está y ella no puede ayudarme con eso.

—Eso es chantaje.

—Lo sé. —Rio y me contagió—. Es que quiero saber tu opinión de verdad.

—Pues lo primero de todo es que no has dicho nada de ningún vestidor, ¿cómo no has pensado en eso? También es importante un fregadero doble y… tu casa se vería muy bien con un porche de madera en la parte delantera, así podrías sentarte a tomar el fresco o para, simplemente, pensar en tus cosas.

Álex sonrió con satisfacción sin mirarme.

—¿Qué?

—Son pequeños detalles con los que ya contaba. Pensamos igual.

—¿Y te imaginas viviendo aquí, tan lejos de la ciudad?

—Sí —respondió seguro—. Quiero que esta casa sea mi futuro hogar y el de mi familia.

No pude evitar reír a carcajadas.

—Eres de los que creen en el amor. ¿Por qué será que no me sorprende?

Mientras seguía mirando el cielo estrellado, percibí cómo Álex giró su rostro hacia mí.

—¿Tú no?

Me incorporé y me abracé las rodillas.

—Nunca he creído en el amor. A mí no me van esas cosas.

—Eso es imposible. Seguro que alguna vez te has enamorado.

—Jamás… —solté dejando que se perdiera aquella palabra en el aire—. Enamorarse no sirve para nada.

Él también se incorporó, pero al contrario que yo, apoyó las manos en el césped.

—No te creo.

—¿Por qué no? —Le miré—. ¿Para qué iba a mentirte? Te digo la verdad, nunca me he enamorado.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—No dejando que vaya a más. Nunca suelo quedar con los tíos más de una vez. Así no me complico.

—Qué curioso.

—¿Tú te has enamorado? —pregunté con ganas de no hablar más de mí.

—Sí, una vez, y me hicieron mucho daño.

—¿Ves? Enamorarse es hacerse daño a uno mismo.

Permaneció un segundo en silencio antes de responderme:

—Yo no lo veo así. Salí mal parado de aquella relación, sí, pero no pierdo la esperanza de encontrar a alguien que me vuelva a ilusionar.

—Qué tierno. Buscas una mujer con la que tener hijos y formar una familia perfecta —dije sarcásticamente.

No contestó al instante.

—Busco una compañera de viaje con la que compartir mi vida. No tiene por qué haber más.

Volvimos a quedarnos en silencio. Pensé en todo lo que habíamos hablado. Su forma de ver el amor no era lo que Sara buscaba, o lo que el resto de las personas que había conocido buscaban desesperadamente: alguien que sea tu media naranja y con la que tener hijos. Su punto de vista era distinto, una compañera de viaje para compartir sus vidas, sin buscar los hijos perfectos, ni la vida perfecta.

—Dijiste que no sueles quedar con los tíos más de una vez, ¿verdad?

—Sí.

—Conmigo has quedado varias veces —comentó con sorna.

Mierda. Necesitaba buscar una excusa válida para que no se hiciera una idea equivocada de lo que estaba ocurriendo entre nosotros, y que tampoco descubriera que todo era por puro interés.

—Me refería a los tíos con los que me acuesto —puntualicé—. Además, trabajamos juntos, esas quedadas no cuentan.

Creo que aquella respuesta le decepcionó, o al menos esa fue la sensación que me dio. Dejé de abrazarme las piernas para apoyar mis manos sobre el suelo y una de ellas cayó sobre la suya, por lo que tuve que apartarme rápidamente.

—Perdona…

—No te preocupes. Tu calor es reconfortante.

Y ahí, en medio de la noche, comprendí que mi plan se me estaba yendo de las manos y, aunque me quedé completamente confusa ante aquel comentario, he de admitir que me gustó escucharlo de sus labios. Ya no podía dar marcha atrás, por más que fuera una pésima idea continuar con aquello, tenía que hacerlo.

Capítulo 5

CARMINA

No sirve de nada levantar un muro rodeando tu corazón porque quizás, el día menos pensado, ese muro que tanto te ha costado construir se destruya. Se puede romper de diversas maneras, pero la peor de todas es cuando alguien encuentra el punto ciego de las cámaras que vigilan tu corazón y poco a poco va quitando sin que te des cuenta las piedras que tú fuiste levantando. Esa es la peor manera porque no te enteras de que tu corazón cada vez está más expuesto, hasta que ya es demasiado tarde para encontrar una solución.

Obviamente, en aquel momento, yo no era consciente de que Álex estaba consiguiendo romper mi «muro inquebrantable» cada vez que nos veíamos, cada vez que sonreía al verme, o cada vez que notaba el calor de su piel cerca de la mía, aunque no nos tocásemos. Los paseos se fueron convirtiendo en una costumbre casi diaria. Desde el día que me llevó a ver su futura casa, cogimos más confianza de la que ya teníamos y, un día, sin más, empezó a esperarme al salir del trabajo para caminar juntos hasta nuestras casas. A pesar de que solo eran treinta minutos de paseo, era algo que ambos esperábamos con ganas.

Uno de aquellos días, Sara debió de vernos juntos porque cuando subí a casa estuvo muy rara diciendo cosas sin sentido para intentar picarme, pero como no lo conseguía, porque no me enteraba, terminó diciéndomelo a las claras.

—Estás enamorada —me dijo de pronto mientras yo cortaba unas zanahorias, algo que me pilló por sorpresa y por lo que estuve a punto de rebanarme un dedo.

—¿Qué tontería estás diciendo ahora? Mira. —Le enseñé la mano—. Estoy sangrando, un poco más y me quedo sin dedo por tu culpa. Tráeme una tirita del botiquín, por favor.

Sara bajó de la mesa, en la que se había subido, y se marchó.

—¿Dónde está el botiquín? —gritó a lo lejos.

—¿Llevas viviendo aquí casi un mes y aún no sabes dónde está? ¡Debajo del lavabo!

El sabor a hierro me invadió la lengua cuando me chupé la herida. Mientras esperaba a que viniera Sara, puse una lista aleatoria en Spotify en la que comenzó a sonar *Dopamina* de Veintiuno. Llevábamos más de media hora en la cocina y ni siquiera habíamos preparado el primer plato, y eso que Guille estaba a punto de aparecer por casa. Habíamos quedado los tres para cenar porque hacía días que no le veíamos e incluso nos costó dar con él.

—Toma. —Me cogió el dedo, quitó el papel a la tirita y me la puso sobre el corte con mucho cuidado—. Ahora que ya estás curada, continuemos. Estás enamorada.

—No digas tonterías. La que está enamorada aquí eres tú, que no paras de hablar de Max. Y cada vez que quedáis vuelves con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —respondió con una luz especial en los ojos—. Pero no estamos hablando de mí. Tú qué, ¿eh? Os he visto. A Álex y a ti. Volvéis casi todos los días juntos a casa ¿Desde cuándo quedas

tú tanto con un tío?

—Es un cliente —respondí a la defensiva.

—No es solo un cliente, has tenido una cita con él.

—Nunca he tenido una cita con Álex —sentencié segura.

—¿Y en la que quedamos los cuatro? Porque eso fue una cita doble.

Me sentía tan acorralada que vi la necesidad de contarle toda la verdad para que dejara de agobiarme de aquella manera. No podía soportar la idea de que pensara que estaba enamorada, porque era algo a lo que le tenía auténtico pavor.

—No es por nada amoroso, es todo por interés.

Apoyó su espalda en la encimera y arrugó la frente.

—No te entiendo.

Suspiré fuerte, dejé el cuchillo sobre la tabla de cortar y me giré hacia ella.

—A la mierda, cuando venga Guille pedimos que nos traigan algo a casa. A ver. —Me rasqué el brazo, nerviosa—. Me estoy viendo tanto con Álex porque quiero ganarme su confianza para que me den a mí el puesto que ocupa Carlo ahora mismo. No siento nada por él y nunca lo voy a llegar a sentir. Solo me estoy haciendo su amiga para que me den el puesto que me corresponde, ¿ya te ha quedado claro?

—Tía…, eso está mal. Estás jugando con los sentimientos de Álex.

—No, yo jamás haría eso. Solo quiero conseguir que confíe en mí para que vea que soy mejor que Carlo y convenza a su hermano para que me den la cuenta a mí.

—Yo no sé si estás mintiendo o es verdad que estás tan ciega que no ves que le molas a Álex. Yo, si fuera tú, pararía, porque creo que es un buen chico y no se merece lo que le estás haciendo.

El telefonillo nos salvó. Sara fue a abrirle la puerta a Guille y yo me quedé petrificada ante sus palabras. Hizo que me sintiera mal y le diera vueltas en la cabeza a lo que estaba haciendo. ¿Tenía que parar o ser la mujer fría que siempre había sido para conseguir lo que quería? En cuanto Guille entró por la puerta de la cocina, dejé de pensar en Álex y me centré en él, al que llevaba varios días sin ver.

—Necesito alcohol —pidió en cuanto me vio.

—Para el carro —dije—. Aún no hemos comido nada.

—Tengo que contaros una cosa y no puedo a menos que beba algo. Es urgente.

Fuimos hacia el salón. Los chicos se sentaron en el sofá y saqué unas relucientes copas de champán que tenía en uno de los muebles y que nunca había utilizado. Hice un barrido mental sobre qué alcohol podía tener en casa, que no fuera cerveza, y caí en la cuenta de que tenía una botella de anís en uno de los armarios de la cocina, así que fui a por ello.

—¿Qué es esto? —preguntó Guille en cuanto dejé la botella sobre la mesa.

—¿Qué? Lo tengo para cuando viene mi abuela a hacerme rosquillas. Es lo único que puedo ofrecerte. O lo tomas, o lo dejas.

—Echa —exigió.

Le serví la mitad de la copa, pero insistió en que se la llenara entera. Cuando fui a servirle a Sara ella se negó y yo tampoco bebí nada, no estábamos tan locas. Admiramos fascinadas cómo Guille se bebía casi de un sorbo toda la copa y tosió en cuanto terminó.

—Debe de ser algo muy grave —comentó Sara—. Nunca te he visto beber así.

Me senté al lado de Guille y subí los pies sobre el sofá a la espera de que nos dijera algo, pero no lo hizo, se quedó observando un punto fijo en la pared que teníamos en frente hasta que Sara

le dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Eh?

—¿Nos vas a decir ya qué te ha pasado? —solté enfadada.

—¿Os pongo en situación u os lo digo directamente?

Sara y yo nos miramos y asentimos.

—Sin rodeos —respondimos al unísono.

Tragó saliva antes de hablar:

—Me acuesto con una tía que tiene novio y a escondidas de ella me estoy liando con su novio.

Permanecimos en silencio. La bisexualidad de Guille no nos había pillado por sorpresa. Aunque nunca había querido hablar de su orientación sexual de forma abierta con nosotras, siempre actuó como si lo hubiéramos sabido de toda la vida, por eso no nos extrañó que se acostara también con un tío. Lo que sí nos extrañó fue la rocambolesca situación en la que se había metido, no tenía sentido alguno. Sara y yo volvimos a mirarnos, esta vez con cara de no saber qué responder y, tras unos segundos, empezamos a descojonarnos.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—¿Pero de qué telenovela has salido tú? —le solté entre carcajadas.

—Que te acuestes con alguien que tiene pareja ya está mal, pero que encima a esa persona la engañes con su pareja… —Rio Sara.

—Sois unas cabronas. No sé para qué os cuento nada.

—Vale, vale —contesté al dejar de reír—. ¿Te sientes mal por ello o es que no sabes qué hacer?

Guille dudó durante un segundo, pero al final acabó respondiendo:

—Lo que quiero es decirles la verdad y proponerles un trío.

Yo reí de nuevo a carcajadas y Sara empezó a toser como una loca al atragantarse con su propia saliva.

—De mayor quiero ser como tú —le dije al poner una mano en su hombro.

—Qué dices, tía, eso está mal. Qué poco románticos sois, jopé.

—A ver, que nos estamos yendo por las ramas. ¿Vosotras qué haríais?

—Si no te importa perder a los dos, se lo diría. —Me encogí de hombros.

Mi móvil vibró en la mesa. Lo cogí cuando los chicos estaban debatiendo si era ético o no lo que estaba haciendo Guille y vi que me había llegado un mensaje de Álex. Quise ignorarlo, pero en el fondo quería saber lo que ponía, así que lo abrí.

Álex Caralimón:
El paseo de hoy me ha sabido a poco.
¿Te apetece que cenemos esta noche juntos? 21:20

Mérida:
No puedo, ceno con los chicos. 21:21

Álex Caralimón:
Vale. Pásalo bien. 21:22

Mérida:
Pero mañana podría sin problema. 21:22

Álex Caralimón:
Te voy a preparar una cena que
te va a encantar. :) 21:23

Iba a aprovechar aquella cena para decirle que no podríamos vernos más fuera del trabajo. Sara me había hecho sentir mal y tenía que ponerle punto final a mi plan, a pesar de que no quisiera hacerlo. Esa noche Guille se quedó a dormir, aunque no hubiera espacio en mi cama para los tres. Nos apretujamos como pudimos y morimos de calor aquella noche simplemente porque necesitábamos estar juntos.

Al día siguiente, en el trabajo, estuve distraída pensando en cómo iba a decirle a Álex que no íbamos a volver a vernos. Era algo que no había tenido que hacer nunca en la vida y, la verdad, no estaba hecha para ese tipo de situaciones. Siempre había huido de cualquier acercamiento con los hombres para no tener que pasar, precisamente, por ese tipo de cosas, pero era algo que yo misma me había buscado. Le di tantas vueltas a todo que estaba conociendo a una Mérida que no había visto antes. ¿Desde cuándo me preocupaba yo por lo que sintiera un tío? Me dio tanto miedo aquello que me di cuenta de que era la mejor decisión que podía tomar. Estaba cambiando y no me gustaba, quería ser la Mérida a la que solo le importaban su familia y amigos, nadie más.

Sobre las ocho y media de la tarde, Álex me envió la ubicación de su casa y caí en la cuenta de que no vivíamos tan lejos. Nuestras casas estaban solo a veinte minutos caminando, por lo que decidí darme un paseo para poder ir pensando mientras qué iba a decirle y qué momento era el mejor. Paré de camino en una pastelería y compré el postre, un pequeño detalle para compensar lo que le iba a decir. En cuanto llegué, cogí aire y, sin soltarlo, llamé al telefonillo con valentía. Iba a decírselo nada más abrirme la puerta, así no tendría que quedarme a cenar.

Me recibió con un delantal negro en el que ponía dentro de una señal amarilla: *Peligro, hombre cocinando*, y no pude más que sonreír al verle, algo que me descolocó por completo. Con una gran sonrisa y una pala en una de sus manos, me hizo pasar y le seguí hasta la cocina. El pasillo lo tenía completamente lleno de fotografías enmarcadas, la mayoría de ellas en blanco y negro, que me hubiera gustado observar con detenimiento, pero no me detuve. Al llegar a la cocina, descubrí lo deliciosamente bien que olía.

—¿Qué estás preparando?

—Mira, ven —Me cogió de la mano e hizo que me acercara a la encimera donde estaba terminando de preparar las cosas—. De primero algo ligerito, una ensalada césar, y de segundo tenemos lasaña de espinacas, que aún sigue dentro del horno.

—Estupendo. ¿Y de postre?

—Oh, mierda. Ya decía yo que se me olvidaba algo.

—Toma, anda. —Le di la bolsita en la que había dos *coulants* de chocolate—. Dime dónde están los platos que voy preparando la mesa.

—Ya está todo listo, no te preocupes. Gracias por el postre.

Hizo que me sintiera bien, como si quisiera hacer todo lo posible para que estuviera a gusto en su casa. Aparté a un lado la idea de que no podíamos vernos más y decidí dejarlo para el final de la noche. Había preparado todo con tanto esfuerzo que se lo debía.

—Pues comamos.

—No, espera. Aún no está lista la lasaña —contestó nervioso.

—Ah, que no te lo he dicho… Yo siempre empiezo por el postre.

Álex me miró alucinado y después sonrió inocentemente, como si se pensara que le estaba gastando una broma. En cuanto vio que no me reía, se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Allá donde vaya siempre como en primer lugar el postre, luego el segundo y por último el primero.

—¿Por qué? —preguntó al quitarse el delantal.

—¿Por qué dejar para el final lo más rico del menú cuando ya estamos llenos, si podemos disfrutarlo al máximo comiéndolo lo primero?

—Está usted loca, señorita Fernández.

—Ven.

Cogí dos de los platos que estaban en la encimera y serví los *coulants*. Le ofrecí uno de los platos a Álex, agarré el otro para mí y salí al pasillo en busca del salón, que estaba al fondo. Mis piernas frenaron en seco en cuanto vi la mesa que había preparado para nuestra cena. Estaba decorada con un mantel rojo burdeos, dos copas para cada uno, una vela en medio, que no estaba encendida, y toda la cubertería preparada. Lo había dejado todo muy bonito. Álex, en cuanto dejó el plato en uno de los lados de la mesa, encendió la vela y apagó la luz. Trasteó en su reloj de muñeca, al parecer se puso una alarma para que no se le quemara la lasaña, y abrió una botella de vino blanco que se notaba que hacía poco tiempo había estado guardada en el congelador.

—¿Brindamos? —preguntó al levantar la copa.

—Venga —respondí al hacer lo mismo con la mía—. ¿Por qué brindamos?

—Por endulzarnos la vida.

Chocamos nuestras copas y tomamos un sorbo. Álex, ilusionado, agarró la cuchara de postre, la hincó dentro del *coulant* y se metió un trozo antes de que yo pudiera siquiera coger la cuchara. Cerró los ojos en cuanto el chocolate rozó su lengua y soltó un sonido dando a entender que le había gustado.

—Está buenísimo —dijo nada más abrir los ojos—. ¿Lo has preparado tú?

—No. —Reí—. Lo acabo de comprar en una pastelería aquí al lado.

—Bueno, no importa. Ya cocinarás otro día para mí.

Sentí cómo mi corazón se encogía. No habría una próxima vez. No volvería a ver sus ojos color miel mirarme en la manera en la que lo hacía. No volveríamos a reír juntos ni a hablar de la vida como lo habíamos hecho. Parecía como si supiera que iba a morir alguien y no pudiera hacer nada para remediarlo. Esa sensación la mantuve durante toda la cena, aunque intenté con todas mis fuerzas disfrutar de aquello y que no se me notara, pero creo que él percibió algo, porque no consiguió hacerme reír como siempre lo hacía.

—Álex, me gustaría hablar contigo —solté de golpe al igual que si tuviera una tirita y me la arrancara de un movimiento brusco.

—Claro, ¿qué pasa? —preguntó despreocupado mientras amontonaba los platos uno encima del otro.

—No podemos vernos más.

Se le calló uno de los platos de golpe y debió de sonar por toda la casa. Levantó la mirada hacia mí, que estaba rascándome el brazo, y volvió a colocar el plato.

—Eso es imposible. Ahora trabajamos juntos.

—Lo sé. Me refiero a fuera del trabajo, como ahora. No está bien.

—¿Y por qué no? —preguntó arrugando la frente sin entender lo que quería decirle.

Me quejé porque no sabía si contarle la verdad o directamente inventarme una excusa. ¿Por qué se me daba tan mal explicarme? ¿Por qué relacionarse con otras personas costaba tanto?

—Conflicto de intereses.

—No, Mérida, eso no es excusa. Yo no tengo poder en la empresa de mi hermano y tú no tienes su cuenta. No veo el problema.

De repente mi teléfono empezó a sonar de forma insistente, parecía que sabía que necesitaba ayuda. Lo saqué del bolso y me asusté al ver que era mi madre. Mis padres estaban de viaje y nunca me llamaban cuando estaban fuera.

—¿Mamá?

—Hola, cariño, ¿estás bien?

—Sí, ¿y vosotros? ¿Ha pasado algo?

—Nosotros bien, pero estamos preocupados por tu abuela. Llevo intentando llamarla toda la tarde y no me responde.

—Joder, ¿desde hace cuánto tiempo no sabéis de ella? —Noté un escalofrío por la espalda.

Álex debió de percibir mi angustia porque se acercó a mí con preocupación y colocó una de sus manos sobre mi espalda como muestra de apoyo.

—Desde ayer por la noche que hablé con ella. ¿Crees que podrías acercarte al pueblo a ver si está bien?

—Claro. Voy a ver cómo puedo acercarme a la casa y voy. En cuanto sepa algo te llamo.

—Gracias, cielo. ¿Quieres que te pase con tu padre?

—No —respondí bruscamente—. Luego hablamos.

Colgué.

—¿Todo bien? —preguntó Álex mientras me frotaba la espalda con dulzura.

—Tengo que irme. Mi madre no sabe nada de mi abuela y estoy preocupada. Joder, a ver cómo voy ahora al pueblo —dije esto último más para mí misma.

—Venga, te llevo.

Me giré hacia él.

—No, no. Llamaré ahora a Guille y le pediré que me lleve. No tienes por qué hacerlo.

—Mérida —dijo en un tono como si quisiera que entrara en razón—. Es tarde, no sabes si Guille está haciendo algo importante. Y me tienes aquí. Tengo coche y puedo llevarte.

Permanecí pensativa.

—El pueblo de mi abuela está a dos horas y mañana trabajamos.

—Pues venga, cuanto antes salgamos, antes llegamos.

Era lo más lógico, así que consiguió convencerme. En menos de dos horas estábamos entrando en el pueblo de mi abuela. Había ido un poco más rápido de lo recomendado porque veía lo nerviosa y preocupada que estaba, aunque no se lo hubiera dicho.

Hacía años que no iba al pueblo. Volver allí me trajo muchos recuerdos de veranos pasados, en los que disfrutaba jugando con otros niños que también iban solo en las vacaciones. Las calles apenas estaban iluminadas y las casas de piedra, que había a ambos lados de la carretera, no emitían ningún tipo de luz. A esas horas estaba todo el mundo durmiendo, y no era para menos, se nos habían hecho las dos de la madrugada. Estábamos a punto de llegar y aún seguía pensando en cómo entrar a la casa de mi abuela si de verdad le había pasado algo.

—Es esa de ahí. —Señalé con la mano—. No hay luces…

—¿Cómo quieres que haya luces? Las abuelas se van pronto a la cama.

Me hizo reír y le pegué en el brazo, a lo que él sonrió satisfecho. Dejó el coche en la acera de enfrente y bajé con prisa quedándome después parada frente a la puerta.

—No sé qué hacer —dije en cuanto noté que estaba a mi lado.

—Llamar —respondió antes de pulsar el timbre.

Permanecimos en silencio e inmóviles durante un rato por si escuchábamos algo dentro, pero no se oyó nada. Llamé con los nudillos en aquella puerta de aluminio con rejas y cristal opaco de fondo, típica de los años setenta. Después de aquello, la luz se encendió tras la puerta y esta se abrió.

—Mi niña, ¿qué haces aquí?

Mi abuela estaba con su pelo color ceniza recogido en un moño y con una fina bata de color crema encima del pijama. En el pueblo por las noches refrescaba tanto en verano que incluso había días en los que nos teníamos que tapar con una sábana al dormir. Me alegré tanto de verla bien que me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza.

—Habías preocupado a mamá. Te ha intentado llamar toda la tarde y al no responderle me dijo que viniera a ver si estabas bien.

—Ay, hija. He escuchado el teléfono, pero no sé dónde está ese maldito cacharro.

—Espera, que te llamo.

La llamé y la melodía de su móvil, un estridente sonido de teléfono antiguo, resonó a nuestro lado. Álex y yo nos miramos extrañados y me atreví a meter la mano en uno de los bolsillos de la bata de mi abuela, donde encontré su teléfono móvil.

—Abuela, lo tenías en la bata. No vuelvas a hacernos esto.

—Ay, no sé dónde tengo la cabeza. Pero si tu madre estaba tan preocupada, que hubiera llamado al fijo.

—Pensaba que lo habría hecho…

—Uy, cariño, ¿quién es este chico tan guapo que tienes a tu lado?

Miré a Álex que sonreía vergonzoso.

—Perdona, este es Álex. Álex, esta es mi abuela Carmina.

—Dame dos besos, ven.

Mi abuela le agarró del cuello con las dos manos y le acercó hasta ella para darle dos besos.

—Encantado, señora.

—Guapo y educado. Qué novio más majo te has agenciado, Mérida.

—Abuela, no somos novios.

—Nada, nada. A la juventud de hoy en día no os gusta llamaros novios cuando lo sois, pero eso es una tontería muy grande. Anda, pasad, que os preparo un vaso de leche con galletas, que vaya disgusto os he dado.

Se dio la vuelta y se metió en la primera puerta a la izquierda que había en el pequeño pasillo que daba a unas escaleras.

—Tu abuela es muy peculiar.

—Pues tendrías que ver cómo baila en las fiestas del pueblo. Mejor que Shakira.

Reímos y fuimos en busca de la leche con galletas que nos había prometido mi abuela. Aquellas galletas eran caseras, y le salían exquisitas, por lo que me iba a sentar de maravilla después de ese tortuoso camino hasta su casa.

—Abuela —dije al entrar en la cocina—, Álex es un amigo, nada más.

Cogió una caja de lata y al abrirla absorbió el aroma de las galletas con olor a vainilla. Sacó unas cuantas en un platito antes de girarse hacia la mesa en la que nos habíamos sentado.

—Ah, ¿sois de esos amigos?

Álex y yo volvimos a mirarnos sin saber a qué se refería.

—¿A qué tipo de amigos se refiere, Carmina?

—A esos que solo tienen sexo.

Estaba dando un sorbo al vaso de leche cuando escuché la palabra «sexo» de la boca de mi abuela y no pude evitar echar la leche por la nariz, una sensación bastante desagradable, pero que a Álex le hizo mucha gracia.

—Abuela, pero ¿de qué estás hablando?

—Pues si sois de esos amigos está muy bien cariño, hay que disfrutar del sexo ahora que estáis en una edad muy buena.

—Por favor —dije para mis adentros—. Abuela, no sigas. Álex es mi amigo como lo es Guille, ¿vale? ¿A qué sí, Álex?

Se estaba aguantando la risa mientras intentaba comerse una galleta y no atragantarse.

—Sí, sí, su nieta tiene razón. Solo somos amigos.

—Pues qué pena, con la buena pareja que hacéis.

Deseé con todas mis fuerzas que la tierra me tragase. Era la primera vez que mi abuela me había visto con un chico en la vida y, al parecer, se había emocionado tanto que le daba igual si solo tenía sexo con él con tal de estar saliendo con alguien. Cuando le hablé de Guille y de Sara nada más empezar la universidad, me hizo algo similar, pero por suerte a él nunca le había conocido, eso sí, el ridículo no hubiera sido el mismo que en ese instante, ya que Álex y yo trabajábamos juntos, por así decirlo.

No estuvimos mucho tiempo con ella. Era demasiado tarde y teníamos que volver a Madrid o apenas dormiríamos. Nos despedimos de ella y Álex se acabó llevando una docena de galletas de mi abuela envueltas en papel de aluminio.

—Tu abuela es muy divertida y moderna. —Rio Álex nada más llegar a su coche.

—Sí, lo malo es que es la primera vez que me hace esto y no he sabido reaccionar. ¿Estás muy cansado? —le pregunté antes de que entráramos.

—No lo suficiente como para no conducir, ¿por qué?

—Me gustaría llevarte a un sitio —me sorprendí diciendo de pronto.

Álex asintió como respuesta y me dejó guiarle hasta uno de mis lugares favoritos del mundo. Le llevé al embalse en el que me bañaba de pequeña, a dos pueblos de distancia. Ese día la luna estaba casi llena y todo estaba iluminado con su preciosa luz blanquecina. Dejamos aparcado el coche en una zona boscosa que había antes de llegar a la playa, nos descalzamos para sentir la hierba bajo nuestros pies y, en cuanto llegamos a la playa de arena gruesa y piedrecitas, metimos los pies en el agua que curiosamente estaba templada.

—Es muy bonito —dijo mirando hacia el fondo, donde se atisbaba la silueta de un bosque al otro lado del agua.

—Este es el sitio con los atardeceres más bonitos que he visto en mi vida.

Se giró hacia mí.

—Entonces tendremos que volver otro día para poder verlo con mis propios ojos y así creerte —respondió esperanzado.

Nos miramos y apareció la magia. Algo se encendió en nosotros al mismo tiempo e hizo que no pudiéramos dejar de mirarnos a los ojos. Álex fue más valiente y dio unos cuantos pasos hacia mí, quedándonos a muy pocos centímetros el uno del otro. Ante aquella situación, mi corazón latió más deprisa y por algún extraño motivo, sentí que el suyo estaba igual.

—Gracias por traerme —agradecí con una sonrisa.

—Gracias a ti por enseñarme este lugar. Es precioso.

Quería besarle y me morí de miedo. No había sentido nunca aquella tensión que teníamos cuando nos mirábamos, así que se me ocurrió algo para no seguir en esa situación.

—Vamos.

Me quité la camiseta, la tiré bien lejos en la arena para que no se mojara, y continué con el botón del pantalón.

—¿Qué haces? —preguntó Álex apartando la vista a un lado.

—Nos vamos a dar un baño.

—Ni de coña —respondió girando la cabeza hacia mí.

No pudo evitarlo y su mirada bajó hasta mi pecho, que por suerte estaba cubierto con un precioso sujetador de encaje, porque siempre he sido de las de «antes muerta que sencilla». En cuanto se dio cuenta de que estaba mirando donde no debía, volvió a mirarme a los ojos e intentó tragar saliva con dificultad.

—Estás cagado. Venga, es un embalse. Aquí el agua apenas se mueve.

—Mérida, si nos metemos en el agua, luego no vamos a tener ropa seca para volver a casa.

Me quité el pantalón y también lo lancé bien lejos.

—Eso tampoco es un problema.

Me desabroché el sujetador y me quité las braguitas, las lancé con el resto de la ropa y corrí hacia el agua. Ya dentro, miré hacia donde estaba Álex y le observé mientras se quitaba la ropa con una gran sonrisa en el rostro que hizo que mi corazón bombeara de nuevo más fuerte. Tampoco dudó en quedarse completamente desnudo y lanzarse al agua para nadar hacia mí.

—Joder, si te metes de golpe está helada.

—Qué dices, ¡si está buenísima! —Nadé hacia él—. No puedes ser tan blandengue.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó con una media sonrisa.

Él también nadó hacia mí y, cuando iba a huir para que me persiguiera, me agarró con delicadeza del brazo e hizo que me acercara a él.

—Álex… —avisé nerviosa.

—¿Qué?

—No podemos…

Nuestras narices se rozaron por el vaivén del agua al nadar y una placentera descarga eléctrica me recorrió la espalda. Estaba muy nerviosa, como si tuviera quince años y fuera a ser mi primer beso. Me moría de ganas, pero al mismo tiempo sabía que no iba a ser bueno para ninguno de los dos. Si cedía, si dejaba que mis labios sintieran lo que me pedía mi corazón, íbamos a salir mal parados, pero eso no me importó cuando Álex se acercó un poco más a mí. No hice nada para remediarlo y nos besamos. Me agarré a su cuello y me atrajo hacia él con una de sus manos. Nuestras lenguas se encontraron y entonces supe que nunca me habían besado de verdad. Que todo lo que había experimentado hasta ese momento había sido un mal sueño que había conseguido que permaneciera con una vida tranquila y sin complicaciones. Pero todo eso cambió en cuanto nuestros labios se encontraron en aquella bonita noche de verano.

Capítulo 6

LA FIESTA DEL AÑO

Siempre había pensado que los besos perfectos no existen. Estaba muy segura de ello, pues me había besado con varios chicos con lo que solo había tenido sexo y sus labios nunca me hicieron sentir nada más, algo que a mí, hasta el momento, me había servido. Tampoco había buscado nunca experimentar algo más con ese acto tan primitivo como es juntar los labios con otra persona, hasta que besé a Álex y llegué a notar más. Disfruté del roce de nuestros labios como nunca antes y solo se quedó en eso, en un beso. Después no vino nada de sexo sin compromiso, como estaba acostumbrada, ni momentos incómodos en los que no había conversaciones inteligentes, fue todo lo contrario. Reímos y jugamos en el embalse hasta que vimos el momento de regresar a casa. Y me sentí bien, increíblemente bien.

Me dormí en el camino de vuelta. Estaba tan cansada que mientras le contaba la historia de cómo habían acabado mis abuelos en aquel pueblo, mis ojos se fueron cerrando solos poco a poco. Al llegar a la puerta de mi casa, Álex me despertó acariciándome la mandíbula y, tras despedirnos con un beso en la mejilla, fui consciente de lo que habíamos hecho en cuanto atravesé la puerta de casa. Corrí hacia la habitación en busca de Sara, que estaba plácidamente dormida, con las sábanas arremolinadas alrededor de sus piernas y con un pecho fuera, como bien manda la tradición en verano. Salté sobre la cama y le meneé los hombros con fuerza.

—Tía, despierta, venga.

Eran las seis de la mañana y tenía poco más de una hora para dormir, pero me había despejado tanto al recordar el beso con Álex que necesitaba contárselo.

—Ay, tengo sueño —se quejó sin abrir los ojos—. ¿Qué hora es?

—¿Qué más da? Tengo que hablar contigo.

Abrió uno de los ojos. Al ver que estaba la habitación completamente a oscuras lo volvió a cerrar y se quejó de nuevo.

—Meri, es de noche, no seas mala.

—Me he liado con Álex —solté con la esperanza de que así reaccionara, y la verdad es que di en el clavo. Levantó la espalda como si tuviera un resorte bajo ella y abrió tanto los ojos que se los pude ver en la oscuridad.

—Repítelo —pidió.

—Que me acabo de liar con Álex.

—Joder, tía. Cuando vi que tardabas tanto pensaba que habías salido por ahí y te habrías ido a la casa de algún tío guapo y fornido, pero ¡no me imaginé nunca que te fueras a la casa de Álex! Me dijiste que hablarías con él y que ibais a dejar de veros.

—A ver, lo primero de todo es que sí, anoche fui a su casa con esa intención.

—Pero qué —dijo ella con prisa.

—La cosa se lio, me tuvo que llevar al pueblo de mi abuela para asegurarnos de que estaba bien y, verás, fuimos al embalse al que os llevé a Guille y a ti hace dos años…

—Y os liasteis —afirmó.

Asentí dando por sentado que sus ojos se habrían acostumbrado a la oscuridad de la noche y me habría visto mover la cabeza. Suspiró. No poder ver su expresión me estaba poniendo realmente nerviosa, así que encendí la luz de la mesita y pude ver que su cara expresaba preocupación.

—Tía, ¿qué estás haciendo?

—Te juro que no ha sido nada premeditado. Ha surgido sin más. Iba bastante decidida a dejar de lado el plan que te dije. No sé qué ha pasado.

Apartó la mirada y se quedó pensativa. Sara estaba muy guapa cuando pensaba. Por alguna extraña razón le hacía parecer una mujer decidida y eso le quedaba bien, porque solo estaba acostumbrada a verla completamente perdida en la vida. Sin más, levantó la mirada ilusionada y me miró con una amplia sonrisa.

—Te gusta…

—No digas tonterías. Ha sido el momento que ha hecho que nos besemos.

—¿Os habéis besado o también os habéis acostado?

—Lo primero —respondí con velocidad.

—Pues es la primera vez que solo te besas con un tío… Eso tiene que significar algo.

No dije más. No me gustaba por donde iba lo que estaba pesando y no quería que volviera a decir nada que no me agradara escuchar, por lo que me guardé el hecho de que me había gustado aquel beso e intenté restarle importancia.

—Ha sido muy raro. Estoy acostumbrada a que haya algo más después y es como que no me ha hecho sentir nada —mentí—. Ahora sí que no sé cómo decirle lo de dejar de vernos. Se va a creer que ha sido por el beso y va a ser peor.

—Date un tiempo para pensar después de lo ocurrido y le dices que lo vuestro no puede llegar a más porque trabajáis juntos. Es la verdad. Nunca quieres que se mezcle lo profesional con lo personal.

—Sí…, puede que sea buena idea. Gracias, Sara, parece que piensas de vez en cuando y todo.

—Serás idiota.

Cogió la almohada que estaba a su espalda y me pegó con ella, con la suerte de que pude prever su movimiento y me defendí.

—Para, para, que no son horas —susurré.

En cuanto se confió, cogí uno de los cojines que ponía sobre la cama, que estaba tirado en el suelo, y le pegué repetidamente con él, convirtiéndose aquella conversación en una guerra de almohadas.

Ese día no dormí en absoluto y le pedí a Martina antes de salir hacia la oficina si podía teletrabajar, a lo que ella me dijo que sí; menos mal. Entre reuniones por videoconferencia y llamadas con clientes, me echaba alguna que otra cabezadita para recuperar las horas de sueño perdido. Cuando me tomé diez minutos de descanso, porque necesitaba tomarme un café y ver si así me convertía de nuevo en persona, Sara se acercó a mí por la espalda con inquietud.

—Oye, Meri, ¿qué día es hoy? Desde que no trabajo estoy perdida de la vida y no encuentro el móvil.

—Es miércoles.

—Me refería al día.

—Dos de julio, si no me equivoco. ¿Por qué?

Eché un chorrito de leche en el café y removí con calma.

—Madre mía, tía. El sábado es el cumpleaños de Guille y no le hemos preparado nada —respondió llevándose las manos a la cabeza.

—Nunca quiere celebrarlo.

—Eso es lo que dice para no molestarnos, pero siempre se lo acaba pasando genial. Este año ni me he acordado con todo lo que estoy pasando en casa…

—Hablando de eso, ¿cómo vas con el tema del trabajo?

Se puso nerviosa y me apartó la mirada.

—Estoy buscando todo lo que puedo, pero no me sale nada. ¿Tanto te molesto? —Volvió a mirarme, esta vez con cara de pena.

—No es eso, ya sabes que puedes quedarte el tiempo que necesites. Pero recuerda que yo soy más de vivir en soledad.

—Sí, sí. Te prometo que encontraré algo, ya verás. Bueno —dijo de pronto cambiando de tema—, ¿qué le preparamos este año?

—Te dejo pensando en la idea y yo te ayudo a organizarlo. Tengo mucho que hacer.

Los siguientes días no tuve tiempo casi ni para respirar. Había pedido a Martina permiso para teletrabajar en casa el resto de la semana, sobre todo para no volver a ver a Álex, algo que me ayudó a aclararme mentalmente y a querer hablar en serio con él la próxima vez que nos viéramos.

Un día por la tarde, mientras miraba una de las salas de una discoteca que pretendía alquilar Sara para el cumpleaños, recibí un mensaje de Álex del que tuve miedo a abrir, pero que, inevitablemente, leí:

Álex Caralimón:
No sé por qué tengo la sensación de que me evitas. 19:15

Mérida:
Puede que tengas esa sensación porque es así. 19:27

Álex Caralimón:
Al menos eres sincera.
¿Es por lo que pasó el otro día? 19:28

Mérida:
Sí, es complicado de explicar por aquí. 19:30

Álex Caralimón:
Estaré ahí en quince minutos. 19:30

Quise responderle que no viniera, pero se había desconectado e iba a ser en vano. Me levanté de la cama, me puse el primer pantalón corto que pillé del armario y una camiseta de tirantes que había usado por la mañana para ir a por el pan, me peiné y comprobé que la raya del ojo siguiera intacta. Una extraña sensación me abrumó y no entendía por qué. Iba a dejarle las cosas claras a Álex, era lo mejor para los dos. Entonces, ¿por qué me sentía así? En cuanto sonó el telefonillo, le dije que bajaba enseguida y avisé a Sara.

—Me voy un segundo a la calle.

—¿Pero no habíamos quedado en una hora con el de la discoteca? —gritó desde el salón.

—Sí, ha venido Álex y voy a hablar con él. No tardaré.

Silencio. Que no contestara no era propio de ella. Me asomé al pasillo y la encontré viniendo hacia donde estaba a toda velocidad.

—¿Cómo que vas a hablar ahora con él?

—Tengo que irme ya. Luego te cuento.

Respiré profundamente mientras bajaba por las escaleras. Tenía una sensación que no me gustaba y no sabía cómo hacer que desapareciera. Cuando abrí la puerta, me arrepentí de no haberme arreglado más para recibirle, ya que él estaba vestido de tal manera que parecía totalmente casual, pero aun así desprendía elegancia. En cuanto me vio salir del portal, se quitó las gafas de sol y pude descubrir su confusa expresión. Al acercarnos, ninguno de los dos se atrevió a iniciar la conversación.

—Tú dirás —dijo primero para romper el hielo.

—No, tú dirás. Eres el que ha venido hasta aquí.

—Sí, porque me evitas y dijiste que era complicado explicarlo por mensaje.

Me quejé porque en realidad no quería hablar de ello. Aún no estaba preparada y en cierto modo me estaba forzando a hacerlo.

—¿No teníamos que habernos besado? —soltó de pronto para ayudarme.

—Trabajamos juntos. No podemos mezclar tanto nuestras vidas o nos irá mal.

—¿Desde cuándo está mal besarte con una persona que te gusta?

Me costó tragar saliva.

—Desde que puede afectar a nuestro trabajo —respondí con seguridad.

Se le escapó una media sonrisa que no entendí. Acortó la gran distancia que nos separaba y se paró frente a mí, muy cerca de mi rostro.

—Dime que no te gustó nuestro beso y me iré.

—No me gustó.

El muy capullo rio a carcajadas y volvió a mirarme con una expresión menos dura.

—No se te da muy bien mentir.

—¿Y tú qué sabrás? Además, te estoy diciendo la verdad.

Volvió a sonreír de lado.

—Entonces, ¿por qué tu respiración se ha ido acelerando a medida que me he ido acercando más a ti? ¿O por qué me has mirado tres veces los labios desde que estoy aquí?

—Contigo no se puede hablar en serio.

Me di la vuelta enfadada y metí la llave en la puerta. Nada más entrar, me pidió que le sujetara la puerta y, como una tonta, le hice caso.

—Álex, hablamos mejor en otro momento.

Ni siquiera me escuchó. Se acercó tan deprisa a mí que pensaba que iba a besarme, pero en vez de hacerlo se quedó de nuevo a escasos milímetros de mi rostro.

—Dime que no quieres que te vuelva a besar y me marcho, de verdad.

—No… puedo…

Podía notar cómo mi corazón latía a mil por hora. Su olor a *aftershave* me descolocaba tanto que no me dejaba reaccionar, así que me besó. Aquel beso fue cargado de necesidad, parecido a los que estaba tan acostumbrada. Me dirigió hacia la pared en la que mi espalda chocó y, tras separarnos y él comprobar que no me había hecho daño, se detuvo antes de volver a intentar besarme.

—¿Quieres que pare? —me susurró él, supongo que con la esperanza de que no respondiera.

No dije nada. Atraje su rostro hacia el mío y esa vez fui yo la que le besé. La tensión sexual

entre ambos era palpable y quise subirle a casa a terminar lo que habíamos empezado. Teníamos que romper de alguna manera aquella atracción tan evidente que sentíamos el uno con el otro para poder dejarnos de tonterías, así que me separé de él, le agarré de la muñeca y le guie hasta el ascensor.

—No, espera.

—¿Qué pasa? —pregunté dándome la vuelta hacia él.

—Tengo que irme —soltó tenso.

—No puedes irte ahora —manifesté visiblemente enfadada. Tenía un calentón considerable y quería acostarme con él.

Antes de responderme, se alejó unos cuantos pasos de mí.

—He quedado con unos amigos. Tengo que irme.

Permaneció dubitativo hasta que se volvió a acercar a mí, me dio un beso en la mejilla que me descolocó por completo, y se marchó sin decir nada más. Subí a casa bastante enfurecida. Había jugado conmigo y no me había gustado en absoluto, además de que al final no había solucionado nada, por lo que me esperaba una gran bronca por parte de Sara.

—¿Qué, cómo ha ido? —dijo en cuanto me vio entrar por la puerta.

—¿Llevas todo este rato aquí esperando?

Se había sentado en el suelo y estaba leyendo un libro cuando entré. Apoyé la espalda en la pared, a su lado, y me arrastré hacia abajo. Resoplé.

—Cuenta —me animó.

—Le dije que no era buena idea que nos liáramos de nuevo.

—¿Le ha sentado mal? —preguntó con una mueca de tristeza.

—Nos hemos enrollado en el portal.

Su boca se abrió tanto que parecía que le fuera a llegar al suelo.

—Meri, tía, no entiendo nada.

—No sé qué ha pasado. No ha querido creerme y me ha besado. Me ha puesto tan cachonda que he estado a punto de subírmelo a casa.

—Oh, joder. Menos mal que no. —Rio—. ¿Qué ha pasado?

—Ni idea. —Jugué con mis pies antes de continuar hablando—: Cuando íbamos a subir al ascensor ha dicho que tenía que irse y se fue. Sin más.

—Madre mía. Creo que esta es la primera vez que veo cómo un tío rechaza acostarse contigo. El mundo me da miedo.

—Serás mema. —Le empujé el brazo—. Da igual, mejor así, tía. Si lo hubiera hecho, luego me hubiera arrepentido y hace años me prometí a mí misma que nunca me arrepentiría de ningún polvo.

—Entonces ten cuidado —me avisó—. Venga, vamos a hablar con el de la discoteca, a ver si conseguimos que nos alquile la sala a un precio en el que no haga falta vender un órgano vital.

Los días pasaron tan rápido que llegó el cumpleaños de Guille y no nos dimos ni cuenta. Ese día ni siquiera le felicitamos a las doce de la noche como solíamos hacer cada año. Queríamos que todo le pillara de sorpresa. Sara lo había organizado de manera que quedáramos los tres en mi casa para ver una película, como hacíamos todos los meses, y ahí empezar con el juego. Cabe destacar que no volví a saber nada de Álex. Ni él me había escrito dándome una explicación de su huida, ni yo me había molestado en averiguarlo, por lo que, en cierta medida, me sentía aliviada de que no tuviera que forzarme a dejar de verle.

Mientras Sara y yo nos arreglábamos sutilmente hasta que llegara Guille, le pregunté cómo le

iban las cosas con Max. Desde la vez que quedamos los cuatro no había vuelto a hablarme mucho de él y fue algo que ella no solía hacer.

—Bien, bueno —dijo mientras se ponía la máscara de pestañas.

—Oh, oh… Eso suena a que no te gusta.

—No es eso —respondió rápido y dejó de maquillarse—. Es que lo veo tan perfecto que me da miedo que todo sea un sueño. Intento no hacerme ilusiones.

—Algo muy maduro por tu parte, pero ¿por qué con él?

Se mantuvo en silencio y volvió a mirarse en el espejo para continuar maquillándose el otro ojo. Al no decirme nada, entendí qué era lo que le pasaba.

—Te gusta mucho… —dejé caer—. Tienes miedo a verle como el tío perfecto y que luego no sea así porque te gusta de verdad.

—Calla.

Reí a carcajadas.

—¡Tengo razón! —Volví a reírme y ella siguió ignorándome—. Madre mía con los hermanos De la Vega, la que nos están liando.

Guille llegó pasadas las ocho, un poco más tarde de la hora a la que habíamos quedado. Entró ceñudo, seguramente estaba enfadado porque no nos habíamos acordado de su cumpleaños, algo bastante normal. Puede que en algún momento sospechara algo cuando nos descubrió a Sara y a mí maquilladas como para salir de fiesta, pero conseguimos convencerle de que habíamos estado maquillándonos la una a la otra por mera diversión. Aquella mentira cuajó cuando vio los pijamas tan mugrosos que nos habíamos puesto y que no teníamos intención de cambiarnos.

—¿Qué vamos a ver esta noche? —preguntó con desgana nada más tirarse sobre el sofá.

Sara y yo nos miramos con una sonrisilla cómplice.

—Hay una peli nueva que ha salido en Netflix que dicen que está muy bien —insinuó ella.

—¿De qué va?

—De fiesta, alcohol y baile. Vamos, lo que está ahora de moda.

Nos sentamos cada una a un lado de Guille y le dimos a *play* al vídeo que habíamos preparado las dos para felicitarle y darle la sorpresa de que íbamos a salir de fiesta. Durante los tres minutos y veinte segundos que duraba el vídeo alternábamos nuestras miradas entre nosotras y Guille para ver su reacción, que fue evolucionando según pasaban los segundos. Habíamos hecho el tonto, bastante, pero a Guille le encantó la sorpresa y, en cuanto terminó el vídeo, le gritamos un «felicidades» tan alto que estaba segura de que nos habían escuchado hasta en Galicia. Después nos abalanzamos sobre él y le llenamos de besos.

—Sois unas cabronas, pensaba que os habíais olvidado.

—Sabes que Sara es demasiado buena para las fechas. Todo ha sido gracias a ella.

—Gracias, chicas.

—Eh, Meri, trae *eso*.

—Ah, es verdad.

Fui descalza hacia la cocina, donde teníamos un pastelito de chocolate y crema de avellanas que a Guille le encantaba, y al que le habíamos puesto una vela con un dos y un siete para que las soplara y pidiera un deseo. Las encendí y me dirigí hacia el salón cantando *Cumpleaños feliz*, a lo que Sara no tardó en seguirme. En cuanto se comió aquel pastelito, las dos nos metimos en mi habitación para ponernos la ropa que tanto nos había costado elegir para aquella noche. Ella eligió un vestido negro con escote hasta el ombligo, que le quedaba estupendamente, y unos tacones a juego. En cambio, yo aquella noche preferí un top de color rojo y unos pantalones

cortos negros que me hacían las piernas más largas de lo que ya eran. A ese conjunto no podía faltarle mis sandalias negras de tacón favoritas.

Llegamos a la discoteca y el portero nos dejó entrar nada más decir nuestro nombre. Uno de los camareros nos guio hasta la sala VIP que habíamos reservado, y Guille se llevó la sorpresa del siglo al ver que estaban varios de sus amigos y también antiguos compañeros de la universidad con los que aún manteníamos contacto. Disfrutamos de aquella noche bebiendo, bailando y riéndonos de todos los bailes que nos atrevíamos a hacer. En un determinado momento de la fiesta, trajeron una tarta con unas velas bengala que fue la guinda de aquella sorpresa. De entre los amigos de Guille, había uno que no me quitó ojo en toda la noche, y como estaba muy bueno me puse a bailar con él y la cosa fue yendo cada vez a más. Nos liamos durante buena parte de la noche, y he de admitir que a medida que me tomaba una copa, el pensamiento de Álex se fue haciendo cada vez más pequeño en mi mente.

Aquel amigo de Guille, del que ni siquiera me molesté en aprenderme el nombre, me dijo casi al final de la noche que nos fuéramos a su casa, algo a lo que no pude resistirme. Desde que Álex me había dejado con el calentón necesité más que nunca sexo sin compromiso. En cuanto llegamos a su casa, nos besamos con ansiedad y con algo de descoordinación debido al alcohol que habíamos tomado. Le quité la camiseta y acaricié sus abdominales. Me sentí rara, como si de repente algo hubiera cambiado en mi mente y quisiera irme.

—¿Tienes condones? —le pregunté antes de continuar.

—Joder, no. Pero no te preocupes que puedo terminar fuera.

Aquellas palabras me supieron a gloria, no por la estupidez que acababa de decirme, sino porque era la excusa perfecta para marcharme. Sin motivo aparente, quería irme de allí, aunque yo sí tuviera condones en el bolso.

—No, eso no me va. Me voy.

Me di la vuelta y volví por donde había entrado.

—¡Espera! —le escuché decir detrás de mí antes de cerrar la puerta.

Odiaba a Alejandro de la Vega con todas mis fuerzas. Por su culpa no había conseguido acostarme con ese chico e iba a dejarle bien claro que me estaba revolucionando la vida. Lo normal hubiera sido que me hubiera marchado a casa y hablara con él al día siguiente, pero si mezclas una buena cantidad de alcohol y rabia acabas haciendo lo menos correcto, y en mi caso fue ir a la casa de Álex. Por muy extraño que pareciese, la puerta de su portal estaba abierta a las cinco y veinte de la mañana, fue un golpe de suerte que me ayudó a continuar con la idiotez que estaba a punto de hacer. Llamé a su timbre varias veces sin conseguir nada, así que empecé a dar golpes a la puerta con el canto del puño.

—Álex, ábreme —balbuceé—. Tengo que hablar contigo.

Escuché cómo detrás de mí se abría una puerta y me giré para gritarle al vecino que seguramente se iba a quejar de lo alto que estaba hablando, pero en realidad lo que vi al otro lado del rellano fue una cara familiar.

—Mérida, ¿qué estás haciendo? —Se frotó los ojos mientras sujetaba la puerta con la otra mano.

Observé el bloque de madera que tenía en frente y después me giré de nuevo para mirarle.

—¿Cuándo te has mudado?

—Vivo detrás de esta puerta desde hace años. ¿Has bebido?

—Un poco —solté haciendo un gesto con la mano para demostrárselo—. La fiesta de cumpleaños de Guille ha sido un desfase.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a decirte que te odio.

—Muy bien. Anda, ven conmigo. Menos mal que los vecinos de enfrente están de vacaciones.

Salió de la casa, me cogió de la muñeca y me hizo pasar. Me llevó por aquel pequeño pasillo hasta su habitación, donde la cama estaba deshecha y la ventana permanecía abierta. Me dejé caer en el borde del colchón y noté una fresca brisa sobre la piel que me sentó de maravilla.

—Dame un segundo, me visto y te llevo a casa.

—No —dije de pronto—. Estoy cansada y vengo a decirte que te odio mucho.

—Eso ya me lo has dicho. —Puso los ojos en blanco—. ¿Algo más?

—Que tengo hambre y sueño.

Sonrió escuetamente.

—Felicidades, acabas de convertirte en un bebé. Mérida, voy a llevarte a casa.

—Quiero dormir aquí, contigo —me sorprendí al decirlo.

Se extrañó y se apretó el puente de la nariz antes de hablar:

—¿Estás hablando tú o el alcohol?

—Un poco de ambos, pero por tu culpa ahora mismo no estoy tirándome a un tío superguapo que conocí en la fiesta, así que tienes que compensarme.

Se sentó a mi lado en la cama.

—Yo no he hecho nada, a mí no me eches la culpa.

Conseguí no abrir la boca, porque si no le hubiera dicho cosas de las que después me habría arrepentido. Sin previo aviso, me levanté de la cama, no sin antes tambalearme un poco, y me quité los tacones. Después continué con el top y los pantalones, quedándome en ropa interior delante de él.

—Qué manía tienes con hacer eso, joder… —Se levantó, abrió uno de los cajones que tenía en una cómoda a un lado de la cama y me ofreció un trozo de tela—. Toma, ponte esta camiseta para dormir.

Le di la espalda y me aparté el pelo para dejar visible el enganche del sujetador.

—¿Me ayudas a quitármelo? Con lo que he bebido acabaría haciendo un baile ridículo para intentarlo y no lo conseguiría.

A Álex le hizo gracia aquel comentario, pero estaba visiblemente preocupado. Acercó las manos a mi espalda descubierta y, aunque al principio tocó el sujetador, comenzó a deslizar las yemas de sus dedos por mi piel. Se me erizó y sentí un suave cosquilleo en mi sexo. Sus dedos revolotearon por la parte superior de mi espalda y los fue deslizando hasta llegar abajo, al borde de mis braguitas. Dejó apoyados los dedos en ese borde, como si estuviera en un precipicio decidiendo si lanzarse al vacío o no, pero enseguida recobró el sentido y desabrochó con rapidez el enganche del sujetador antes de darse la vuelta. Lo tiré al suelo y, sin que me viera, me puse su camiseta. Sin pedirle ni siquiera permiso, me tumbé en la cama como si lo hubiera hecho toda la vida y me coloqué en el lado que estaba sin deshacer.

—Buenas noches, Mérida —se despidió antes de dirigirse hacia la puerta.

—Espera, ¿a dónde vas?

—Voy a dormir al sofá.

—No, me voy yo. —Intenté levantarme de la cama, pero la habitación me dio vueltas y tuve que sujetarme la cabeza como medida desesperada.

—Pero si casi no te puedes mover.

Se acercó hacia mí, se sentó en mi lado y me colocó el pelo detrás de la oreja.

—Duerme conmigo —le pedí.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza y me hizo caso. Se tumbó a mi lado, sin taparse, y no pude evitar girarme hacia él. No le toqué, pero mi nariz se quedó lo suficientemente cerca de él como para poder oler su aroma hasta dormirme. Y de esa manera fue cómo Álex consiguió romper en mil pedazos la muralla que yo había construido alrededor de mi corazón. Era la primera vez que había querido dormir con un hombre a mi lado, y en ese momento no sabía que ese insignificante gesto podría complicarnos tanto la vida.

Capítulo 7

FOTOGRAFÍAS EN BLANCO Y NEGRO

Cuando hacemos algo por primera vez suele ser tan especial que lo recordamos toda la vida. Las primeras experiencias nos emocionan tanto que nos sentimos igual que si tuviéramos un subidón de adrenalina. Es algo que hacemos con ganas, o con miedo, y el cuerpo tiene que prepararse especialmente para ello, porque no sabe lo que va a suceder. Pero ¿qué pasa si realizamos algo por primera vez y ni siquiera sabemos que lo estamos haciendo? ¿Deja de ser especial? ¿Ya no lo recordarás toda la vida? La respuesta es muy simple: no. Cuando haces algo por primera vez sin meditarlo tanto como es habitual que hagamos, aunque no te des cuenta en ese instante, lo estás disfrutando al máximo y solo eres capaz de verlo cuando ya ha pasado ese momento, cuando hay paz.

Despertarme con resaca no solía ser algo frecuente en mí, conocía a la perfección mis límites para no excederme y ser una persona normal al día siguiente, pero aquel domingo casi no pude ni abrir los ojos de la luz tan brillante que entraba por la ventana. Me extrañó no haber bajado la persiana, ya que, aunque bebiera, siempre me acordaba de hacerlo porque si no era de las que me despertaba nada más salir el sol por el horizonte. En cuanto conseguí abrir los ojos sin que la luz me dañara, analicé la habitación en la que estaba. No la reconocía. No me sonaban aquellas paredes de color vainilla ni las sábanas blancas con las que estaba tapada. Giré mi rostro hacia el otro borde de la cama y no encontré a nadie, únicamente las sábanas revueltas como si alguien hubiera dormido a mi lado.

Me levanté como pude de la cama y, al salir al pasillo, me resultó familiar. Las paredes estaban llenas de fotografías enmarcadas, pero tenía tanto dolor de cabeza que ni siquiera supe relacionar dónde había visto aquel pasillo antes. Una de las puertas estaba cerrada, pero se escuchaba agua correr dentro. Giré el pomo y descubrí que no habían echado la llave, así que entré. Un golpe de humedad me golpeó la cara al asomarme y, al fondo del baño, había alguien detrás de la mampara de la ducha. No podía quedarme ni un minuto más allí. Volví a la habitación, recogí la ropa, que estaba doblada encima de una silla, cogí también los tacones y, cuando iba a salir hacia el pasillo, me topé de frente con el cuerpo semidesnudo y mojado de alguien.

—Joder —me quejé.

—¿Qué estás haciendo?

Al levantar la mirada descubrí que Álex estaba increíblemente guapo recién duchado. Los mechones de su pelo goteaban de vez en cuando y el agua caía por su moreno rostro hasta llegar a su cuello.

—No, la pregunta es: ¿qué estoy haciendo aquí? —pregunté nerviosa.

Entró a la habitación descalzo en dirección a la cómoda y abrió uno de los cajones.

—¿No te acuerdas de nada? —Dejó de buscar en el cajón y me miró por encima del hombro antes de volver a rebuscar.

—Oh, mierda, ¿nos hemos acostado?

Álex rio.

—No, tranquila. Viniste con unas cuantas copas de más para decirme que me odias, nada importante.

Me tapé la cara con las manos y me senté en la cama antes de quejarme.

—¿En serio te dije eso?

—Bueno, en realidad me dijiste primero que me odiabas y más tarde que me odiabas mucho. ¡Ah! —expresó, asustándome—. Y que por mi culpa no estabas acostándote con un tío «superguapo».

—Madre mía. —Me destapé la cara y le descubrí sonriendo—. ¿Qué?

—Que todo ha merecido la pena solo por ver lo avergonzada que estás ahora.

—Cállate, memo.

Con una sonrisa, Álex volvió a darse la vuelta hacia la cómoda y dejó caer la toalla al suelo, a lo que reaccioné apartando la mirada, como si estuviera prohibido verle desnudo y no le hubiera visto así antes en el embalse.

—¿Qué haces? —pregunté alarmada, sin mirarle.

—Estoy en mi casa, en mi habitación, y voy a vestirme. Además, viendo que tú eres de las que no te importa desnudarte delante de la gente, yo hago lo mismo.

—¿Me volví a desnudar delante de ti?

—Más o menos.

—Dios… Mejor me voy.

Sin mirarle, recogí de nuevo la ropa que había dejado a mi lado y me dirigí hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —escuché detrás de mí.

—A casa. Siento todo lo que ha pasado. Intentaré que no vuelva a suceder, pero no prometo nada.

Rio a mi espalda.

—Espera. —Apoyó su mano sobre mi hombro e hizo que frenara—. Quédate a desayunar, al menos.

Me giré hacia él, pero me costó mantenerle la mirada de lo avergonzada que estaba.

—¿Tienes café?

—Por supuesto.

Ambos sonreímos y con ese simple gesto nos lo dijimos todo.

Era increíble lo cómoda que me sentía cada vez que estaba a su lado. Por alguna extraña razón, mientras desayunábamos juntos, no pude evitar imaginarme que, si fuera un día normal para nosotros, él sería de los que prepara el café mientras me escuchaba contarle cosas sin importancia que me habían pasado el día anterior. Ese fugaz pensamiento se convirtió en una auténtica pesadilla para mí. ¿Desde cuándo me imaginaba yo ese tipo de cosas?

Antes de terminarnos el café, me dio por preguntarle sobre las fotografías que había por el pasillo y acabé descubriendo que era un amante de la fotografía. Todas las había hecho él en distintos momentos de su vida. Me enseñó cada una de ellas y me explicó dónde las había sacado y el porqué.

—¿Solo haces fotos a los paisajes o también fotografías personas?

—Claro, en alguna ocasión. Solo que esas fotos se las doy a los que posan para mí, por eso no

tengo ninguna de esas aquí colgadas.

—Quiero ser tu modelo —sugerí orgullosa.

—No —contestó sin ni siquiera pensárselo.

Le miré enfadada.

—¿Por qué no?

—Porque estás demasiado bonita recién levantada y sería mi perdición retratarte así.

Me lo tomé a broma y le di un suave empujón.

—No digas tonterías. Venga, tenemos los dos el día libre, ¿no?

—Puf, vale. Vamos a vestirnos y preparo la cámara.

—No, quiero que me las hagas aquí.

Arrugó la frente y dudó antes de responderme:

—Aquí, ¿dónde?

—En tu habitación, por supuesto.

Me ilusioné con la idea de que alguien me fotografiara. Nunca había tenido la oportunidad y me moría de ganas por saber cómo de bueno era él retratando personas. Mientras preparaba la cámara, me pidió que eligiera la ropa que quería ponerme para las fotos y que me peinara tal y como quería salir. En cuanto entré en el baño, me vi vestida con su camiseta blanca, que me quedaba extremadamente grande, y me gustó tanto verme así que no me apeteció cambiarme. Me peiné el pelo con las manos y me hice un moño alto con el coletero que siempre llevaba en la muñeca. Estaba demasiado perfecto, así que lo despeiné de manera estratégica para estar perfectamente imperfecta y me lavé la cara antes de salir para quitarme los pocos restos que tenía de maquillaje.

Álex estaba distraído mirando la cámara cuando entré a la habitación. Me dirigí hacia la cómoda, abrí los cajones hasta que encontré el que guardaba su ropa interior y agarré un par de calcetines blancos que, cuando me los puse, me quedaban grandes, pero con ellos conseguí el *look* despreocupado que quería que retratara.

—¿Está todo listo ya? —pregunté.

—La cámara sí, ahora hay que preparar la habitación. —Levantó la mirada hacia donde estaba y se quedó boquiabierto—. Guau.

—¿Qué pasa?

—Que no esperaba que quisieras que te retratara así, tan natural. Normalmente la gente se arregla como si fuera a ir a una boda. Tú, en cambio, estás preciosa así, con mi ropa.

Sentí calor en las mejillas, pero intenté que no lo notara. Le ayudé a preparar la habitación para que quedara exactamente igual a lo que él quería. Hicimos la cama, bajamos la persiana, apartamos cualquier objeto que pudiera estropear el encuadre y cogimos un foco de pie que tenía en el salón para decorar y lo utilizamos como iluminación. Me hizo ponerme en medio de la cama y se centró en buscar la mejor luz para mi rostro. Estaba conociendo a otro Álex que ni siquiera sabía que existía. Ya había conocido al Álex trabajador, una persona seria y distante; al Álex de fuera, un chico gracioso, divertido y sexi; y ahora estaba conociendo a otro Álex, al que le apasionaba tanto la fotografía que parecía otra persona totalmente distinta de lo concentrado que se le veía.

—¿Preparada? —preguntó después de ajustar el foco.

Asentí.

Las horas se me pasaron volando en aquella oscura habitación. Me hizo decenas de fotos esa tarde, de diferentes maneras, con diferentes posturas, y aunque acabé un poco agotada de posar y

ser el centro de atención, me encantó la experiencia. Reímos en varias ocasiones, sobre todo cuando me decía frases motivadoras y a mí me hacía gracia la forma tan profesional en la que me lo decía.

—Ahora me voy a acercar un poco, quiero centrarme en tu mirada y ya acabamos.

—Sí, por favor, necesito ir al baño.

—Solo unas fotos más, te lo prometo. Quiero que mires al objetivo como si fueras la mujer más poderosa del mundo.

Quitó la cámara del trípode, se acercó a mí y sacó unas cuantas fotos más.

—Ahora necesito que enamores a la cámara. Mírala como si quisieras conquistarla. —Apoyó una de las rodillas en el borde de la cama para mantener la posición.

Intenté enseñarle la mejor mirada que tenía, pero si forzaba algo, luego siempre me salía mal. Después de unas fotos más, Álex se apartó la cámara y me miró asombrado, como si fuera la primera vez que lo hiciera de verdad.

—Tu mirada me intimida —me dijo de pronto mientras apoyaba la otra rodilla encima de la cama, sentándose sobre las piernas.

Puse los ojos en blanco. No era la primera vez que me lo decían, y que alguien te dijera eso no solía ser nada bueno.

—Ya, me lo han dicho alguna que otra vez —respondí enfadada.

—No, no me malinterpretes. Me encanta tu mirada. Demuestras ser fuerte e independiente. Es la primera vez que conozco a una mujer así.

—¿Y no te asusta?

—No.

Nos miramos. Decía la verdad. En sus ojos lo único que veía era admiración, algo que me descolocó. Los hombres, cuando me decían eso, normalmente huían, pero él no, parecía fascinado de tener a alguien como yo frente a él.

—¿Me enseñas las fotos? —solté para cambiar de tema.

—No. Tengo que editarlas antes de poder enseñártelas.

—Oye, yo no quiero que me agrandes los ojos o me perfiles el cuerpo. Yo natural cien por cien.

—No, tonta. —Rio—. Solo voy a tocar las luces, lo prometo.

Permanecimos en silencio y brotó de nuevo la magia entre nosotros. Sin más, Álex se abalanzó sobre mí y me besó. Mi espalda tocó la cama y podía notar su peso encima de mí. A cada segundo que nos besábamos y nuestras lenguas se rozaban, mi cuerpo necesitaba más de él. Dejamos de besarnos únicamente para quitarle la camiseta con urgencia. Era la primera vez que podía admirar su torso desnudo desde tan cerca. Analicé cada centímetro de su piel con la mirada. Acaricié su pecho y después su marcado abdomen, y un suave hormigueo me recorrió los dedos. Fui bajando la mano hasta llegar por debajo de su ombligo y, cuando estaba a punto de meter la mano dentro de su pantalón, me incorporó sobre la cama y me pidió permiso con la mirada para que le dejara quitarme la camiseta. No se lo permití, fui yo la que directamente se la quitó dejando al descubierto mi cuerpo semidesnudo, y él resopló en cuanto me vio. Me levanté apoyándome sobre las rodillas, le besé y le empujé para ponerme a horcajadas sobre él. Su miembro estaba duro debajo de mí, a lo que respondí restregándome suavemente encima él. Gemimos. Estábamos a punto de dar el siguiente paso cuando escuchamos al fondo de la casa una puerta cerrarse de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté alarmada.

—Será que me he dejado alguna ventana abierta —respondió con aparente tranquilidad.

—¡Hola! ¿Álex, estás en casa? —gritó alguien a lo lejos.

Se incorporó tan rápido debajo de mí que por poco me tira para atrás.

—Mierda, es mi hermano.

—Joder…

Me bajé de él, cogí la camiseta que me había quitado, que estaba tirada en el suelo, y me la puse. Álex hizo lo mismo con la suya y me miró preocupado.

—Lo siento mucho.

—No importa. —Sonreí educadamente, aunque fuera una mierda que todo se hubiera cortado de golpe.

Se revolvió el pelo enfadado al levantarse de la cama de un movimiento brusco.

—Voy a ver qué quiere. Lo echo en un segundo. No tardo.

Me dio un escueto beso en los labios y salió de la habitación. La culpabilidad empezaba a reconcomerme por dentro y notaba poco a poco más arrepentimiento por pasar tanto tiempo en su casa. Habíamos dormido juntos y estábamos a punto de acostarnos. Estaba dejando que las cosas fueran a más y no podía permitirlo. No formaba parte del plan. Estaba haciendo todo lo contrario de lo que le había prometido a Sara.

Aproveché que me quedé sola en la habitación para vestirme con la ropa de la noche anterior. Recogí los zapatos del suelo, cogí el bolso que estaba tirado a un lado de la puerta y salí. Al final del pasillo veía a Álex hablando, pero no alcanzaba a ver a la otra persona porque estaba escondido girando la esquina. Caminé hacia la puerta cuando Álex me miró y enseguida la cabeza de Max se asomó por el pasillo.

—¿Mérida? —preguntó y se giró hacia su hermano—. Sí, sí, ya veo lo ocupado que estabas.

Me acerqué a ellos y saludé a Max con la mano con la que estaba sujetando los tacones.

—Hola, Max. Adiós, Max.

—¿Te vas? —preguntó Álex con tristeza.

—Sí, así os dejo con vuestras cosas —contesté sin apenas mirarle.

—Eh, no quiero interrumpir nada. —Rio su hermano—. Me voy yo.

—No, no, me voy yo. Me ha llamado Sara y voy a ver qué necesita —mentí.

Anduve hasta la puerta de la casa y la entreabrí.

—¿Está bien? —preguntó Max con el corazón encogido.

Me pareció adorable que se preocupara así por ella. Sara no había tenido mucha suerte en el amor y siempre se había enamorado de hombres que no la merecían, así que ese gesto hizo que me quedara tranquila. No podía fiarme por completo de él, porque ella era mi mejor amiga y la trataba como a una hermana, pero podía darle una oportunidad a Max y no ponerle las cosas tan difíciles como había tenido que hacer con el resto de los chicos con los que había salido.

—Sí, tranquilo. Solo estaba preocupada por mí. Hasta luego.

Salí por la puerta y llamé al ascensor suplicando que no tardara en subir.

—Mérida…

La voz de Álex retumbó entre las paredes de aquel pequeño rellano e hizo que me girara hacia él.

—Gracias por la sesión de fotos —solté con la esperanza de cortar lo que fuera a decirme.

—Por favor, no te vayas —me suplicó—. Echo a mi hermano enseguida.

—Tengo que irme, de verdad.

Le di un escueto beso en la mejilla y me subí al ascensor. Nada más llegar a casa, Sara me

embistió con decenas de preguntas para intentar averiguar qué había sido de mí y dónde había estado. A decir verdad, me resultaba agobiante tener que dar tantas explicaciones de lo que había hecho como si viviera con mis padres, ya que desde hacía años no tenía que rendir cuentas a nadie y no soportaba la idea de tener que hacerlo con Sara cada vez que entraba en casa, aunque solo fuera por simple cotilleo.

—Basta, Sara. Calla ya. —Se quedó petrificada en mitad del pasillo—. No tengo por qué contarte todo lo que he hecho cada vez que vengo de la calle. Ya te lo diré yo si me apetece.

Abrió la boca y la cerró unas cuantas veces con intención de hablar, pero al final permaneció en silencio. Me encerré en la habitación y no quise saber nada más. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué me comportaba así? ¿Por qué me sentía como si estuviera atrapada en un lugar del que no podía escapar? Esa tarde no salí de la habitación intentando evadirme de todo el torbellino de sentimientos que notaba en mi interior.

Sara y yo no nos cruzamos por la casa los siguientes días. Puede que fuera casualidad, o que simplemente se conocía mis horarios y no quería coincidir conmigo después de lo que había sucedido. Pero cada vez que volvía de trabajar, y no estaba en casa para hablar con ella, me pesaba en el alma.

Esa semana tampoco me relacioné con mucha gente, únicamente con los compañeros del trabajo y porque no tenía más remedio que verles todos los días. No llamé a Guille en ningún momento ni respondí a los mensajes que me enviaba Álex para saber si todo estaba bien. Necesitaba encontrarme, pero en vez de eso, cada día que pasaba, me sentía más perdida, como si hubiera abierto una puerta que no era capaz de cerrar por más que lo intentara.

Capítulo 8

DESPEDIDA DE SOLTERA

Dicen que el ser humano necesita relacionarse con otras personas para lograr el bienestar propio, ese que no podría conseguir sin la compañía de otros. Pero poco se habla de lo sanadora que puede llegar a ser la soledad con uno mismo. Estando a solas es la única manera que tenemos de conocernos, y eso, en ciertas ocasiones, puede sanarnos más que cuando estamos acompañados. Tenemos que aprender a estar solos para, en un futuro, saber estar con el resto de las personas a nuestro alrededor. A veces esa soledad se da de manera forzosa, y en otras ocasiones por elección propia, pero sea cual sea el caso, hay que aprovecharlo y no tener miedo a conocernos.

Una semana y media sin saber de Guille, Sara y Álex, en cierta medida se acabó convirtiendo en algo complicado. Aunque al principio me vino bien para aclarar todo el remolino de sentimientos nuevos que empezaba a experimentar, con el paso de los días se convirtió en algo pesado. Echaba de menos a Sara, que se había mudado al salón un día sin avisar y seguía evitando que nos cruzáramos. Con Guille acabé hablando a través de WhatsApp, pero de manera casual. Sabía darme mi espacio cuando lo necesitaba y nunca me juzgaba por ello. Así que la rutina que me había marcado era ir de casa al trabajo, del trabajo a dar un paseo y vuelta a casa.

Un día, de esos que me levantaba temprano para entrar de las primeras en el trabajo, me topé de lleno con Martina, que esa noche no se había ido a dormir a casa.

—Hombre, Mérida, ¿otro día haciendo horas extra?

—Ya ves… —respondí con ganas de meterme en el despacho y que nadie más me viera por allí.

—Me parece estupendo. En breves va a venir Carlo a darle un repaso a la presentación de Cronos. Vienen a ver hoy cómo vamos con nuestra idea para la presentación en Londres.

—No puedo —respondí automáticamente—. Tengo que terminar unas cosas para otros clientes.

Se acercó un poco más a mí, se colocó en la nariz las gafas que tenía colgadas del cuello y arrugó la frente mientras me miraba fijamente.

—Somos un equipo y dos cerebros piensan más que uno. Carlo necesita nuestra ayuda para que todo salga perfecto en la presentación. Tienes que venir a la reunión y punto.

Que me dijera eso me enfureció. El vaso de mi paciencia estaba a rebosar y aquello fue la gota que lo colmó.

—¿Cómo eres capaz de pedirme que ayude a Carlo cuando tú misma has sido la que siempre nos ha hecho ser competitivos el uno con el otro? No le veo como parte de mi equipo, solo como un adversario al que quiero derrotar constantemente y, desde que consiguió la cuenta de Cronos, es algo que pesa en mi autoestima.

Permaneció en silencio mientras me analizaba el rostro con absoluta seriedad.

—A las once en la sala de reuniones. Y no hay más que hablar.

Se marchó y me quedé petrificada mientras escuchaba el repiqueteo de sus tacones que los percibía como pinchazos en los oídos. Entré en el despacho y cerré la puerta de un portazo. Martina era mi jefa, sí, pero si tenía que decirle las cosas claras lo hacía sin problema, aunque no me sirviera de nada. A pesar de que intenté de todas las formas posibles no asistir a aquella reunión, tuve que hacerlo. Diez minutos antes de la hora, me hicieron acudir a la sala de reuniones para ir echando un vistazo a la idea de Carlo. Tenía miedo de volver a ver a Álex. Rezaba con todas mis fuerzas para que él no acudiera a esa reunión, pero las oraciones fueron en vano. En cuanto le vi entrar por la puerta y nuestras miradas se encontraron, noté un hormigueo en el estómago que no había sentido jamás. Entró buscándome, como si deseara que estuviera allí, al contrario que yo. Martina les hizo sentarse delante de mí y en un primer instante evité volver a mirarle.

—¿Empezamos o vamos a seguir en silencio? —preguntó Álex como si en realidad se estuviera refiriendo a nosotros.

Le miré desafiante sin saber muy bien por qué. Carlo se levantó de mi lado entre angustiado y ansioso, como nunca le había visto. Parecía que llevar la cuenta de Cronos le estaba pasando factura. Para mi sorpresa, supo mantener la compostura y le salió una presentación impecable. Entonces, ¿por qué me necesitaban?

—Perfecto —dijo Max entre aplausos cuando Carlo terminó su explicación—. Señorita Fernández, ¿está de acuerdo con todo lo que ha presentado su compañero?

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva. Aquella pregunta de Max me pilló por sorpresa. Miré inquieta a Martina y después a Carlo, que estaban esperando que mi respuesta no fuera sincera.

—Sí, estoy de acuerdo con todo —acabé diciendo, aunque tuviera ganas de dar mi verdadero punto de vista.

—Perdone que le lleve la contraria —añadió Álex—. Pero esto dista bastante de la presentación que nos expuso usted. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Le miré desafiante. Tenía ganas de besarle. Joder, ¡hay que ver cuánto lo odiaba!

—Que la presentación de mi compañero es exactamente lo que ustedes buscaban. No podía haberlo hecho mejor.

Carlo sacó pecho orgulloso y Martina demostró una escueta sonrisa de satisfacción. A Álex no le gustó mi respuesta, se lo noté en la expresión de su rostro.

—¿Quieren hacer alguna modificación? —preguntó Martina mientras tecleaba en el ordenador portátil.

—Si me disculpan —dije de pronto al levantarme de la silla—. Tengo que resolver otros asuntos pendientes. Un placer, señores De la Vega.

Me despedí de ellos con un elegante gesto de cabeza y fui directa hacia mi despacho con una gran ansiedad en el pecho. No me gustaba aquella situación. Me sentía extraña en mi propio trabajo y era desagradable. Nada más ponerme los auriculares sonó en el reproductor *As It Was* de Harry Styles, que escuché en bucle durante lo que parecieron horas, y eso permitió que consiguiera concentrarme. Había conseguido evadirme tanto de la realidad que ni siquiera me había enterado de que alguien había entrado en mi despacho hasta que vi cómo un sobre marrón mostaza caía al lado de mi taza de café, llevándome un buen susto. Al levantar la vista, Álex me estaba mirando con una expresión tierna y serena, como si le hubiera molestado que

desapareciera más de una semana, pero lo entendiera. Me quité uno de los auriculares de la oreja.

—¿Y esto? —pregunté arqueando una ceja. Miré hacia la puerta y estaba completamente cerrada.

—Algo que te pertenece.

Cogí el sobre y antes de abrirlo me frenó.

—No. Míralo cuando no esté delante, por favor.

Asentí y lo guardé en uno de los cajones de la mesa. Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos sabíamos qué decirnos. No había nada que perdonar, pero tampoco había ya nada por lo que continuar. Al ver que no hablábamos, Álex sonrió escuetamente y caminó hacia la puerta.

—Espera —dije con un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa?

Sin pensarlo demasiado, me acerqué a él y le besé como si llevara tiempo sin hacerlo. No se apartó, al contrario, me atrajo con delicadeza hasta que nuestros cuerpos se juntaron. Sentía pequeñas hormigas en mi estómago, pero me gustaba aquella agradable sensación. De repente, Álex se apartó y apoyó su frente sobre la mía con los ojos cerrados.

—Aquí no —suplicó sin fuerzas—. Estamos trabajando.

—Mi despacho, mis normas.

Abrió los ojos y sonrió con ilusión. Fue la señal que necesitaba escuchar para besarme de nuevo, esta vez sin notar ninguna presión o incomodidad sobre los hombros. Ambos nos tomábamos en serio nuestros trabajos, pero a veces surge algo más importante que le da color a nuestros días y no podemos hacer nada para remediarlo, por mucho que queramos evitarlo. Cuando los besos se fueron transformando en algo más intenso, hicimos lo posible por parar.

—¿Por qué esto? Desapareciste cuando sentimos… una conexión.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta con la intención de sentarme en la silla, pero me detuve a mitad de camino para mirarle de nuevo.

—Precisamente por eso. Por esa conexión que sentimos.

—¿Tanto miedo tienes?

—Miedo no, pánico.

Ambos sonreímos. Iba a decirme algo cuando llamaron a la puerta.

—Álex, tenemos que irnos.

Nos miramos desilusionados por no poder terminar la conversación, así que me lo tomé como una señal de que no debíamos seguir hablando de ese tipo de cosas.

—Podríamos quedar esta noche para dar un paseo… —dije con esperanza.

—No puedo. Tengo planes.

—No importa. Ya quedaremos otro día.

He de admitir que su respuesta me desanimó. Por alguna tonta razón había dado por hecho que Álex tendría toda la disponibilidad del mundo para mí, y darme cuenta de que él también hacía sus planes hizo que le viera de otra manera más madura.

—Pero podemos quedar mañana —añadió de pronto con miedo a que no volviera a proponerle ningún otro plan.

—Álex. —Llamaron de nuevo a la puerta—. Tenemos que irnos a la de ya.

—Hablamos mañana. —Le di un beso en la mejilla y le abrí la puerta.

Max estaba con la oreja pegada intentando escuchar algo. En cuanto se dio cuenta de que la puerta ya no apoyaba su peso, hizo como si no hubiera hecho nada malo.

Ese día llegué temprano a casa. Era viernes y, como había ido unas horas antes, me había

tomado la confianza de marcharme a casa porque no me apetecía ni lo más mínimo permanecer allí encerrada durante más tiempo. Cuanto atravesé la puerta, Sara se estaba duchando. Lo sabía no porque escuchara el agua correr, no, sino porque ella era de las que se ponía la música a todo volumen y daba unos conciertos que ni Jennifer López. Me hizo tanta gracia escucharla cantar *Me rehúso*, de Danny Ocean, que fui directa a la cocina para preparar un bizcocho de chocolate y así hacer las paces.

Cuando ella salió, el bizcocho ya estaba dentro del horno y desprendía un delicioso olor a chocolate por toda la cocina y el pasillo.

—Qué bien huele —le escuché decir para sí misma cuando salió del baño.

Fui hacia dónde ella estaba y se sorprendió al verme en casa tan temprano.

—Estoy haciendo bizcocho de chocolate para merendar.

Su expresión, que en un principio nada más verme fue hostil, se fue relajando a medida que olía el bizcocho.

—No tengo hambre —dijo con una mueca de dolor.

—Pues qué pena… porque compré Nutella e iba a untarlo en el bizcocho, pero creo que va a ser demasiado para mí.

Abrió los ojos como platos e intentó hacerse la dura.

—No hagas la capa muy gruesa que luego no te gusta con tanto chocolate.

Con la ropa sucia entre sus brazos y el pelo todavía húmedo, caminó hacia mi habitación.

—Sara, no podemos seguir así —dije mientras la perseguía por el pasillo—. Nunca habíamos estado tanto tiempo enfadadas.

—Vivir juntas nos está pasando factura.

Me dolieron aquellas palabras.

—No es eso y lo sabes. Llevo muchos años viviendo sola, me cuesta acostumbrarme. No me lo tomes en cuenta, por favor.

Lanzó la ropa al cesto que utilizábamos para la ropa sucia y se giró hacia mí.

—¿De verdad vas a rellenar el bizcocho de Nutella? —preguntó con una tímida sonrisa.

—Me lo había inventado, pero si eso hace que me perdones lo tonta que he sido, pues sí, lo haré.

Me hizo bajar al supermercado a comprar un bote mientras ella vigilaba que el bizcocho no se quemara. Cuando lo sacamos y dejamos un tiempo prudencial para que se enfriara, lo corté a la mitad como si fuera una tarta y puse una buena capa de aquella maravillosa crema para untar. En cuanto probamos un trozo de aquel delicioso manjar, supe que Sara me había perdonado del todo, porque le gustó tanto que estuvo a punto de comerme a mí también a besos.

—Oye, ¿qué hora es? —preguntó de pronto, alarmada.

—Las seis y cuarto, ¿por qué?

—Porque en una hora tenemos que irnos.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Madre mía, ¿no te acuerdas del cumple de Guille?

Intenté hacer memoria, pero la verdad es que me fallaba un poco a partir de la tercera copa que me tomé.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ana nos invitó a su despedida de soltera que empieza esta tarde. Tenemos que estar en una hora en Callao, así que hay que arreglarse ya.

—¿Ana? ¿Qué Ana?

Estaba totalmente perdida. Sara puso los ojos en blanco antes de darse un pequeño golpe en la frente.

—Ana, nuestra compañera de clase en la uni. Nos la encontramos en la discoteca en el cumpleaños de Guille y nos invitó a las dos a su despedida.

—Ay, Dios, ¿eso significa que tenemos que ir también a su boda?

Rio a carcajadas.

—No, tonta. Solo a su despedida. Vamos.

Según Sara, únicamente teníamos que preocuparnos de lo que nos íbamos a poner de cintura para abajo, ya que cuando nos reuniéramos con las demás chicas nos iban a dar una camiseta para que la gente supiera que estábamos de despedida de soltera. Elegimos unos pantalones cortos vaqueros junto con unas zapatillas deportivas y nos maquillamos. Aproveché aquel ratito de chicas para saber algo más sobre en qué punto estaba con Max. Al parecer, ni siquiera se habían besado y era un asunto que le preocupaba bastante. Llevaban más de un mes viéndose, y que ese momento tan íntimo no hubiera surgido aún entre ellos le hacía pensar que él no quería más, y ella no quería una simple amistad. Mientras estábamos en el metro de camino a Callao, intenté tranquilizarla haciéndole ver que las cosas que van despacio son mejores, pero ella no se quedó muy convencida de ello.

De lejos vimos un grupo de cinco chicas frente al cine. Todas ellas vestían una camiseta blanca con una foto, que no atisbaba a ver a lo lejos, y una de ellas tenía una diadema con dos pequeños penes sobre la cabeza. En cuanto nos vieron llegar, todas las chicas gritaron ilusionadas y nos dieron la camiseta en la que en la parte delantera había una foto totalmente ridícula de Ana y detrás aparecían el nombre de cada una de las chicas que estábamos allí. Un auténtico detalle. No nos habíamos fijado al llegar, pero todas tenían el cuello, y algunas zonas de la cara, con brillo. Nos ofrecieron una pequeña bolsa de plástico con purpurina de colores en el interior y Sara y yo intentamos imitarlas. Sara se untó el cuello y el pecho por completo, en cambio, yo me hice una línea ascendente en la mejilla que iba hasta el final del ojo, como si fuera una pintura de guerra.

Lo primero que hicimos esa noche, aparte de retar a la novia a que hiciera tonterías por la calle con las personas que pasaban a nuestro alrededor, fue hacer un juego de investigación al estilo *Cluedo*. Después de muchas risas, enfados y demasiado calor porque el lugar no estaba bien acondicionado, salimos de allí con ganas de fiesta, pero antes teníamos que cenar. Así que nos fuimos a un restaurante que era famoso por organizar las mejores despedidas de Madrid.

Nos sentaron en un salón en el que había dos mesas grandes y alargadas que estaban colocadas paralelamente, una de ellas para nosotras y otra mesa redonda algo más pequeña. Cuando llegamos solo estábamos nosotras, pero no nos importó porque llevábamos la fiesta allá a donde íbamos. Unos minutos más tarde, otro grupo más pequeño de chicas se sentó a la mesa redonda y los camareros se acercaron a nuestras mesas para tomarnos nota de la bebida. De repente, escuchamos a lo lejos un grupo de hombres gritar y chillar cosas ininteligibles. Esas voces se fueron acercando cada vez más a la sala en la que estábamos sentadas y, antes de que entraran, los camareros apagaron las luces del local e iluminaron la sala con una luz de discoteca de colores mientras sonaba reguetón de fondo, a lo que todas nos animamos a bailar en nuestros asientos. Aquel grupo de diez chicos acabó entrando en la sala y se sentaron mientras cantaban *Tití me preguntó* de Bad Bunny y nosotras los acompañamos.

—Tía, ¡tía! —me dijo Sara al oído al mismo tiempo que me pegaba golpecitos en el brazo.

—Ay, joder, ¿qué pasa? —Me acerqué más a ella para poder escucharla entre ese gran tumulto

de gente.

—¿No has visto quiénes están en ese grupo de chicos que acaban de entrar?

Me giré disimuladamente hacia la mesa que tenía detrás y analicé cada una de las personas que había sentadas. Los rostros de Álex y Max estaban entre ellos y me llevé una gran sorpresa.

—Son los chicos —le dije a Sara al oído—. ¿No nos han visto?

—Creo que no —respondió con una sonrisa satisfactoria—. Vamos a decirles algo.

—No —solté de pronto—. Déjalo estar y después nos acercamos a saludar.

Sin previo aviso, uno de los camareros se puso un chaleco y un sombrero de lentejuelas plateado y empezó a hablar a través de un micrófono. Al parecer, la cena se había convertido en una competición musical entre todos los que estábamos allí de despedida. Mientras nos iban sirviendo los platos, la noche fue avanzando entre pruebas musicales. Algunas de esas fueron, por ejemplo, que teníamos que cantar una canción según la palabra que nos dijera el presentador, otras veces teníamos que averiguar qué canción era con tan solo escuchar unos pocos segundos de la melodía y, casi al final de la cena, empezaron las pruebas de baile, en las que, además de acertar la canción, teníamos que ir saliendo a bailar para que nos dieran más puntuación.

Sara y yo, en cuanto escuchamos el ritmo de *Despechá* de Rosalía, salimos delante de todo el mundo y nos pusimos a cantarla y a bailar todo lo sensualmente que pudimos. Nos fijamos en los chicos, que en cuanto nos vieron allí delante de ellos se levantaron de sus asientos y nos vitorearon entre silbidos y palabras de ánimo que nos hicieron reír en varias ocasiones. Al terminar, se acercaron a nosotras y nos perrearon con la siguiente canción que sonó, que ni siquiera supe reconocer. Después de eso, tanto los de su despedida como las chicas de la nuestra salieron a bailar al centro de la sala, donde estábamos nosotras, y la fiesta continuó.

—Ya veo el plan que tenías esta noche —le dije a Álex mientras bailábamos *Playa del inglés* de Quevedo y Mike Towers con la copa que nos había sobrado de la cena.

—Llevamos toda la tarde en la despedida de mi primo y solo quiero irme a casa, pero ha sido verte y es como si me hubiera tomado un Jägerbomb.

Reímos.

—¿Has bebido mucho? —le pregunté.

—Qué va. Dos cervezas al principio de la tarde y esto. —Señaló la copa de su mano—. Oye, ¿por qué no nos escapamos?

—¡Es la despedida de tu primo!

—Míralo —dijo señalando con la cabeza a un chico que estaba disfrazado de tirolesa con una peluca rubia con trenzas a los lados—. Si me voy ni se va a enterar.

Dudé. Había venido con Sara y no quería que se enfadara de nuevo conmigo si la dejaba a solas. Pero Álex me hizo cambiar de idea en cuanto acercó sus labios a mi oreja y me susurró que se moría por estar conmigo a solas. Busqué a Sara con la mirada y la encontré besándose desesperadamente con Max, algo que me hizo gracia.

—Me iba a sentir mal si abandonaba a Sara, pero ya veo que la dejo en buena compañía.

Señalé con la cabeza hacia donde estaban y a Álex se le iluminó el rostro en cuanto los vio juntos.

—Vamos. —Me cogió de la mano y me guio entre la multitud hasta donde estaban los chicos besándose—. Eh, Max. Nosotros nos vamos.

Dejaron de besarse y nos miraron algo desorientados.

—¿Por qué? —preguntó Sara con toda la barra de labios desperdigada por su rostro.

—No me encuentro bien —solté para salvarnos. Álex apretó su mano contra la mía y me

acarició, un gesto inusual que me descolocó tanto que no supe decir más.

—Voy a acompañarla hasta casa, ¿os venís?

Fue una buena estrategia, porque ninguno de los dos quería irse de allí, así que enseguida declinaron la oferta de Álex y nosotros nos fuimos a escondidas sin que el resto de las personas se dieran cuenta.

—Somos unos mentirosos —dije en cuanto salimos del local—. Vamos a ir al infierno.

—Mientras que vaya contigo, voy a donde sea.

Dimos un paseo entre las calles llenas de gente ebria en las puertas de los locales. Era un ambiente tan fuera de lugar para nosotros que pillamos un taxi y Álex dio su dirección. Para que Sara no se preocupara, le mandé un mensaje diciéndole que estábamos más cerca de la casa de Álex y que me iba a llevar allí hasta que me encontrara mejor. Una mentira tan grande como una catedral, pero así evitaba que me preguntara al día siguiente en cuanto me viera entrar en casa.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté cuando estaba metiendo la llave en la puerta.

—Queríamos ir a un sitio más tranquilo, y como solo me sé el nombre de mi calle, es lo primero que se me ha ocurrido.

—Sabes donde vivo.

—Sí, sé dónde vives, pero no sé cómo se llama tu calle.

Nada más entrar me quité aquella camiseta tan fea y me quedé con el top color mostaza que me había puesto antes de ir a la despedida.

—Ven. —Me cogió de la mano y me llevó al salón.

—¿Vamos a ver una peli?

—No, algo mejor.

Se acercó hasta una gran ventana y, al abrirla, me enseñó un pequeño balcón en el que había dos sillas metálicas mirando hacia la calle.

—Parece el sitio ideal en el que se puede hablar de mil cosas a la vez.

—Has dado en el clavo —respondió satisfecho—. ¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor.

Se marchó hacia la cocina con una sonrisa de medio lado y yo aproveché para salir a aquel pequeño balcón que tenía vistas a la calle de atrás. Era tarde y no había nadie a esas horas, solo se escuchaba de fondo un camión de la basura recogiendo los contenedores.

—Toma —le escuché decir detrás de mí.

Di un buen sorbo y dejé el vaso en suelo. Ambos nos apoyamos en la barandilla casi al mismo tiempo y permanecimos en silencio. Era tan cómodo tener un momento así de pausa con Álex que nunca llegué a imaginar que pudiera tener esa sensación tan agradable con nadie. Era como si tuviera todo lo que necesitaba de la vida y no quisiera nada más.

—Te encuentro incluso cuando es imposible —dijo mirando hacia el frente.

—Te juro que no te estoy siguiendo —bromeé—. Sara me avisó hoy de que teníamos la despedida y yo ni me había enterado.

—Me alegro.

—Yo también… —respondí con un poquito de miedo.

—¿Por qué no quieres enamorarte? —preguntó de repente con un poco de enfado en su voz.

No me gustaba hablar de aquello, era demasiado personal para que lo supiera cualquier persona, pero el problema que tenía con Álex es que sentía como si pudiera contarle cualquier cosa que jamás me juzgaría, igual que me pasaba con Sara y Guille. Permanecí durante un tiempo pensando en si decirle la verdad o inventarme alguna excusa.

—No hace falta que digas nada si no quieres.

—No es eso. Es que es complicado y no sé por dónde empezar.

—Siempre hay que empezar por el principio. —Me guiñó un ojo mientras sacaba la lengua.

Le di un manotazo en el brazo. Estaba a punto de dar uno de los pasos más importantes que había dado nunca y me invadía por el cuerpo una sensación de malestar. En el fondo quería confiar en él y contarle todo lo que me daba miedo en este mundo, pero si lo hacía estaba abriendo una puerta que jamás podría volver a cerrar. Cuando le miré para intentar averiguar por qué me sentía así con él, me embargó tal sensación de paz al ver el perfil de su rostro que acabé por contarle un poquito más de mí.

—No tengo corazón, Álex. No quiero ser como mis padres. —Me senté en la silla para darme más tiempo antes de volver a hablar—: No quiero acabar como ellos.

Álex me miró y me imitó sentándose en la silla de al lado.

—¿Se divorciaron? —preguntó con curiosidad.

—Qué va, ojalá. Siguen juntos, pero no se quieren. Viven en una mentira constante.

Percibí cómo se giraba hacia mí a gran velocidad.

—Espera, ¿quieres que tus padres se divorcien?

Le miré.

—Si así fueran más felices, sí. Tiene que ser jodido estar con alguien al que quisiste mucho, pero por el que ya no sientes nada.

—¿Y cómo es que estás tan segura de eso? —Giró el cuerpo por completo en mi dirección, dándome a entender que estaba totalmente interesado en lo que tenía que contarle.

—Cuando tenía catorce años pillé a mi padre engañando a mi madre con otra mujer. Se lo conté a ella y, en vez de hacer lo que tenía que hacer, continuó con él por no quedarse sola.

Mi padre fue el hombre que más daño me produjo en la vida. Haber engañado a mi madre hizo que no creyera en el amor, porque si una pareja como ellos, que siempre se les veía tan enamorados, se mentían, ¿cómo iba a ser posible que yo encontrara a alguien que no lo hiciera?

—Joder, Mérida, tuvo que ser duro.

Me encogí de hombros.

—Descubrir que las parejas tienen ese tipo de secretos, en el que uno engaña a la otra y la otra se hace la loca, me hizo preguntarme: ¿para qué voy a intentar tener una relación con alguien que en un futuro puede hacerme daño? Ahora ya entiendes un poco mejor por qué no quiero enamorarme.

—Es que esa es una de las claves del amor. Confiar ciegamente en que esa persona no te va a hacer daño, y también hacer todo lo posible por no hacérselo tú.

—Como vivo es la mejor forma de no salir mal parada —respondí incómoda por lo que pudiera pensar—. No dejo que nadie me haga daño y yo no se lo hago a nadie. Es un método cien por cien eficaz.

Rio. Me cogió de las rodillas e hizo que me girara para estar frente a él. Que me tocara las piernas y que dejara sus manos sobre mi piel hizo que sintiera un leve cosquilleo en el estómago. El simple roce de sus dedos me ponía nerviosa.

—¿Y todo lo que te pierdes? Solo te centras en lo malo, pero no piensas en todo lo bueno, como por ejemplo despertarte junto a la persona que quieres, ver una película un sábado por la tarde con palomitas, fregar los platos cuando la otra persona cocina, bailar y cantar en el coche mientras te vas un fin de semana de escapada… Hay tantas cosas buenas que te estas perdiendo que ojalá algún día puedas abrir los ojos.

Mi cerebro se imaginó todos esos momentos con Álex y, en cuanto terminó de hablar, me acerqué a él y le besé. Le pilló tan de sorpresa que tardó en reaccionar, pero enseguida colocó su mano sobre mi mejilla y me acarició mientras nos besábamos. Sin apartar nuestros labios, me levanté de la silla y me senté a horcajadas sobre él, otra reacción que le pilló de nuevo por sorpresa. De un movimiento ágil, le quité la camiseta dejando al descubierto su dorado torso. Estaba tan perdida en sus labios que no me importaba en absoluto estar a la vista de cualquier persona que nos pudiera descubrir. Nuestra excitación cada vez iba a más, hasta que él paró de golpe.

—Quédate esta noche a dormir conmigo —me dijo de pronto.

Que me hubiera quedado una vez podía permitírmelo, pero era inviable quedarme a dormir otra noche con él, era demasiado arriesgado.

—No puedo. —Me expresó tanta tristeza con sus ojos que tuve que levantarme de él y mirar hacia otro lado—. Tengo que irme.

Me metí dentro del salón y fui derecha hacia la puerta en busca de mi bolso. Toda la situación con él se me estaba yendo de las manos. Tenía que huir.

—Espera, por favor —le escuché suplicar al otro lado del pasillo—. Por lo menos dame tiempo a que te llame un taxi.

—¿Por qué me has pedido que me quede a dormir?

Creo que no se esperaba aquella pregunta, pero al instante su rostro se relajó.

—Porque me gustas. Quiero pasar tiempo contigo, así de sencillo.

—Y así de complicado —respondí con un nudo en la garganta.

—No es tan complicado, mira.

Sucedió algo que jamás pensé que fuera a ocurrir. Me cogió de la mano y me llevó a paso lento hasta su habitación, en la que me empezó a besar con ternura, una sensación todavía extraña para mí.

—Confía en mí —me susurró al oído.

Asentí y le di permiso con la mirada. Volvió a besarme mientras me desnudaba con mucha calma. Primero me quitó el botón del pantalón y, cuando su mano rozó la piel de mi vientre, una sensación de calor me recorrió todo el cuerpo y mi corazón latió con fuerza. Los pantalones cayeron al suelo de un movimiento seco y Álex me hizo salir de ellos para sentarme sobre el borde de la cama. Sin apartar la vista de mis piernas, me desabrochó las zapatillas y liberó mis pies. Se fue hacia la cómoda sin decirme nada. Me levanté de la cama para ver qué estaba buscando, pero enseguida cogió algo del cajón y, cuando se dio la vuelta, sonrió. Me miró de arriba abajo y en ningún momento me sentí vulnerable medio desnuda frente a él. Al acercarse a mí me besó y me quitó el top. Estaba desnuda frente a él, pero en ningún momento me miró lascivamente. Desdobló la camiseta, la arremangó por el cuello y me la puso sin más.

Me tumbé en la cama y observé cómo se quitaba los pantalones vaqueros y se ponía unos cortos que tenía sobre una silla. Que me hubiera vestido con su camiseta me descoló. Pensaba que quería tener sexo conmigo y que después me quedara allí hasta el día siguiente, así que el hecho de que se estuviera tumbando a mi lado y me diera un beso en la frente antes de apagar la luz de la habitación, me hizo ver que de verdad él solo quería que durmiéramos juntos. Y aunque todo eso era nuevo para mí, me dejé llevar y me tumbé sobre su pecho, quedándome dormida escuchando los latidos de su corazón.

Capítulo 9

LA SINCERIDAD QUE LO CAMBIÓ TODO

Siempre he creído que el amor no existe y que solo se trata de una reacción química de nuestro cerebro en el que participan varios neurotransmisores, como la dopamina. Que esa sensación tan agradable y placentera tiene fecha de caducidad y que puede durar como mucho seis años, el límite que aguantan la mayoría de todas las parejas que había conocido hasta el momento. Pensando de aquella manera había conseguido esquivar lo que llamaban «amor» para disfrutar únicamente del sexo, sin atarme a nadie.

Hasta el segundo día que dormí con Álex.

Aquella noche me hizo cambiar un poquito la forma de ver la vida y, aunque despertarme con él fue algo realmente placentero, también fue una sensación cargada de miedo. Miedo a enamorarme; miedo a darle el poder de hacerme daño; miedo a que todo mi plan se estuviera desmoronando y no tener una vía de escape.

Cuando llegué a casa, Sara no estaba. Me preocupé porque no había ni un solo mensaje de ella en mi móvil y eso no era normal, así que la llamé para ver dónde estaba, pero nunca respondió. Al pasar las horas y ver que seguía sin tener noticias de ella, llamé a Guille por si conocía su paradero.

—Hola, mongola —dijo con cariño al descolgar.

—¿Sabes algo de Sara? —respondí sin ni siquiera saludarle.

—Hablé con ella ayer por la mañana, pero desde entonces nada, ¿por qué?

—Porque anoche fuimos a la despedida de Ana y nos separamos. No he vuelto a saber de ella y no responde a mis llamadas.

—¿La dejaste sola?

—No. Se quedó con las chicas y con Max.

Se hizo un silencio.

—Ahí tienes la respuesta. Pregúntale a él —concluyó con una voz firme.

—No tengo su teléfono.

—Pero seguro que conoces a alguien que sí… —dijo en tono burlón.

Puede que a Guille no le contara tantas cosas como a Sara, pero siempre se enteraba de todo, y no sabía si era porque el muy capullo era muy observador o porque Sara se iba de la lengua con él.

No quería ponerme en contacto con Álex porque prácticamente había huido de su casa nada más despertarme y ni siquiera había esperado a que él lo hiciera, pero me sentía tan culpable por haber dejado sola a Sara que me armé de valor y marqué su número.

—Por lo menos sé que quieres saber de mí —soltó en cuanto descolgó.

—Álex, necesito que llames a tu hermano.

—¿Qué ha pasado?

—Sara no está en casa y no responde a mis llamadas.

—Estarán bien, no te preocupes.

—No lo entiendes. Los hombres no tenéis ese peso sobre los hombros si dejáis a un amigo solo. Nosotras sí. Nosotras tenemos que avisar cuando llegamos a casa para que la otra pueda descansar tranquila, y si no sabes nada de tu amiga al día siguiente te imaginas que ha pasado lo peor. —Me tomé un segundo—. Por favor, Álex, no sé nada de ella desde ayer.

—Dame un segundo. Ahora te llamo.

Aquellos cinco minutos que esperé a que Álex volviera a llamarme se me hicieron como si hubieran pasado cinco años. La paranoia se incrementaba cada vez más en mi mente y no podía dejar de sentirme culpable por si le había pasado algo a Sara. Cuando Álex me llamó, noté una extraña sensación en el estómago y me dieron arcadas.

—Dime que has tardado tanto porque te han respondido.

—No. Voy a ir su casa a ver si están allí.

—Quiero ir contigo.

—Vale. Me visto y paso por tu casa. Ahora te aviso.

Aproveché para cambiarme de ropa y ponerme algo más cómodo, por lo que me puse un vestido de tirantes de color amarillo con florecitas blancas. Nada más entrar en el coche de Álex, detecté que su aroma estaba impregnado por cada recoveco y me atontó tanto que ni siquiera le saludé al entrar. Mientras íbamos a la casa de su hermano, apoyó su mano sobre una de mis piernas y la acarició, como si de esa manera intentara calmarme. Por suerte me transmitió tanta paz que funcionó.

—¿Tienes llaves? —pregunté cuando paramos frente al portal.

—Sí —respondió sacándolas de su bolsillo—. Pero prefiero llamar primero.

Apretó el botón del telefonillo de manera insistente, pero no recibimos respuesta, así que abrió la puerta y subimos en el ascensor. Antes de entrar, volvimos a intentarlo llamando al timbre, pero tampoco obtuvimos respuesta.

—Por favor, abre ya la maldita puerta.

—No sería la primera vez que me encuentro a mi hermano acostándose con una chica por no llamar lo suficiente. Es para asegurarme de que no me voy a traumatizar por décima vez.

Sonreí, pero le metí más prisa. Al abrir la puerta, aquel pequeño pasillo no me dijo nada, como si no hubiera pasado nadie por allí en varios días. Álex fue el primero adentrarse en la casa y yo le seguí. Fuimos habitación por habitación hasta que llegamos a la última de la casa, el dormitorio que tenía la puerta cerrada. Al abrirla nos miramos confusos. No se veía nada, estaba completamente a oscuras. Encendimos la luz y nos encontramos una imagen perturbadora para mi inocente mirada. Max y Sara estaban tumbados, completamente desnudos sobre la cama, con la sábana enrollada entre sus piernas y plácidamente dormidos. Lo primero que hice fue apartar la vista a toda velocidad y luego miré a Álex.

—¿Qué te dije? —Rio a carcajadas—. No es la primera vez que me pasa.

—¿Cómo puedes seguir con tu vida con tanta tranquilidad después de ver esto? —Señalé con la cabeza en dirección a la cama—. Madre mía, es un cliente con mi mejor amiga… No voy a poder superarlo nunca.

Álex rio más fuerte y los chicos se quejaron en la cama.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un susurro.

—Pues hacer que pasen vergüenza.

Agarré uno de los cojines que había tirado en el suelo, apunté a un lugar en el que ambos se estaban abrazando y les tiré el cojín con fuerza. Se llevaron tal susto que no pude evitar descojonarme de ellos, a lo que Álex me siguió. Sin apenas abrir los ojos del todo, analizaron la habitación y, en cuanto se percataron de nuestra presencia, se les escapó un grito y su instinto les hizo buscar la sábana para cubrirse. Álex y yo no pudimos parar de reír.

—¿Qué coño hacéis aquí? —preguntó Max realmente enfadado.

—No dabais señales de vida, teníamos que comprobar que estuvierais bien —contestó Álex.

—Sara, a ti ya te vale. Que yo anoche te mandé un maldito mensaje para que no te preocuparas.

—Se me pasó, ¿vale? —Intentó taparse más—. ¿Podríais iros ya? Esto es muy incómodo, jolín.

Hicimos caso y nos marchamos entre risas.

—¿Has visto cómo ha merecido la pena que pasaran vergüenza?

—Ha sido lo mejor de este año —comentó Álex.

Sara me echó una señora bronca en cuanto llegó a casa. Pero le duró poco el enfado porque quiso contarme con detalle todo lo que le gustaba Max y lo increíble que había sido el sexo con él, aunque hubieran estado borrachos.

El fin de semana siguiente, quedamos las dos con Guille para ir al cine. Había pasado mucho tiempo desde que hicimos un plan decente los tres y queríamos pasar más tiempo juntos. Cuando Sara y yo llegamos al cine, Guille estaba mirando la cartelera porque le tocaba elegir la película. La última vez le había tocado a Sara elegir una, siempre nos turnábamos para hacerlo.

—¿Ya sabes cuál vamos a ver? —le pregunté nada más llegar a su lado.

Guille se giró a ambos lados para mirarnos a las dos y, con cara de enfadado, volvió a observar la cartelera.

—No me decido si quiero una de miedo o de acción.

—De miedo no —suplicó Sara—. Sabéis que lo paso muy mal.

—Ya, pero siempre que te toca a ti me tengo que comer pelis ñoñas, así que, sintiéndolo mucho, me acabo de decidir por la de *Respira mientras puedas*.

—Guay —dije. A mí me daba igual la película que viéramos mientras pasara tiempo con ellos —. Vamos a por las palomitas, yo invito.

—Yo voy a por las golosinas —soltó Sara—. Porque si compro yo las entradas elegiré otra peli.

—Pues ahora nos vemos —dijo Guille mientras se dirigía al mostrador.

—Guille —grité para que me oyera—. Hoy no te libras de contarnos lo que pasó al final con la parejita esa.

Me miró enfadado y me sacó el dedo corazón.

Estaba esperando a que nos prepararan las palomitas cuando mi teléfono empezó a sonar dentro del bolso, y aunque quise evitar mirar por si era una llamada del trabajo, algo en mi interior me decía que tenía que responder. Era Álex.

—¿Hola? —pregunté extrañada. No solíamos hablar por teléfono.

—¿Tenéis algo que hacer mañana por la noche? —dijo sin saludar.

—Define «tenéis».

—Tus amigos y tú. Mi hermano va a dar una pequeña fiesta en su casa y me ha pedido que os

invite.

—Me parece raro que seas tú el que me lo esté diciendo y no Sara…

—Max está hablando ahora mismo con ella, solo que a mí me apetecía decírtelo directamente.

Me giré hacia la zona de las golosinas y aprecié que Sara estaba hablado pletórica por teléfono con alguien.

—Acabo de comprobarlo. Y veo a Sara tan emocionada que nos va a hacer ir sí o sí.

Álex rio al otro lado del teléfono y un hormigueo me recorrió el estómago. Era agradable la sensación de hacer reír a alguien, pero nunca había reparado en ello hasta que no descubrí que me gustaba hacerle reír a él.

—Genial. Toda la información de la fiesta ya te la dirá Sara. Qué ganas de volver a verte…

—¿Qué información? —pregunté evitando que se me escapara una sonrisa al haberle escuchado decir aquella frase.

—De lo que tenéis que traer.

Guille vino con las entradas en la mano y con la frente arrugada. En cuanto colgué me echó la bronca por no haber comprado todavía las palomitas y le comenté lo que había sucedido para que no me matara. Siempre que él tenía hambre era mejor darle de comer o se volvía una persona insoportable. Sara se acercó eufórica a nosotros con dos bolsas gigantes de golosinas en las que seguramente se había dejado un dineral, pero estaba tan entusiasmada que seguramente ni se habría dado cuenta. Incluso vio la película sin rechistar y riéndose tras cada susto, algo totalmente extraño en ella.

Al día siguiente, Sara nos explicó en qué iba a consistir la fiesta que iba a organizar Max, y en vez de ser una reunión cargada de alcohol y música, como podía ser habitual, iba a estar llena de comida. Nos explicó que la única condición para entrar en la fiesta era llevar algo de comer que empezara por la primera letra de nuestro nombre y que nadie podía saber qué era para que todo fuera una sorpresa, por lo que, unas horas antes de que empezara la fiesta, me fui a comprar. Como no teníamos ningún tipo de restricción sobre lo que había que llevar, compré una gran tartera de macarrones con tomate, que estaban recién hechos, y varios mangos para hacer la gracia.

En cuanto llegué, Max me abrió la puerta e hizo que pasara con urgencia. La única vez que estuve allí les había pillado totalmente desnudos y era una imagen que me iba a costar sacarme de la cabeza. Al entrar al salón, solo reconocí tres rostros de los siete que había allí. Todo el mundo estaba sentado alrededor de una gran mesa ovalada y se giraron en mi dirección cuando entré.

—Por fin —dijo Sara dando golpecitos en la mesa.

—No he tardado tanto, ¿cómo has llegado antes que yo?

—Porque ya lo tenía todo preparado. —Me guiñó un ojo.

Álex se levantó de la silla, que estaba sentado a la izquierda de Guille, y acudió a mi lado para abrazarme.

—¿Te ayudo con las bolsas?

—No hace falta. ¿Dónde me siento?

—Allí —dijo señalando con la cabeza hacia un sitio libre que había entre dos chicas que, obviamente, no conocía.

Después de las presentaciones oficiales, Max nos avisó de que nos iba a grabar mientras mostrábamos lo que habíamos traído. Primero teníamos que decir nuestro nombre y después enseñar la comida. Y quien mejor lo hiciera recibiría un premio.

—Venga, ¿quién quiere empezar? —preguntó después de preparar la cámara.

—Yo, yo —se atrevió Sara.

Max sonrió con satisfacción y apuntó con el móvil en su dirección. Pasaron unos pocos segundos hasta que le hizo un gesto con la cabeza para que empezara a hablar.

—Hola, mi nombre es Sara y he traído —dijo al intentar sacar de la bolsa lo que había comprado— salchichas y… sobaos pasiegos.

Todos reímos y Max giró la cámara hacia la siguiente persona.

—Buenas, me llamo Guille y yo he traído para cenar… guindillas. —Enseñó la bolsa a la cámara.

—¡Hola! Mi nombre es Clara y yo he traído chocolate —dijo la chica que estaba sentada frente a mí.

Todos la vitoreamos, ya teníamos el postre, y era algo que gustaba a todo el mundo. El resto de las personas que no conocía trajeron refrescos, burritos, patatas fritas, pimientos… Y llegamos al turno de Max antes de que nos tocara a Álex y a mí.

—Mi nombre es Max y de cena he traído magdalenas y… ¡milanesas de pollo!

Terminamos de presentarnos el resto y acabamos con la mesa llena de comida totalmente aleatoria, pero no podíamos quejarnos porque acabamos comiendo un poquito de todo. Después de engullir hasta reventar, Max nos explicó la siguiente prueba que haríamos a continuación. Había preparado un juego de imitaciones por equipos en el que Álex, una de las chicas llamada Clara y yo acabamos ganando por goleada al resto.

La fiesta no duró mucho más. Después de unos bailes, Max nos terminó echando a todos de su casa educadamente porque estaba deseando quedarse a solas con Sara esa noche. Guille y yo iniciamos el camino para nuestras casas cuando Álex nos pidió unirse a nosotros y le acabamos diciendo que sí. Los chicos no habían tenido la oportunidad de conocerse, así que, en aquel escaso paseo de unos veinte minutos les dio tiempo a hablar de mil cosas y me sorprendí al ver que se llevaban tan bien.

—Bueno, chicos, yo cojo el metro aquí.

—¿Seguro? —respondí extrañada—. Podemos caminar hasta la siguiente parada.

—No, mañana he quedado pronto y quiero llegar a casa cuanto antes.

—¿Con quién? —pregunté levantando y bajando las cejas con velocidad—. ¿Con el chico o la chica?

Guille me hizo una peineta antes de abrazarme y llamarme «zorra» al oído, y me descojoné de risa. Se despidió de Álex con un apretón de manos y nosotros seguimos caminando hacia mi casa mientras hablábamos de la relación que estaban forjando Max y Sara, que, al parecer, a ambos nos daba un poquito de miedo.

—¿Crees que se van a hacer bien? Sara tiene una mala idealización del amor y puede que Max no llegue a estar al nivel que ella espera.

—Ellos sabrán lo que hacen. Son mayores para decidir si quieren intentarlo o no. Lo único que puedo decirte es que nunca había visto así a mi hermano, con nadie.

—¿Así cómo?

—Ilusionado. Me habla de Sara como si fuera la única mujer del mundo. Como si… como si viera un futuro con ella.

—Pues Sara está siendo todo lo contrario. Apenas me cuenta nada de Max. Si sé algo es porque le insisto para que me lo diga y lo acaba haciendo, pero ella nunca había sido así con nadie. Siempre me lo contaba todo.

—Vamos, que los dos se están comportando de una manera que no habíamos visto nunca. Supongo que eso será bueno.

—Sí… —Permanecimos en silencio. No sabíamos qué hacer. La tensión sexual que tenía con él era tan grande que necesitaba que nos acostáramos para que todo acabara y poder pasar a otra cosa, como hacía siempre—. ¿Quieres subir a casa?

Miró hacia el portal y de nuevo a mí.

—Es mejor que me vaya —respondió intranquilo.

Aquella respuesta me molestó. Parecía como si estuviera evitando quedarse a solas conmigo y no comprendía esa reacción tan infantil de su parte.

—¿Por qué no quieres acostarte conmigo? Es obvio que los dos queremos —solté con furia.

A Álex le pilló por sorpresa aquella pregunta y no supo muy bien cómo reaccionar, incluso llegué a pensar que estaba replanteándose escapar de allí y no volver a mirarme en la vida.

Ese momento en el que haces una pregunta que te ha costado soltar y la otra persona tarda en responder es cuando más tensión puedes llegar a sentir en la vida, ya que es imposible saber lo que se le está pasando a la otra persona por la cabeza.

—¿A qué viene esa pregunta? —comentó aparentemente incómodo.

—Es que parece que estás intentando evitar que nos acostemos. Y no vale decir que sería mezclar demasiado nuestras vidas porque esa frase ya me la conozco yo.

—Jamás te mentiría.

—No me mientes, pero evitas decirme la verdad, que es casi lo mismo.

Se acercó más a mí y me sujetó el rostro con sus gruesas y suaves manos. Me miró unos segundos con dulzura antes de hablar:

—Vente conmigo la semana que viene a la boda de mi primo —pidió sin venir a cuento, pero consiguió lo que quería: descolocarme.

—¿Qué? —Me eché hacia atrás y dejé de notar el calor de sus manos sobre mis mejillas.

—No, claro que no. Ir a una boda con alguien es algo de…

—De parejas —dijo acabando la frase por mí.

—¿Y esto a qué viene?

—No puedo acostarme contigo, Mérida, porque tengo la sensación de que cuando lo hagamos ya no volveré a verte más en la vida, y eso me aterra. Buenas noches.

Dio media vuelta y se marchó. Me costó reaccionar a sus inesperadas palabras. Estaba tan descolocada que tardé al menos una hora en subir a casa. Todo se complicaba demasiado. Había dejado que mi plan se descontrolara y estábamos empezando a sentir cosas que no debíamos. Por una parte, que yo le hubiera dicho que no iba a acompañarlo a la boda, y que él se hubiera ido así sin más, hizo que me sintiera un poco más aliviada respecto a lo que había empezado a surgir entre nosotros, porque seguramente después de aquella noche no volveríamos a hablarnos.

Sara estuvo durante toda esa semana pidiéndome que la acompañara a ver vestidos para la boda en cuanto saliera del trabajo. A Max también se le había ocurrido la idea de invitarla y a ella, obviamente, le había parecido lo más perfecto del mundo.

Yo no era mucho de ir de compras, pero cuando tenía que hacerlo prefería ir sola para ir a mi ritmo. Tampoco era de acompañar a nadie, salvo a Guille, ya que ir de compras con él era tan fácil que terminábamos enseguida y después íbamos a tomarnos algo, no como aquella semana con Sara. Acabamos yendo a más de veinte tiendas diferentes y en ninguna había encontrado un vestido que le gustara, aunque yo la veía increíble con todos los que se ponía.

—Sara, no puedo más, los pies me van a explotar.

—Regla número uno para ir de compras: no ir en tacones.

—¡Ni siquiera me has dejado cambiarme! —rechisté al salir de otra tienda en la que no le había gustado nada—. Elige bien cuál va a ser la siguiente, porque después de esta me voy a casa.

—Vale, a ver… —Observó cada una de las tiendas a las que no habíamos ido del centro comercial y señaló una—. Esa. Tengo un buen presentimiento con esa.

Entramos a una tienda plagada de vestidos preciosos por todas partes. A Sara se le iluminaron los ojos y se fue corriendo hacia una de las paredes en la que había varios vestidos de tirantes colgados.

—Meri, lo que me parece raro es que Álex no te haya pedido que te vengas con nosotros. Sé que no tenéis nada —aclaró de pronto—, pero me da la sensación de que le gustas de verdad y lo normal es que se propongan esas cosas…

—No, si Álex me lo pidió, pero le dije que no.

Dejó de ojear de golpe y me miró como si le acabara de confesar que había matado a alguien. Ojalá no le hubiera dicho nada, pero ya era demasiado tarde.

—¿No vas a venir?

—Claro que no. Es algo que hacen las parejas.

—Pero os habéis besado unas cuantas veces… Os gustáis…

—Eso no es cierto. Ya sabes que mi plan se me ha ido de las manos, pero que me propusiera lo de la boda ha sido lo mejor que ha podido hacer, porque no nos hablamos desde entonces.

—Jopé, Meri. Eso no está bien.

—Pero a ver, ¿no eras tú la que quería que dejara todo el plan a un lado y no jugara con él? Es lo que estoy haciendo.

Se quejó con un soplido y puso los ojos en blanco, totalmente enfadada. La conocía demasiado como para no saber que lo que vendría a continuación no sería bueno.

—No te creo. ¿Cómo puedes ser así? Te gusta, Mérida, ¡te gusta! No es malo que te guste un tío. Es absurdo que no te dejes llevar y que con esa estúpida idea de que no crees en el amor le estés haciendo daño a él y a ti misma.

—Soy feliz así —respondí a la defensiva.

—Claro que puedes ser feliz estando soltera, nadie te ha dicho lo contrario. Lo que me parece absurdo es que no te dejes llevar por lo que sientes. Es lo que siempre has hecho y ahora te estás cohibiendo.

—No quiero que me hagan daño…

—Nadie quiere que le hagan daño —respondió sabiamente—. Pero al igual que otras personas pueden llegar a tener el poder de hacernos daño, nosotros también obtenemos ese poder. Y si te hieren, se pasa mal, pero se supera y nos hacemos más fuertes. Además, no he conocido mujer más fuerte que tú.

—¿Qué me quieres decir con todo esto? ¿Es que al final me estás dando tu bendición?

—No te hace falta mi bendición para salir con nadie. Solo quiero que más adelante no te arrepientas nunca de no haberlo intentado, porque esa sensación sí que da más miedo a que te hagan daño.

—Joder, Sara, a veces tienes una labia que me fascina. Venga, vamos a buscarnos un vestido.

Capítulo 10

ÁLEX

Sentir conexión con alguien, y notar que es recíproco, hace que las ganas de vivir que ya tenías aumenten considerablemente. Sin quererlo, empiezas a imaginar una posible vida con aquella persona, porque los seres humanos somos así, soñadores. A pesar de que pretendemos no hacernos ilusiones, porque alguna vez nos hemos llevado un chasco, es inevitable no pensar en lo bien que dormirías junto a ella, o las ganas que tienes de ir a comprar ese mueble que te hace falta y que te dé su opinión para así tener una pequeña parte de esa persona en tu casa. Pero ¿qué sucede cuando sabes que esa persona nunca se ha enamorado y tampoco pretende hacerlo? ¿Sigues luchando por lo que habéis sentido o, en cambio, intentas olvidar esa conexión? Yo tenía muy claro que quería luchar, pero me daba miedo que me volvieran a dañar como lo habían hecho hacía unos años, así que había momentos en los que no me reconocía cuando intentaba frenarme con Mérida. Todo sería mucho más fácil si ambos nos dejáramos llevar como deseábamos hacerlo, pero estúpidamente nos frenábamos, no como mi hermano con Sara, que eran libres de quererse bien.

Que Sara hubiera confirmado que asistiría a la boda con mi hermano a él le supuso una alegría inmensa, al contrario que a mí, que me dio un poquito de celos. A pesar de que la situación de ellos era distinta, porque los dos tenían ganas de enamorarse y por eso se dejaban llevar, no podía quitarme la idea de la cabeza de que Mérida algún día entraría en razón y me diría que quería intentarlo conmigo, pero en el fondo sabía que eso no ocurría.

Dos días antes de la boda, me avisaron de que la casa ya estaba terminada. Habían conseguido acabar unas semanas antes de la fecha oficial porque el director de la obra era uno de mis mejores amigos. Y no podía ser más perfecto. Tenía planeado que después de la boda comenzaría con la mudanza e intentaría que estuviera todo listo en la nueva casa antes del viaje a Londres con mi hermano. El mismo día que me avisaron de que podía ir a la casa, había quedado con Max para ir a comprarnos unas corbatas nuevas para los trajes que ya teníamos, pero no podía aguantarme las ganas de que me dieran las llaves de mi primera casa.

—Hola, Al, ¿ya estás de camino? Recuerda que hemos quedado en media hora y tú eres de los que tardan —soltó mi hermano nada más responderme a la llamada.

—Te he dicho cuatro millones de veces que no me llames así. —Puse los ojos en blanco—. Cambio de planes.

—No puedes hacerme esto. Sabes que necesito comprarme una corbata del mismo color que el vestido de Sara.

—Sí, lo sé. Es solo para avisarte de que vayas bajando ya, porque vamos a hacer una parada

primero antes de ir a por las corbatas.

Por más que me preguntó, conseguí no decirle nada. Pero en cuanto salimos de Madrid supo a dónde nos estábamos dirigiendo. Marcos, mi amigo, nos esperaba en la puerta del muro con una amplia sonrisa en el rostro cuando llegamos. Estaba despeinado, con la camiseta blanca de manga corta llena de manchas de pintura y suciedad, el uniforme de una persona que se había involucrado en su trabajo.

—¿Está terminada? —me preguntó con ilusión—. ¿Ya?

—Al parecer, se han adelantado. Espero poder hacer la mudanza antes de que vayamos a Londres.

—Joder, ¡es increíble!

Se bajó del coche y fue corriendo a abrazar a Marcos. Después de apagar el motor, con más tranquilidad que mi hermano, fui hacia él y le di un gran abrazo.

—Llevo semanas sin venir. No me puedo creer que ya vaya a verla terminada.

—Toma —dijo él ofreciéndome unas llaves que cogí con ganas.

Abrí la puerta del muro y nada más entrar nos sorprendimos al ver la casa y el césped, que olía a recién cortado. El porche y las ventanas de madera oscura resaltaban con la fachada pintada de blanco. Con ilusión y ganas, fuimos casi corriendo hacia las escaleras del porche y le di las llaves a mi hermano para que fuera él la primera persona en abrir la puerta, un gesto que le hizo verdadera ilusión.

Al entrar, el olor a pintura y madera nos invadió por todas partes y recordé cuando nuestros padres compraron la última casa en la que habían vivido juntos. Olía a nuevo, como lo llamaba yo. Nada más atravesar la puerta nos recibía el salón, que se extendía hacia la izquierda. Caminamos por aquel suelo de madera hasta llegar a la puerta de la cocina, que ya estaba equipada con los muebles y la isla que había pedido por catálogo meses antes. Al salir, echamos un vistazo al aseo y subimos por las escaleras hasta el segundo piso, donde se encontraban los dos dormitorios y una sala diáfana con las ventanas colocadas en el techo. Me asomé a la habitación de invitados y después fui directamente a la que sería la mía, en la que dentro había dos puertas, una que daba al vestidor y la otra a un baño privado con ducha y bañera, tal y como les gustaban a los americanos.

—Cómo mola la casa. ¿Te vas a pedir días libres para la mudanza?

—Para eso tendría que hablar con el jefe, y a veces es un poco cascarrabias. —Le guiñé el ojo.

—Yo te concedo tu día de mudanza en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —dijo mientras me bendecía con la mano—. Oye… ¿No vas a llamar a papá para contárselo?

—No, ni se te ocurra decirle nada.

—Álex, sabes que papá ha cambiado —me dijo en un tono conciliador.

—No quiero que sepa nada de mi vida, así que ni se te ocurra.

No quería que mi padre estuviera en ese momento tan importante de mi vida, pero sí pensé en Mérida. En enseñarle el vestidor que me habían construido y el doble fregadero que tenía en la cocina para ver cómo se ilusionaba con ello. Pensé en llamarla y contárselo, pero Max me metió prisa para que fuéramos a comprar las corbatas y aparté esa idea de la cabeza.

—¿De qué color te tienes que comprar la corbata? —le pregunté mientras aparcaba el coche entre dos columnas.

—Según Sara, verde esmeralda.

—¿Qué color es ese?

—Ni idea, pero yo en las tiendas voy a preguntar por ese color como si supiera y listo.

Reímos a carcajadas.

—A ti te quedaría bien una corbata de color púrpura.

—¿Púrpura? Pero ¿qué estás diciendo?

—Sí, sí —respondió totalmente convencido—. Además, el primo dijo que los que no iban con pareja tenían que llevar la corbata de color púrpura.

—¿En serio? —pregunté confuso al parecerme una de sus mentiras.

—Sí, está en la invitación. —Tragó saliva forzosamente—. ¿Es que no la leíste o qué?

—La verdad es que no.

—Pues eso, vamos a comprarlas.

Fuimos a tres tiendas diferentes hasta que conseguimos encontrar las corbatas del color que él quería, incluso fue muy minucioso para que yo me comprara la mía, porque no le servía cualquier púrpura que encontrábamos, pero no le di mucha importancia. Aproveché que estábamos allí y me compré unos zapatos nuevos. Estuve tentado también a comprarme una camisa para sustituir la que me había manchado Mérida de café meses atrás. Había intentado quitar la mancha en casa, pero solo pensar en deshacerme de esa camisa me generaba malestar y preferí dejarlo para otra ocasión.

Al día siguiente, en el despacho, hubo un momento en el que tuve unas ganas inmensas de hablar con Mérida. No quería que lo que teníamos acabara como lo había hecho, y aunque solo llegáramos a ser amigos, puede que me valiera eso en un futuro. Lo único que teníamos que hacer era no volver a besarnos nunca más y así, de esa manera, se me acabaría olvidando lo bien que me sabían sus labios y todo sería mucho más fácil. Pero justo cuanto estaba a punto de mandarle un mensaje, mi hermano entró como loco a mi despacho para que le ayudara con la presentación de Cronos, un asunto que le estaba dando unos enormes quebraderos de cabeza.

—Álex, por favor, necesito que vengas a mi despacho.

—Te acabo de decir que voy ahora —dije mirando a la conversación de WhatsApp que tenía con Mérida—. Cinco minutos y voy para allá.

—Necesito que vengas ahora.

Levanté la mirada y le encontré con una expresión demasiado tensa, algo que no solía ver muy a menudo en él. Sin dudarlo, me levanté y le seguí hasta su despacho. Se sentó en su silla a toda prisa y, tras cerrar la puerta, me senté frente a él.

—¿Qué te ocurre?

Se quejó y revolvió su pelo con frustración antes de hablar:

—Acabo de tener una movida con el Carlo ese. Cada día que pasa tengo más miedo de que vaya algo mal en Londres.

—¿Por qué iba a ir mal? —pregunté de forma tranquilizadora—. La última vez que fuimos hizo los cambios que le pediste.

—Pero no me transmite confianza. Hay momentos en los que me arrepiento de elegirle a él. La idea de Mérida era mejor, no había que pulirla tanto. No sé por qué tomé esa decisión.

—Habla con la gerente y díselo. Tú eres el que paga, tienes poder de decisión.

—Pero ¿qué imagen estaría dando si ahora me echo para atrás?

—La de una persona que tiene el derecho de cambiar de opinión. La presentación es muy importante y todo tiene que salir bien. Si no confías en la persona que nos va a representar tienes derecho a elegir a alguien que sí te la dé.

—Tú solo me dices eso porque desde el primer momento quisiste que eligiera a Mérida porque te gusta. —Subió y bajó las cejas repetidamente.

—¿Y eso qué tiene que ver? Cuando me pediste mi opinión, yo te dije la verdad, lo que pensaba. Y en ese momento Mérida me caía muy mal, créeme.

Max rio a carcajadas y me señaló con el dedo, como cuando éramos pequeños.

—La que te ha liado la chica esta, hermano. Quién iba a decir que después de lo de Patricia…

—No vuelvas a decir su nombre. Ya sabes que está prohibido.

Patricia fue la mujer que más daño me hizo en el mundo. No solo porque me engañara con otro hombre a falta de dos semanas para nuestra boda, sino porque después de que pasara un tiempo considerable desde nuestra ruptura me di cuenta de que ella nunca me había querido como yo necesitaba que me quisieran, es decir, me quiso a medias. Si yo daba el cien por cien de mí en nuestra relación, ella ni siquiera daba la mitad. Esa situación no hubiera importado si un día yo solo hubiera podido dar un treinta por ciento de mí y ella diera el setenta por ciento restantes, compensando el amor que nos damos y formando un equipo en el que cuando uno no puede dar más, lo da el otro y viceversa. Pero con ella nunca fue así. Estaba tan cegado por el amor que sentía que me conformaba con las migajas que me daba, y a pesar de que hoy en día agradecía que la boda se hubiera cancelado, me seguía haciendo daño recordarla.

—Lo siento, lo siento. Si te sirve de ayuda, Mérida sí que me cae bien.

—Ya da igual, Max. Hemos visto que lo nuestro no puede funcionar. Llevamos casi una semana sin vernos.

Se recostó en el sillón, pensativo, antes de hablar de nuevo:

—Eso ya os ha pasado y os volvisteis a ver. No seas tan negativo.

Me levanté de la silla porque no me apetecía tampoco hablar de ella.

—Me voy a terminar unas cosas que he dejado pendientes y me largo al gimnasio. ¿Mañana a qué hora tengo que recogerte para ir a buscar a Sara?

—No te preocupes, vamos a ir en mi coche.

Me resultó extraña su respuesta.

—Pero si tú eres de beberte hasta el agua de los floreros.

—Hombre, es que no me voy a cortar ni un pelo. No te preocupes, hemos alquilado una habitación cerca del sitio donde se hace el convite.

—Vosotros veréis, si cambias de idea me lo dices.

La boda iba a celebrarse en una pequeña parroquia de Algete a las doce y media de la mañana, lo que implicaba tener que levantarse temprano para vestirse y estar allí al menos media hora antes de la ceremonia, y no me fiaba de la puntualidad de mi hermano. Nada más levantarme, salí a correr unos cuantos kilómetros por el barrio al ritmo de *Makes Me Wonder* de Maroon 5 y, al terminar, me metí directamente en la ducha. Permanecí durante toda la mañana pensando en Mérida, en lo guapa que estaría como mi acompañante en la boda y lo bien que nos lo pasaríamos juntos bailando después de la comida. Pero intenté quitarme esa idea de la cabeza y centrarme solo en vestirme con el traje, que me daría un calor horrible, y de hacerme el nudo de la corbata que me había insistido tanto mi hermano que me comprara.

Salí tan temprano que llegué incluso antes de lo que pretendía. Aparqué el coche detrás de la parroquia y, al dirigirme a la parte delantera, ya había algunos familiares esperando en la puerta a los que hacía años que no veía. Nos saludamos con alegría, me contaron cotilleos de gente que ni siquiera sabía quiénes eran y, cuando me preguntaron por mi hermano, me di cuenta de que aún no había llegado y decidí llamarle por teléfono.

Un tono, dos tonos…

—¿Sí? —respondió una voz femenina que me confundió.

—¿Hola?, ¿está Max por ahí?

—Ay, Álex, soy Sara. Estamos buscando sitio para aparcar, en nada estamos allí.

—Vale. No tardéis mucho que aquí hay familia que no para de preguntarme por él.

—Ay, qué ilu, voy a conocer a vuestra familia.

—Sara, cuelga ya que necesito que me digas si vienen coches por ese lado —escuché decir a mi hermano a lo lejos.

—Ahora nos vemos, Álex.

Solo quería que el día pasara rápido y estar de vuelta en casa. Ir a celebrar el amor de dos personas, después de lo que me había sucedido, no me hacía especial ilusión, y más cuando no iba a ir solo con mi hermano, sino que también se había apuntado la chica con la que estaba saliendo. Algo totalmente comprensible, pero que no dejaba de darme algo de envidia.

—Eh, Álex.

Me giré hacia la voz que me llamaba a lo lejos y descubrí a mi hermano con un traje negro y, agarrada de su brazo, a Sara con un vestido largo de tirantes de color verde, del mismo color que la corbata de Max. Hacían una pareja increíble. Me sorprendió que mi hermano se hubiera echado tanta gomina en el pelo, pero al ver que Sara se había hecho un recogido en el que no se le escapaba ni un solo mechón, intuí que iban a la par también en cuanto al peinado.

—Pero qué pareja de guapos —dije nada más acercarme a ellos.

—¿Y tú? ¿Te has visto? —respondió Sara con una sonrisa antes de darme dos besos.

—Bueno, yo casi siempre voy con traje, no es nada nuevo.

—Oye, Álex, ¿te importaría ir a mi coche a ver si lo he cerrado bien? Quiero presentar a Sara a la familia y es para no hacerla volver con los tacones.

—Claro, dame las llaves.

Me las lanzó y las cogí al vuelo.

—¿Dónde lo has dejado?

—Ahí —dijo señalando detrás de él—. Nada más girar en esa calle a la derecha.

—Ahora vengo.

Nuestros caminos se separaron. Ellos continuaron hacia la parroquia y yo puse rumbo a su coche con ganas de escapar durante unos segundos de allí. En cuanto giré la calle me quedé tan petrificado que incluso las llaves se me cayeron al suelo. Mérida, que iba vestida con un precioso vestido largo satinado de color morado, caminó hacia mí con una sensualidad arrebatadora, recogió las llaves del suelo y me las ofreció.

—¿Se te ha olvidado cómo se sujetan las llaves o qué? —Esbozó una sonrisa.

—Has venido… —respondí sin apenas poder formar una frase de lo asombrado que estaba.

—Sara tiene mucha labia. Esta mujer podría llegar a ser presidenta del gobierno si se lo propusiera. —Me cogió la mano y colocó dentro las llaves del coche—. ¿Tan mal estoy que no eres capaz ni de hablar?

Sacudí la cabeza y respiré hondo antes de volver a decir nada.

—No…

Fue tanta la sorpresa de verla allí, y así de preciosa, que mi cerebro se había cortocircuitado. Su pelo, que estaba perfectamente ondulado, lo tenía recogido solo de un lado, dejando ver así su adorable mejilla y los pendientes de su oreja izquierda. Me fijé en que tanto las uñas como los labios se los había pintado del mismo color del vestido, y en un momento de lucidez me miré la

corbata.

—Has elegido una corbata del mismo color que mi vestido, ¡qué casualidad! —soltó con felicidad.

—La verdad es que mi hermano insistió mucho en que eligiera este color. —La miré—. Ahora ya veo por qué.

Ambos sonreímos.

—Oye, ¿no crees que el vestido es demasiado? En vez de ir a una boda me siento como si fuera a ir a una gala de los Óscar, mira.

Adelantó la pierna derecha para enseñarme la gran abertura que tenía el vestido y que enseñaría su muslo en cuanto caminara. Después, giró sobre sí misma mostrándome la espalda al descubierto, y quise mandar a la mierda la boda para estar durante todo el día acariciando los lunares de su espalda.

—Estás preciosa, Mérida, no podías haber elegido un vestido mejor.

Se sonrojó un poco e intentó mantener la compostura.

—Tú tampoco estás nada mal. ¿Vamos?

Asentí. Ella acortó la poca distancia entre nosotros y se cogió de mi brazo, haciéndome el hombre más feliz del mundo, más que mi primo que estaba a punto de casarse. Mi hermano y Sara se giraron poco antes de que nos acercáramos a la puerta y sonrieron en cuanto nos vieron juntos.

—Madre mía, vaya pareja —soltó Max después de silbarnos y después se acercó a Sara—. ¿Has visto? Al final acerté con el color de la corbata.

—Sí, cariño, están perfectos.

—¿Cariño? —preguntó Mérida, asombrada—. Sí que habéis dado un paso importante.

Ambos se avergonzaron y se metieron dentro de la parroquia, pero antes de seguirlos, les presenté a Mérida a una parte de la familia que todavía se encontraba fuera esperando la llegada de la novia.

Fue una ceremonia pequeña, seguramente no fuimos ni cincuenta invitados, pero nos lo pasamos muy bien. En la parroquia nos sentamos detrás de mi hermano y Sara, y durante toda la ceremonia estuvimos diciéndonos tonterías al oído sobre las cosas que decía el cura y que a nosotros nos hacían gracia. Fue realmente divertido el hecho de intentar no reírnos a carcajadas delante de todo el mundo, pero fue imposible aguantarse cuando el coro de mujeres que teníamos detrás de nosotros empezó a cantar una canción que ni siquiera reconocimos mientras desafinaban a lo largo de la melodía, a lo que Sara y Max también se unieron disimuladamente.

Tras la boda, fuimos a celebrar el convite en un palacio a treinta minutos de donde se habían casado. Mientras los novios se quedaban por los alrededores haciéndose fotos, los invitados nos subimos a nuestros coches y nos pusimos en marcha para picotear algo, que a esas horas de la mañana ya empezábamos a tener hambre. Mérida se fue conmigo en el coche y estuvo contándome cómo había sido ir de compras con Sara para que eligiera el vestido y cómo la había terminado convenciendo, aunque me dio la sensación de que no me lo estaba contando todo.

—Pues menos mal que has venido, pensaba que iba a tener que estar rodeado de parejitas por todas partes.

—No creo que hubieras tenido problema en juntarte con alguna de las solteras que hay por aquí.

Aquella frase me dolió. Era como si le quitara importancia a lo que sentía por ella, pero intenté convencerme de que me lo estaba diciendo porque aún no le había expresado mis sentimientos,

aunque me estuviera muriendo de ganas por hacerlo. En cuanto llegamos al palacio, un edificio construido en piedra y con grandes ventanales de madera, la decoración de bienvenida nos recibió para que nos hiciéramos una foto con el cartel de la boda. Al adentrarnos al jardín que había antes de entrar al palacio, la gente se quedó hablando animadamente mientras picoteaban jamón y bebían las primeras copas. He de confesar que el día se me pasó volando. Ya no quería volver a casa y refugiarme en la cama, solo quería que la tarde no acabase y así no tener que separarme de Mérida.

Bailamos mucho. Entre nosotros y con el resto. El DJ eligió tanto canciones de ahora como de las de antes, las que ponían en las fiestas de los pueblos, y todos podíamos cantarlas mientras bailábamos. Casi al final de la noche, cuando ya estábamos agotados, sonó *Yellow* de Coldplay, una canción perfecta para bailar pegados. Mérida se acercó a mí, me abrazó y bailamos piel con piel aquella magnífica melodía. Todo era mágico. La música, su olor, los jardines iluminados con guirnaldas de luz cálida, la brisa que nos acariciaba la piel y que provocaba que ella me abrazara con más fuerza para entrar en calor. Todo.

—Estoy cansada —me dijo con una voz suave sin apartar el rostro de mi pecho.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Asintió y me hizo cosquillas.

—Pues venga, nos despedimos y nos vamos.

Primero nos despedimos de los novios, que estaban cada uno bailando con sus padres, y después de Sara y mi hermano, que hacía rato que se habían tumbado en el césped para contemplar las estrellas.

De camino al coche apoyé el brazo sobre sus hombros y ella se agarró de mi cintura para que pudiera guiarla a donde lo teníamos aparcado. Era muy tierno verla tan cansada, porque siempre que la había visto era cargada de energía y con carácter. Estaba conociendo a una Mérida desconocida para mí y me encantaba, como si se estuviera quitando capas conmigo y por fin estuviera conociéndola de verdad.

Se durmió durante todo el camino a su casa. Ni siquiera puse música en el coche por miedo a que se despertara. Al llegar a su calle, no supe si dejar el coche frente a su portal mientras la veía entrar a casa o si, por el contrario, sería mejor que la acompañara hasta su puerta. Como estaba tan dormida, decidí buscar un sitio donde aparcar para así poder llevarla hasta su casa y asegurarme de que la dejaba a salvo.

—Mérida, despierta. —Le acaricié la mejilla—. Hemos llegado. Vamos, que te acompaño.

Se quejó antes de entreabrir los ojos.

—¿Ya? Qué rápido.

—Claro. —Reí—. Es que te has quedado dormida.

—Eso es mentira.

Se revolvió en el asiento y salió con toda la dignidad que pudo. Me coloqué enseguida a su lado y la acompañé al portal, pero como hasta que no la viera entrar a su casa no me iba a quedar tranquilo, subimos juntos en el ascensor y bloqueé la puerta antes de que se cerrara cuando ella se bajó.

—Que descanses —dije a punto de soltar la puerta.

—Espera. —Se giró hacia mí—. ¿No entras?

Aquellas dos palabras tan insignificantes fueron mi ruina. Si entraba no podría resistirme más. Estaba deseando acostarme con ella y sentirla, pero estábamos llegando a un punto en el que me costaba demasiado aguantarme. Si ella volvía a besarme y a iniciar algo que los dos deseábamos,

caería en la tentación.

—No, es mejor que me vaya.

Se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Ven, confía en mí —me dijo recordándome las palabras que yo le había dicho la última vez que dormimos juntos.

Me llevó hasta su casa. Aunque había evitado con todas mis fuerzas entrar al lugar en el que ella vivía, porque para mí era como una forma de evitar conocerla más y que ya no hubiera marcha atrás. Aquella noche cedí.

La casa era un poco más pequeña que mi piso, pero con mucho encanto, con las paredes pintadas de un blanco pulcro y muebles nuevos y sobrios, nada del otro mundo, hasta que llegué a su habitación. Cada rincón de aquellas cuatro paredes desprendía su esencia. Pintada la habitación de color pastel, tenía una cadeneta de luces encima de la cabecera de la cama que encendió en cuanto entramos, dando a la estancia un ambiente íntimo y agradable. Sobre su cómoda había un espejo de mesa lleno de maquillaje a su alrededor que se notaba que había dejado así antes de ir a la boda.

—Eh —dijo suavemente para llamar mi atención.

Me giré hacia ella.

—Lo siento —solté automáticamente pensando que no quería que viera su desorden.

Se acercó a mí con una sonrisa cansada.

—Siento decirte que yo no tengo ropa para prestarte. Es que, verás, eres el primer chico que va a dormir en mi casa. No estoy preparada para ello.

—¿En serio? —Sonreí de oreja a oreja.

Asintió. Se liberó del broche del pelo y se lo revolvió con la mano que tenía libre. Lo dejó en la cómoda y empezó a quitarse los pendientes. Sin darme cuenta, me quedé embobado mirando cómo se ponía cada vez más cómoda. Se quitó los zapatos y, después, se giró para que le desabrochara el vestido.

—¿Me ayudas?

Y aquellas dos palabras sí que fueron nuestra perdición.

Capítulo 11

DÍAS DE SOL

Las primeras veces dan miedo. Miedo a lo desconocido, a lo que no sabemos que va a ocurrir. Las personas valientes, aun sintiendo eso, nos lanzamos al vacío y nos atrevemos a realizar cualquier cosa. Hasta que llega algo, o alguien, que nos hace dudar. Esa persona no tiene que ser mala, ni mucho menos, sino que puede que sea alguien que se ha convertido en una parte importante de tu vida y te aterra lo que pueda venir a continuación. En mi caso, tenía miedo de Álex; de que me acabara gustando más de lo que ya me gustaba y quedarme sin ninguna escapatoria. Pero la vida está para arriesgarse, aunque nos muramos de miedo.

Sabía que haberle pedido que me desabrochara el vestido tendría sus consecuencias, pero me moría por atenerme a ellas. Acercó su nariz a mi pelo y, después de aspirar mi aroma, me bajó la cremallera lentamente, como si aquel insignificante gesto ya le estuviera produciendo algún tipo de satisfacción. Cogió los tirantes y los arrastró por la piel de mis hombros hasta que se cayeron al abismo y mi vestido siguió por el mismo camino. Era la primera vez que estaba tan desnuda con alguien, pero no literalmente hablando, sino que me sentía como si estuviera enseñándole a Álex una parte de mí que nadie más había descubierto. Me abrazó desde atrás y me dio un beso en la mejilla.

—¿Estás cansada? —me preguntó con una voz dulce.

No le respondí por miedo a cagarla, directamente me giré hacia él y le quité la chaqueta. Sin ni siquiera mirarle a los ojos, por vergüenza, comencé a desabrocharle la camisa para que pudiéramos estar en igualdad de condiciones. Necesitaba ver la piel de su pecho para no sentirme tan desnuda e insegura frente a él. Antes de que terminara con el último botón, me levantó la barbilla con sus dedos y nuestros ojos se encontraron.

—No me mires así, por favor —supliqué en un susurro.

—¿Cómo te estoy mirando? —me preguntó arrugando la frente, preocupado.

—Como si fuera lo más bonito que has visto en el universo.

Sonrío de lado e hizo que me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

—Es que lo eres.

Acercó sus labios a los míos. Toda la tensión que había mantenido desde que me bajó la cremallera desapareció como por arte de magia. Tuve muchas ganas de decirle todo lo que me gustaba, pero preferí callarme. Le agarré del cuello acercándolo a mí, y él respondió elevando mi cuerpo para que le abrazara la cintura con las piernas. En cuanto lo hice, me llevó hasta la cama, me posó con calma y terminó de liberar el último botón de su camisa, dejando al descubierto su marcado torso. No pude evitar morderme los labios, y fue un gesto que le encantó.

Antes de tumbarse sobre mí, se quitó los pantalones y por fin nos quedamos en igualdad de condiciones. Parecía que supiera lo que había sentido y quería que ambos estuviéramos igual.

Volvimos a besarnos, esta vez con necesidad, como si fuéramos la droga que calma al otro. Aunque hubo un momento en el que Álex se apartó de mí, dándome la sensación de que quería parar; no lo hizo. Continuó besándome mientras nos acariciábamos y nos sentíamos, hasta que nuestros cuerpos se convirtieron en uno solo y acabamos haciendo el amor. Aquella sensación fue la más placentera que había experimentado en toda la vida.

Cuando terminamos, nada fue igual de tenso o incómodo como me había imaginado que podría ser. Permanecimos abrazados, acariciándonos, hasta que Álex se quedó dormido bajo mi rostro. A mí esa noche me costó más tiempo conciliar el sueño, sobre todo porque no estaba acostumbrada a dormir con nadie en mi cama, salvo con Sara, lo que me dio tiempo para pensar. Me había gustado tanto, me había sentido tan bien, que mi mente por alguna extraña razón quiso rechazar todo lo ocurrido y necesité apartarme de su lado, como si tuviera que asimilar que habíamos sido débiles y habíamos caído en la tentación de lo que solían llamar «amor».

A la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. En cuanto noté que Álex no estaba a mi lado, me incorporé tan rápido que estuvo a punto de darme un mareo. Palpé las sábanas por si había dejado alguna nota, pero no encontré nada.

—¿Álex? —grité con la esperanza de que respondiera.

Al permanecer todo en silencio, me vestí con una camiseta vieja que utilizaba a modo de camisón y deambulé por la casa por si estaba en alguna otra habitación, pero no había rastro de él. Empecé a escribir un mensaje a Sara, para saber a qué hora volvería a casa, cuando de repente escuché cómo intentaban abrir la puerta de la entrada. Fui corriendo hacia la cocina y cogí una sartén que estaba para lavar, la única arma viable que encontré. No tardaron en abrir la puerta, así que fui con sigilo hacia la entrada, preparada para dar a diestro y siniestro. Menos mal que siempre había tenido una gran capacidad de reacción, porque cuando estaba a punto de dar con la sartén a quién hubiera entrado en mi casa, frené al descubrir que era Álex.

—¿Qué pretendes con eso? ¿Dejarme inconsciente o untarme en aceite?

Miré la sartén con detenimiento, estaba llena de aceite usado por todo el interior.

—Es lo único que encontré. —Bajé la sartén—. Pensaba que te habías marchado…

—Intenté despertarte con unos besos, pero estabas tan dormida que me dio cosa. He bajado a por el desayuno —respondió enseñándome una bolsa de papel.

Era verdad que no me había enterado de aquellos besos, pero me hubiera gustado sentirlos.

—Ahora estoy despierta —insinué.

Cerró la puerta con una gran sonrisa, tiró la bolsa de papel al suelo y, tras acercarme a él, me besó por toda la cara, algo nuevo para mí que me hizo reír.

—Ya vale, para, que pinchas.

Frenó de golpe y me arrepentí de haber dicho aquellas palabras. Lo primero que hizo Álex fue acariciarse el mentón.

—No puede ser, me afeité ayer para la boda.

—Era mentira, tonto, es que apenas podía respirar.

—Pues lo siento mucho, pero hasta que no te vea morada no voy a parar.

Volvió a llenarme la cara de besos hasta que me rugió el estómago y se rio. Cogió del suelo la bolsa que había tirado y me llevó por la casa, como si fuera suya, hasta el salón para que me sentara.

—¿Has bajado así? —le pregunté al ver que había salido a la calle con el mismo traje con el

que fue a la boda.

—Sí, y no sabes lo contenta que se ha puesto la señora de la panadería al verme. ¿Tienes para hacer café? —me preguntó al mismo tiempo que dejaba la bolsa sobre la mesita central.

—Sí, espera que voy a hacerlo.

—No, no. —Evitó que me levantara del sofá—. Lo hago yo, es una forma de agradecerte que vinieras ayer.

Le expliqué como bien pude dónde estaban las cosas y aproveché ese ratito a solas para mandarle un mensaje a Sara. Me mantenía en constante tensión solo con pensar que en cualquier momento podría entrar en casa y pillarnos juntos.

Mérida:
Tía, avísame cuando vengas para casa. 11:07

Sara:
Nos acabamos de levantar hace poquito.
¿Por? 11:08

Mérida:
Porque he dejado la casa echa un desastre,
para ordenarla un poco antes. 11:08

Era una de las mentiras más grandes que había escrito, y Sara sabía que mentía, pero en ese momento prefirió no preguntar más porque, seguramente, ya estaría maquinando todas las preguntas que hacerme en cuanto llegara a casa.

Desayunar junto a Álex fue una experiencia gratificante. Hablamos sobre la boda, de cómo habían ido vestidas algunas personas, lo bueno y lo malo de la ceremonia, lo que cambiaríamos y lo que dejaríamos tal cual, mientras comíamos unas deliciosas napolitanas a rebosar de chocolate, como a mí me gustaba.

—¿Por qué viniste al final? —preguntó de manera indiferente antes de darle un sorbo al café.

¿Qué podía responderle? Si le contaba la verdad, que al final Sara no se había esforzado tanto para convencerme, le estaría dado demasiada información que todavía no estaba preparada para que supiera, así que me ceñí a la media mentira que había contado en un principio para que no supiera la realidad.

—Ya te lo dije. Sara insistió mucho. No quería ir sola a la boda.

—Y que quisieras mi compañía no tenía nada que ver, ¿verdad?

—No seas creído. —Le tiré un cojín—. Seguro que estuviste a punto de llorar al verme allí.

—Pues… —Un móvil sonó de fondo y nos giramos hacia la puerta del salón, de donde provenía—. Creo que es el mío, tengo que cogerlo.

Pasó un tiempo prudencial y, como estaba tardando más de lo esperado en volver, fui hasta la habitación en busca de Álex y le encontré sentado en la cama, con una mano tapándose la cara, abatido, y con la otra seguía sujetando el móvil en la oreja.

—No, no sé si podremos ir ahora. Déjame que llame a mi hermano.

—¿Álex?

Alzó la mirada hacia mí y se despidió de con quien estuviera hablando.

—Me tengo que ir. —Se levantó de la cama con premura, recogió la chaqueta del traje del suelo y me dio un beso en la frente.

—¿Todo bien? —le pregunté, preocupada.

—Tengo que ir a buscar a mi hermano. Te llamo esta semana.

Pero esa semana no me llamó. Durante los siguientes días no supe nada de él, y no fue porque no lo intenté. Le llamé unas cuantas veces y le mandé mensajes que ni siquiera leyó. A Sara le pasó algo similar, Max estuvo algo desaparecido esos días, pero seguía en contacto con ella, por lo que en alguna ocasión creí que Álex me había contado una excusa barata y no quería volver a saber nada más de mí.

El jueves, ya casi pudiendo oler el fin de semana en el que Sara y yo habíamos planificado no hacer nada, Guille nos llamó para invitarnos a la casa en la playa que tenían sus tíos y que esos días iba a estar libre, a lo que no pudimos negarnos. Esa noche, antes de irnos a dormir, Sara y yo nos preparamos una mochila con más biquinis que días íbamos a estar fuera, y aprovechamos un poquito para contarnos cosas, de esas que te dan tanto miedo verbalizar que cuesta.

—Oye… —dije de pronto mientras elegía qué vestidos de playa llevarme—. ¿No has hablado con tus padres?

Dejó de doblar la ropa en el suelo y me miró.

—¿Por qué lo dices? No voy a volver a vivir con ellos.

—Lo sé, pero ¿de verdad quieres dejar de hablarte con ellos por completo? Sé que a veces pueden exigirte mucho, pero son tus padres, al fin y al cabo.

Rechistó al levantarse del suelo y se tumbó sobre la cama mirando hacia el techo. La imité y me coloqué a su lado para que viera que, decidiera lo que decidiera, iba a apoyarla.

—La semana que viene tengo una entrevista de trabajo. En cuanto me paguen el primer mes me buscaré un piso de alquiler. Creo que va siendo hora de encauzar mi vida por donde yo quiero.

—¡Eso es genial! ¿Qué día la tienes? Ya sabes que para eso tengo que encenderte la velita de la suerte.

La «velita de la suerte» era una vela en un vaso de cristal que nos compramos Sara, Guille y yo el mismo año que nos conocimos en una especie de mercado medieval al que fuimos ese año. Era de color blanco con purpurina, y cuando la encendíamos impregnaba toda la habitación de un dulce olor a vainilla. El primer día que la prendimos tuvimos la suerte de encontrarnos un billete de cincuenta euros en la calle, y desde ese momento la denominamos como la «velita de la suerte». Para que no se nos gastara tan pronto, decidimos que la encenderíamos solo cuando necesitáramos realmente un golpe de suerte en nuestras vidas.

—El miércoles, pero la encendemos antes de que vaya, para que la suerte sea más reciente.

—Me parece bien. Oye…, recuerda que aquí te puedes quedar el tiempo que necesites.

—Lo sé, pero ya llevo muchos meses en tu casa y no quiero molestar más. Quiero empezar a tener mi intimidad. —Jugó con su pelo—. No te ofendas.

—Para nada. —Reí—. Ya me estaba empezando a cansar de darte de comer y de mantenerte, es muy agotador.

—¡Eh! —se quejó e intentó hacerme cosquillas sin lograrlo, pero de repente todo se silenció —. ¿Has sabido algo de Álex?

—Nada de nada. Es como si se hubiera esfumado.

—¿Y cómo te sientes?

—¿Te digo la verdad o lo que diría normalmente la Mérida que conoces?

—La verdad, siempre.

Me revolví sobre la cama. Aunque necesitaba desahogarme, nunca había tenido que expresar lo que sentía de aquel modo, por lo que no sabía muy bien cómo empezar o qué tenía que decir

para que ella me entendiera.

—Estoy cabreada. Es el primer tío al que estoy conociendo de verdad, con el que tardo meses en acostarme y, justo cuando sucede, se pira. No lo entiendo.

—Bienvenida a la ruleta del amor.

—¿Quién ha hablado de amor? —pregunté con ansiedad.

—Era una broma, tía. Max también anda un poco desaparecido estos días, pero sigo hablando de vez en cuando con él.

—Eso no me ayuda. ¿Qué quieres decir, que como ya nos hemos acostado ha perdido el interés en mí?

—No lo creo. Lo que sí creo es que les ha tenido que pasar algo chungo para que se comporten así.

Me daba igual, esa no era forma de tratar a nadie. No iba a dejar que el fantasma de Álex me persiguiera. Llevaba casi cinco días sin saber de él y ya había esperado el tiempo suficiente como para que me respondiera y no lo hizo. Así que me propuse olvidarme de él durante el fin de semana e intentar ligar con todos los tíos que pudiese.

El mismo viernes conseguí que Martina me diera la tarde libre para irnos después de comer a Cullera y así no llegar por la noche. Aunque ya no hacía tanto calor en Madrid, cuando llegamos a Cullera sentimos que la temperatura allí permanecía elevada y la humedad en el ambiente aún se mantenía, algo que nos agradó porque estábamos deseando bañarnos en el mar.

La casa de los tíos de Guille se encontraba cerca de la playa de San Antonio, a cinco minutos a pie. En cuanto llegamos al piso, lo primero que hicimos fue ponernos los biquinis y el bañador bajo la ropa y fuimos derechos a la playa para darnos oficialmente el primer, y seguramente que el único, baño en el mar del año. Ataviados con nuestras gafas de sol, las sandalias y ropa fácil de quitar, fuimos pensando en que estaría a rebosar de gente, pero nos encontramos con todo lo contrario. Apenas quedaban bañistas en la playa y el viento era cada vez más fuerte a medida que nos acercábamos al mar.

—Yo me quedo en la arena, chicos. Quiero ver si mi piel aprovecha algo los últimos rayos de sol.

—No fastidies, Meri. No he ido a ciento treinta kilómetros por hora para que ahora nos digas eso —se quejó Guille.

—¿Perdona? —chilló Sara saliéndole un gallo.

—Un poquito por encima de lo que marcan las señales, nada importante.

—Madre mía, ¡podíamos haber muerto! —gritó Sara.

—Eso no te preocupó cuando ibas bailando *La Macarena*.

—Ya basta. A la vuelta vigilamos a Guille y asunto resuelto.

Los chicos se desvistieron e hicieron una competición para ver quién llegaba antes al agua, y me sentí como si fuera la madre del grupo. Coloqué la toalla en el suelo y me puse los auriculares intentando evadirme de todo a mi alrededor, algo que, sinceramente, me sentó de maravilla. Sin embargo, siempre que encuentras la paz, tiene que suceder algo que la corte de golpe, y en mi caso eso es lo que ocurrió. Llamaron a mi móvil y rompieron mi momento de evasión. Al mirar a la pantalla y no reconocer el número colgué y seguí a lo mío. Cuando todo a nuestro alrededor se estaba empezando a oscurecer, Guille y Sara volvieron a mi lado e intentaron secarse con las toallas.

—Bueno, Guille, te he dado unas horas de cortesía para ver si nos contabas tú por tu cuenta lo de la parejita esa a la que querías proponerles un trío, pero no nos has dicho nada, así que, ¡ya lo

estás soltando! —le exigí.

—Ostras, es verdad. No volvimos a saber más —respondió Sara después de mí.

Guille se rio a carcajadas antes de tirarse sobre la toalla en la que estaba tumbada.

—No tengo nada nuevo que contaros, chicas, no se lo he comentado y me sigo enrollando con ellos por separado.

—¿Por qué? —le pregunté con especial interés—. Querías hacer un trío.

—Ya… Pero, no sé, no quiero que las cosas se estropeen. Ellos tienen una relación abierta y yo me aprovecho de esa situación, ya está.

—No nos habías contado que eran una pareja abierta —dijo Sara en cuanto se sentó en la arena.

—Es que no lo he sabido hasta hace poco y ya no me siento tan mal al no decirles nada.

—Madre mía —dije asombrada—. Vaya pedazo de telenovela en la que se ha convertido tu vida. ¿No ves que ahora es más fácil que sí quieran hacer un trío? No parecen tan cerrados de mente como para decirte que no.

—Déjate de jaleos. Voy a mantener lo que tengo ahora hasta que dure y después a otra cosa.

—¿Y no quieres enamorarte? —preguntó Sara sin venir a cuento.

Le miramos como si nos hubiera hablado en chino y reímos.

—Ahora mismo no, gracias.

—Pero si hasta Mérida ha caído.

Guille me miró con la boca abierta. Iba a matar a Sara por haber dicho eso.

—Eso no es del todo cierto —aclaré—. Puede que me guste un tío, pero ya es agua pasada.

—¿Lo dices de verdad? Joder, me he perdido mucho.

—Que sí, que sí, el tío que se parece a Superman —reveló Sara con malicia.

—¿El del café? Había visto algo en la fiesta, pero… Flipo.

—Basta ya, chicos, que Álex es agua pasada. —Me levanté casi de un movimiento de la toalla —. Este fin de semana vengo a arrasar y me voy a liar con todos los tíos buenos que nos encontremos.

Guille me vitoreó, al contrario que Sara, que al parecer no le gustaron mis palabras. Quería decirlo de verdad, pero en el fondo sabía que era demasiado pronto para eso, porque lo que había sentido la noche en la que nos acostamos no lo había experimentado con nadie antes; y eso no podía quitármelo de la cabeza por más que quisiera.

En cuanto recogimos las cosas de la arena, mi teléfono volvió a sonar. Era el mismo número de antes, por lo que colgué de nuevo. Nos cambiamos de ropa y bajamos a cenar a una hamburguesería que había al doblar la esquina y que tenía unas hamburguesas deliciosas. Tras tomarnos unas cervezas en la terraza, decidimos salir de fiesta, pero no íbamos a quedarnos mucho tiempo porque estábamos reventados del viaje, solo queríamos dar una vuelta para ver el ambiente que había.

Íbamos en dirección a una de las discotecas situada cerquita de la playa, cuando mi teléfono volvió a sonar.

—Joder, ¿otra vez? ¿Sabéis cómo se bloquea un número?

—¿Qué pasa? —preguntó Guille.

—Que este número me ha llamado tres puñeteras veces esta tarde.

—¡Cógelo! —gritó Sara con preocupación—. Puede que sea importante.

Me quejé.

—Si me intentan vender algo, les diré tu número, que lo sepas. —Le saqué la lengua a Sara y

descolgué—. ¿Sí?

—Mérida, por fin me respondes.

Esa voz hizo que mi mundo se paralizara e incluso mis pies lo hicieron. Frené en medio de la calle y los chicos, al notar que no seguía caminando con ellos, se giraron para ver qué estaba sucediendo.

—¿Álex?

—Sí —suspiró aliviado—. Siento no haber podido hablar contigo antes, es que…

—Da igual —le interrumpí porque no quería que continuara—. Me has dejado las cosas muy claras, no te preocupes, no me interesa. Ya nos veremos por la oficina.

Colgué sin que me importara lo que tenía que decirme.

—¿Qué haces? —Sara se acercó a mí y miró la pantalla del móvil para confirmar que de verdad había colgado.

—No quiero excusas baratas. No hace falta que me explique nada. Se acabó, ya está.

Pero las cosas no se iban a quedar así porque Álex volvió a llamar y esta vez fue Sara la que respondió.

—Hola, Álex, soy Sara… Sí, la tengo aquí al lado… Ajá… Ajá… Vale, espera que te la paso. —Tapó el auricular y me ofreció el teléfono—. Habla con él, perra.

Puse los ojos en blanco y no tuve más remedio que aceptar. En cuanto me coloqué el móvil en la oreja, los chicos se marcharon y me dejaron a solas, aunque en el fondo supiera que iban a estar cotilleando.

—Dime —respondí más seca de lo que pretendía.

—Mérida, no sé qué se te ha pasado por la cabeza, pero necesito que me escuches.

—¿Sabes cómo podría escucharte? Estando cara a cara, no me gusta hablar las cosas por teléfono.

—Dame media hora y estoy en tu casa.

Reí sarcásticamente.

—Estamos pasando el fin de semana en Cullera, así que me temo que no va a ser posible. Ya si eso hablamos más adelante.

Volví a colgar sin darle tiempo a explicarse. Para mí todo lo sucedido se había convertido como en una especie de señal que me decía que no continuara con lo que estaba haciendo, así que no quería forzar algo que no tenía sentido.

Sara se puso un poco triste cuando vio que los alcancé enseguida y que no había querido escucharle, pero en cuanto entramos en la discoteca se nos pasó todo lo malo. Hubo un instante en el que estábamos bailando a rabiar y Sara se apartó de nosotros para recibir una llamada. Al parecer, Max volvía a hacer acto de presencia y a ella eso le encantaba. Regresó junto a nosotros con una expresión extraña en su rostro, como si sintiera culpabilidad por algo, pero enseguida se puso a bailar con nosotros *Music Sessions #52*, una canción de Quevedo y Bizarrap.

Al final la noche se acabó alargando y pusimos rumbo a la casa de los tíos de Guille a las cinco de la mañana completamente exhaustos de tanto bailar y cantar. Estábamos tan cansados que, seguramente, dormiríamos durante toda la mañana y perderíamos de nuevo la oportunidad de tomar el sol, pero en ese momento aquel plan no era una de nuestras prioridades, solo queríamos llegar a casa y caer en coma sobre la cama.

Estábamos abriendo la puerta del portal cuando una voz me llamó detrás de nosotros.

—Mérida.

Al girarnos, nos encontramos con Álex cruzando la calle hacia donde estábamos.

Automáticamente miré a Sara y esta le metió prisa a Guille para que abriera la puerta. Me sorprendió que Álex estuviera en Cullera con nosotros, y a pesar de que me gustó verle frente a mí, quise matar a Sara con todas mis fuerzas.

—Toma, la copia para que subas cuando acabes. —Guille me metió las llaves en el bolsillo del pantalón corto.

Los chicos huyeron de allí y Álex terminó de acercarse a mí.

—¿Qué haces aquí?

—Dijiste que necesitabas hablar las cosas en persona.

—Álex, te lo estaba diciendo para ignorarte.

Intentó esconder una sonrisa mordiéndose el labio. Me puse tan nerviosa por verle allí que empecé a rascarme el brazo izquierdo de manera inconsciente.

—Pues fíjate que no lo he captado. Ahora tendremos que hablar.

El muy idiota me hizo sonreír, pero volví a ponerme seria en cuanto recordé lo que me había hecho durante toda la semana.

—Siento decirte esto, pero estoy muy cansada, Álex, quiero dormir. Los zapatos me están matando y nos hemos pegado mucho viaje después de trabajar.

—Lo entiendo, pero al menos dime por qué estás así.

—¿Lo dices en serio? Llevas ignorándome toda la semana después de acostarnos. Tú, el que me dijiste que no querías hacerlo conmigo porque, si no, no volveríamos a vernos porque desaparecería.

—Te he echado muchísimo de menos estos días.

Fue como si me acabara de clavar una flecha en el corazón y me hubiera reblandecido un poco.

—No lo ha parecido…

Acortó la distancia que había entre nosotros hasta situarse a un paso de mí. Me colocó el pelo por detrás de la oreja y aprovechó ese estratégico movimiento para acariciarme la mandíbula. Cerré los ojos automáticamente al notar su piel contra la mía. Ya no quería ninguna explicación, me puse de puntillas y le besé con ganas. La sensación fue más agradable de lo que recordaba, como si mi cuerpo hubiera necesitado el calor de sus labios para volver a sentirme viva otra vez.

—Joder, Mérida, me descolocas de una manera…

—De eso se trata.

Volvió a besarme, pero ya no era como antes, necesitábamos más del otro. La cosa se fue subiendo de tono hasta que él mismo nos hizo parar.

—Te explico lo que ha pasado y me voy. No quiero molestar un plan con tus amigos.

—¿Cómo vas a irte a estas horas? Ven, dormimos juntos. No creo que les importe.

Le agarré de la mano y abrí la puerta del portal. En cuanto entramos, me reí.

—¿De qué te ríes?

—De que al final sí que me estoy subiendo un tío a casa.

Capítulo 12

NUESTRO INFINITO

Es muy difícil superar una adicción. Aunque seas una persona con una gran capacidad de autocontrol, cuando eres adicto a algo, es imposible que se te borre de la mente y no pares de pensar en ello las veinticuatro horas del día. Es inevitable, piensas en eso constantemente, tanto que incluso llega a joderte la vida. No solo se es adicto a las drogas, puedes engancharte a una comida, al alcohol, al azúcar, pero ¿qué podemos hacer cuando somos adictos a una persona? Cuando solo piensas en su mirada, su piel y sobre todo sus labios. Porque de la adicción a las drogas se puede salir, pero de la adicción a una persona no, y de eso me di cuenta aquella noche junto a Álex. A pesar de que estábamos muertos de cansancio, apenas dormimos. Hablamos de todo tipo de cosas mientras permanecía tumbada sobre su pecho y se nos olvidó el sueño.

—Pensaba que ya no volveríamos a vernos —dije cambiando repentinamente de tema.

—Surgió un problema que tuvimos que resolver mi hermano y yo. Al final tardamos más de lo que creíamos.

Levanté la cabeza de su pecho y le miré.

—Podías haberme respondido al menos a los mensajes.

—Oh, joder… ¿Me escribiste? Perdí el teléfono y tuve que comprarme otro. Siento no haberte dicho nada, de verdad, estos días han sido de locos. Por cierto, guárdate el número desde el que te llamé antes, es el nuevo.

Había algo en su manera de contarme aquella historia que no me convenció del todo, como si dijera la verdad a medias.

—Espera.

Me incorporé sobre la cama para coger mi móvil de la mesita. Volví a tumbarme sobre su pecho y guardé el número del que me había llamado Álex como «Álex Caralimón nuevo».

—¿Qué narices es eso de «Caralimón»?

Reí a carcajadas tan fuerte que Sara chistó al otro lado del pasillo para que me callara.

—Te guardé así porque te conocí con cara de chupar un limón y vi que te pegaba mucho.

Aunque ese nombre no duraría mucho tiempo en mi agenda, porque a los pocos días se lo cambié por el que tenía que haber tenido guardado desde un principio: Álex.

—Serás mema. —Rio disimuladamente y me besó el pelo—. Me gusta estar así contigo, me da una paz que no había sentido antes.

Le abracé un poquito más fuerte. Puede que lo hiciera porque yo también sintiera esa paz a su lado, pero no me veía capaz de verbalizarlo. Volví a levantar la cabeza de su pecho y apoyé la barbilla para mirarle.

—¿Qué ha pasado para que hayáis estado desaparecidos?

—Uf. —Se revolvió el pelo con la mano que no utilizaba para acariciarme la espalda y

después la dejó debajo de su cabeza.

—Es algo… complicado.

—Si no quieres contármelo, dímelo, pero no pongas la excusa de que es complicado.

—No es eso… —Resopló antes de volver a hablar—: Cuando mi madre murió, mi padre lo pasó fatal. Estuvo muy deprimido durante varios meses y no consiguió levantar cabeza, así que se dio a la bebida. Es alcohólico desde entonces. Hemos intentado muchas veces que salga adelante apuntándolo a programas de rehabilitación, pero suele escaparse y meterse en problemas.

—¿Se escapó de rehabilitación el domingo y por eso os fuisteis? —Sentí tanta lástima por la historia que me había confesado que le abracé un poquito más fuerte, como si de esa manera fuera a ayudarle en algo.

—Peor. Fue a robar en una tienda para conseguir más alcohol. No tiene trabajo y ya no sabe qué hacer para conseguir el dinero… En realidad, no perdí el móvil. —Suspiró avergonzado—. Me lo robó y lo vendió.

—Siento oír eso.

Se encogió de hombros debajo de mí.

—Yo lo llevo algo mejor, pero a mi hermano le afecta más cuando pasan estas cosas. Intenta hacerse a la idea de que nuestro padre volverá a estar bien, pero cuando una persona no quiere sanar… no hay nada que hacer.

No quise que hablara más sobre el tema porque le notaba afligido. Me arrastré en la cama para subir la cabeza hasta colocarme en su cuello, un gesto que él recibió con ganas.

—Me encanta tu olor —confesé mientras aspiraba su aroma.

—Me haces cosquillas con la nariz.

—Perdona.

—Qué va, me alegra sentirte tan cerca.

Escuchar el ritmo de su corazón hizo que me relajara tanto que me quedé dormida sobre él. Aunque la cama era algo estrecha, en la que apenas cabíamos los dos, descansé de maravilla esa noche.

Álex se marchó a la mañana siguiente después de desayunar. Los chicos insistieron en que disfrutara del finde con nosotros, pero había quedado con su hermano para resolver unos asuntos del trabajo en los que no se habían podido centrar durante la semana, así que no le insistimos en ello. El resto del fin de semana lo pasamos disfrutando del sol, la arena y el salitre del mar. No volvimos a salir de fiesta ese sábado, nos habíamos quedado tan agotados de la noche anterior que preferimos ver una película los tres juntos con un montón de golosinas, patatas fritas y palomitas.

Al volver al trabajo todo fue un verdadero caos. La fecha de la presentación en Londres cada vez estaba más cerca y Carlo no paraba de meter la pata constantemente, algo impropio de él, que siempre intentaba que cada uno de sus trabajos quedara más perfecto que el de ningún otro. Esos días necesitaron más de mi ayuda y estaba quitándome tiempo de otros clientes.

—No entiendo nada —solté cabreada a Martina y Carlo—. Si la cuenta es de él, ¿por qué necesitáis mi ayuda constantemente? Me estoy atrasando en varios asuntos que tengo pendientes por esto. Perdería menos el tiempo si esta cuenta hubiera sido mía.

—Si estás aquí es porque lo dice Martina. Yo podría hacer esto solo, y mucho mejor que tú —respondió Carlo a la defensiva.

—No sé por qué estoy aquí. —Di un golpe en la mesa y me levanté de la silla.

—Basta. Comportaos como los adultos que sois. Mérida, la semana que viene te vendrás con nosotros a Londres.

—¿Cómo? Se me tenía que haber informado de eso antes.

—He tomado la decisión esta mañana.

Martina se levantó del asiento y caminó haciendo resonar sus tacones en mis oídos.

—¡Mierda! —dijo Carlo.

—No, si a mí me jode más que a ti. No sé de qué te quejas.

—¿Tú te crees que yo soy tonto, Fernández? Seguro que esto lo tenías planeado.

Escucharle decir aquello me aceleró el corazón al recordar todo el plan que había trazado para intentar quedarme con su puesto, pero que al final no había conseguido. ¿Sabría algo? ¿Había alguna posibilidad de que se hubiera enterado de lo que había estado haciendo los últimos meses?

—¿De qué narices hablas? —pregunté intentando averiguar si sabía algo.

—Que no me creo que todo esto salga de Martina. Seguro que tú tienes algo que ver.

—Sí, claro, no tengo otra cosa mejor que hacer que intentar joderte la cuenta. —Me acerqué a él y le di toquecitos con el dedo en el hombro—. Si Martina está tan nerviosa es porque no te ve lo suficientemente preparado para esto. Así que tú verás por qué es.

No le di tiempo a que dijera nada y me marché de allí con la cabeza bien alta. Al parecer, tenía otra posibilidad de conseguir el puesto de directora creativa, e iba a ser todo gracias a la desconfianza que se le estaba formando a Carlo por sí mismo.

Poco antes de que llegara la hora de la comida, Sara intentó llamarme por teléfono en varias ocasiones, pero tuve que ignorarla porque necesitaba adelantar trabajo pendiente que había ido atrasando por culpa de Carlo y Martina. Pude ignorarla hasta la quinta llamada. Al ver que insistía tanto, tuve que cogérselo por si había sucedido algo malo.

—Sara, ¿qué pasa? —pregunté preocupada.

—¡¡Tengo trabajo!! —gritó eufórica al otro lado del teléfono.

—¿En serio? ¡Eso es estupendo! La velita de la suerte ha funcionado.

—Que si ha funcionado… Empiezo mañana.

—¿En dónde te han cogido?

—Os lo digo cuando comamos ahora los tres juntos.

Era muy mala idea. Tenía pensado quedarme en la oficina porque necesitaba realmente adelantar cosas y no podía permitirme perder más tiempo.

—Sara…

—Meri, invito yo. Venga, ¿desde hace cuánto que no os invito a comer? Necesito contaros cómo ha ido todo.

—Al lado de mi trabajo hay un restaurante mexicano… —dije accediendo—. Si quedamos allí, me apunto.

—Trato hecho. Voy a llamar a Guille.

Me alegraba un montón por ella porque se la veía realmente entusiasmada. Para Sara, haber conseguido un trabajo que no fuera en el bar de sus padres le iba a hacer crecer como persona porque es lo que siempre había deseado. Quería independencia y autosuficiencia y estaba a punto de conseguirlo, por lo que no pude sentirme más orgullosa. Seguramente había sido duro ver cómo Guille y yo avanzábamos en nuestras vidas laborales mientras que ella, de alguna manera, se había quedado estancada. Analizando aquella situación, ¿se podía decir que Sara había tenido envidia de nosotros, sus mejores amigos? Puede que así fuera, pero sentir envidia por las cosas

buenas que les suceden a tus amigos no es malo si no cruzas el límite, el de que te moleste que a ellos les vaya bien. Es una fina línea que cuando se atraviesa ya no hay marcha atrás. Puedes sentir envidia de tus amigos, pero aun así alegrarte por ellos y seguir deseándoles lo mejor del mundo, o pasar a convertirte en un mal amigo que crítica cuando las cosas les van bien al resto y alegrarte por las desgracias de los demás. Y aunque existen esos dos tipos de envidia, Sara siempre había sentido una envidia sana por nosotros, porque se alegraba de todo lo que nos ocurría como si también le estuviera pasando a ella.

Tras cerrar unos asuntos importantes y organizarme el resto de la tarde para que me diera tiempo a terminar todo lo que quería, teniendo en cuenta la hora de la comida, recibí un enigmático mensaje de Álex que en un principio no quise abrir, porque si me proponía ir a comer con él seguramente cambiaría de plan. Aunque lo intenté, fui débil y, antes de salir de mi despacho, lo abrí para saber qué ponía.

Álex:
¿Qué haces el fin de semana? 14:36

Mérida:
Me voy en mi avión privado a París.
Solo a tomar un café y vuelvo, lo típico. 14:38

Álex:
Déjalo, no puedo competir con tu avión privado.
Ya que vas, tráeme unos cruasanes. 14:38

Mérida:
¿Qué me darás a cambio? 14:38

Álex:
Un beso por cada cruasán. 14:39

Mérida:
Entonces, me van a hacer falta varios aviones… 14:39

La conversación se cortó porque Álex me llamó automáticamente después de escribirle aquella frase. Aproveché para hablar con él mientras iba de camino al restaurante mexicano en el que había quedado con los chicos.

—Hola —dije con la voz melosa.

—Hola, tonta. Necesito que me digas si puedes quedar este finde o no.

—¿Por qué tienes que saberlo ya?

—Porque estoy preparando algo… y necesito saber si nos vamos a ver o no.

Abrí la puerta de la oficina y se me cayó el teléfono de la mano a pesar de que intenté hacer equilibrismo para que no tocara el suelo. Recogí el móvil con preocupación.

—¿Hola?

—Joder, Mérida. Si no quieres quedar conmigo, dímelo, pero no me dejes sordo.

—Bobo, que se me ha caído el móvil.

—Pues por ese ataque a mi conducto auditivo tendrás que compensarme pasando el fin de semana conmigo. Si no tendré que denunciarte.

Reí.

—Sería estar juntos bajo amenaza. Me voy a sentir como en *La bella y la bestia*.

—Te prometo que no habrá muebles parlantes.

—Entonces, definitivamente, no me interesa. —Paré frente a un paso de cebra a la espera de que el semáforo se pusiera en verde.

—Ahora en serio, necesito verte —soltó con un cambio brusco en el tono de voz—. Me gustaría disfrutar de más tiempo contigo y que nos conozcamos más. Quiero saber tantas cosas de ti que me pasaría todas las noches en vela con tal de escucharte hablar.

—Creo que sabes perfectamente cómo convencer a una mujer…

Era imposible que lo supiera, pero juraría que pude notar cómo sonreía al otro lado del teléfono. Me parecía increíble que me hubiera gustado tanto escuchar aquella cursilada, pero fue tan sincero que no pude negarme.

—Solo puedo el sábado y el domingo. El viernes me quedaré hasta tarde para trabajar.

—Con eso me vale. ¿El sábado desayunamos juntos?

—Solo si hay *croissants* —dije en un perfecto francés que me sorprendió.

—Hecho. El viernes te digo la hora a la que te recojo.

Me reuní con Guille y Sara con una sonrisa de oreja a oreja. Aunque intenté disimilarla, me descubrieron con ella y al instante supieron a quién se debía.

Comimos de maravilla en aquel restaurante. Mientras esperábamos a que nos trajeran los nachos con queso y los tacos, Sara nos contó con todo lujo de detalles cómo había ido la entrevista. Al parecer, le habían contratado en una peluquería en la que iba a hacer maquillajes para bodas y le habían dado una oportunidad como aprendiz. Estaba completamente segura de que lo haría genial. Se había visto cientos de tutoriales por Internet que después practicó con ella misma o incluso conmigo, por lo que no dudaba de su destreza. Y a pesar de que en un principio nos iba a invitar, la comida resultó tan cara que tuvimos que ayudarla a pagar.

El fin de semana llegó enseguida y me moría de ganas de saber qué era lo que había preparado Álex. A las diez y media pasó a recogerme y fuimos a desayunar a una cafetería cercana a mi casa en la que nos pedimos unos cafés y, cómo no, dos cruasanes para cada uno. Estaban tan blanditos, y sabían tanto a mantequilla, que compramos unos cuántos para desayunar al día siguiente, aunque no supiera ni siquiera dónde íbamos a quedarnos.

Después, me llevó a un lugar del que había oído hablar, pero al que todavía no había podido acudir porque nunca encontraba el momento para visitarlo. Realmente me sorprendí cuando comenzamos a caminar por la Cuesta de Moyano, una vía peatonal en la que se ubicaba una feria permanente con casetas de diferentes librerías. Pasamos toda la mañana allí, admirando los libros que había expuestos. A cada paso que dábamos, descubríamos libros de filosofía, literatura, arte y ensayos, además de encontrarnos verdaderas curiosidades, como volúmenes descatalogados o cómics antiguos que aún conservaban la esencia de la época.

Yo me compré un libro que contaba todo sobre la historia de la publicidad, pero esa no fue mi única adquisición. Aproveché que Álex se me adelantó mirando otro puesto distinto al que yo estaba para comprarle un libro de fotografía que le había visto hojear con verdadera curiosidad minutos antes. Sin que se diera cuenta, me lo guardé en la bolsita que ya me habían dado y pensé en dárselo por la noche.

—¿Has visto algún libro más que te guste? —me preguntó cuando me acerqué a su lado. Me dio un beso en la sien y pasó su mano por mis hombros.

—No. A ver, me compraría muchos de los que estoy viendo, pero con este tengo suficiente —dije levantando la bolsa de plástico.

—Llevamos toda la mañana aquí. ¿Comemos algo? Tenemos una cita a las cinco.

—¿Dónde?

—Es una sorpresa.

Fuimos a comer a un restaurante en el que tenían música en directo y que, según había oído, había muchísima lista de espera para comer. Me sorprendió que nosotros estuviéramos allí sentados mientras escuchábamos *Run To You* de Tom Gregory que alguien estaba interpretando. En cuanto se acercó la camarera, lo primero que hizo Álex fue pedir la carta de los postres ante el asombro de aquella chica que no comprendía por qué queríamos comer el dulce antes que el salado, pero fue un detalle que me encantó, porque nunca me hubiera imaginado que se acordara de aquello.

Durante la comida, hablamos de nuestros padres. Yo le conté mucho más acerca de cómo era mi relación con ellos y cómo había ido evolucionando con el paso de los años, y él concretó más sobre la evolución de su padre después de que perdieran a su madre, y fue una historia que llegó a afectarme tanto como si me hubiera ocurrido a mí. Ambos nos consolamos después de contar nuestras desgracias y, al terminar de comer, fuimos al siguiente plan que intentó por todos los medios que no supiera hasta que llegáramos, por lo que me vendó los ojos.

En cuanto llegamos, me llevó unos cuantos pasos con los ojos aún tapados hasta que paramos y me quitó la venda. Estábamos frente a un circuito de karts.

—¿Cómo has…? —le pregunté asombrada.

—Me lo dijiste el primer día que paseamos juntos mientras comíamos croquetas, ¿no te acuerdas?

Reí.

—Ni me acordaba de que te había contado esto.

—Bueno, pues hoy es el día. ¿Vamos?

Desde que tenía nueve años siempre había querido ir a un circuito de karts. Intenté por todos los medios que mis padres me llevaran, pero mi madre lo veía como una actividad para niños, así que nunca me dejó. Aunque había pasado mucho tiempo desde que me había independizado, con el paso de los años acabé dejando ese sueño apartado en un rincón de mi cerebro y nunca me dio por cumplirlo de verdad, sobre todo porque tampoco había conocido a nadie que quisiera ir.

Ese día volví a retroceder en el tiempo y fue como si tuviera nueve años. En cuanto entramos, nos contaron por encima cómo se conducía aquel pequeño vehículo y no tardaron en darnos los cascos. Solo íbamos a correr él y yo, a esas horas no había nadie, así que la pista sería para nosotros dos, algo realmente increíble.

—Primero dais dos vueltas para reconocer el circuito y, dependiendo de quién cruce antes la meta, saldréis en esa posición cuando empiece la carrera. En ese momento, tendréis quince minutos de competición. ¿Alguna pregunta? —dijo la chica que nos atendió.

—No —respondí entusiasmada.

—No —contestó Álex.

Nos pusimos los cascos y subimos a los karts y, desde ese instante, empezó la diversión. A pesar de que tras el recorrido de reconocimiento Álex se clasificó primero, las tornas cambiaron cuando empezamos la competición. Durante las primeras dos vueltas él encabezaba la carrera, pero llegó un momento en el que tomó mal una curva y yo aproveché para adelantarle con elegancia, algo que supe que le había molestado hasta en lo más profundo de su ser, porque juraría que llegué a escucharle gritar la palabra «tramposa». La sensación del viento sobre la piel y la adrenalina que me recorría todo el cuerpo fue maravillosa, aunque en el último momento

Álex consiguiera adelantarme y ganar, pero salí de allí más feliz que nunca.

—Gracias por esto —le dije mientras íbamos al coche—. No sabes lo feliz que estoy.

—De eso se trata —respondió con una sonrisa.

—¿Adónde vamos ahora?

—A dejar las maletas.

—Vale, pero ¿dónde?

—Es una sorpresa.

A pesar de que solo había ido una vez, cuando cogimos una salida en la autovía pude llegar a imaginarme a dónde nos estábamos dirigiendo, pero no lo creía realmente posible. El muro con ladrillos de color arena era inconfundible. Bajó a toda velocidad del coche y abrió la puerta para que saliera.

—Tienes que cerrar los ojos —me avisó.

Le hice caso y dejé que me guiara. Aproveché cada segundo que sus dedos se entrelazaron con los míos y los eché de menos cuando se apartó para situarse detrás de mí.

—Ábrelos.

Su casa estaba terminada. El porche de madera de nogal era realmente precioso, pero aún no tenía ninguna silla para disfrutar del fresco de las noches de verano. Había elegido un color blanco que quedaba bien con el contraste de la madera. Miré a nuestro alrededor y el suelo estaba completamente lleno de césped, no como la última vez que lo había visto.

—Ha quedado preciosa, Álex. —Le miré con una sonrisa y descubrí que él solo tenía ojos para mí.

—¿Te parece buena idea que durmamos esta noche aquí?

—¿Lo dices de verdad?

Asintió. Subimos las escaleras del porche y abrió la puerta de la casa, que estaba vacía. En el salón había únicamente un enorme sofá y una televisión frente a él. En la cocina, solo estaban los muebles y la isla, y en su habitación la cama, pero sin sábanas ni almohada.

—Esto está demasiado… frío, tenemos que ir a comprar ahora mismo —le dije preocupada—. No sobreviviríamos ni una hora aquí.

Álex rio a carcajadas.

—Metamos las maletas dentro y nos vamos a Ikea.

Para mí, los sábados siempre habían sido un día para dormir hasta tarde. Para comer en el desayuno toda la bollería que quisiera y tomarme una cerveza con Sara y Guille antes de irnos de fiesta. Habían sido días para pensar en nuevas ideas y centrarme sobre todo en mimarme a mí misma, echándome mascarilla en el pelo y en el rostro mientras me hacía las uñas. Días tranquilos en los que hacía un poquito de todo, en los que me centraba en mí, pero de repente eso había cambiado. Ahora los veía como días en los que me reunía con Álex y pasábamos tiempo juntos, en los que nos íbamos hasta Ikea a comprar cosas para su nueva casa. Días en los que dábamos paseos por Madrid, en los que comíamos hasta rebosar y nos reíamos a carcajadas de cualquier tontería que soltáramos por nuestra boca. Y me encantó verme así con él, como si de verdad fuéramos una pareja que acabara de empezar y lo único que hacía era disfrutar de la compañía del otro.

—A ver, tenemos que preparar una lista —dije abriendo el bloc de notas de mi móvil mientras Álex conducía—. ¿Sabes qué te hace falta que no vayas a traerte en la mudanza?

—La verdad es que no. Me gustaría, ya que cambio de casa, renovar la mayoría de las cosas que tengo y las demás dárselas a mi hermano si las necesita.

—Pues a ver. Hacen falta unas buenas sábanas y una almohada. También utensilios para la cocina y cositas para el baño.

—Apunta comida. Al menos que tengamos para hoy y mañana.

—Te haría falta también una mesa… Si no, ¿dónde vamos a comer mientras vemos la tele?

—Me parece bien. Podemos coger una de esas mesas plegables que se colocan delante del sofá.

—Genial.

Hice una lista de decenas de cosas que no podían faltar para nuestra noche allí, y de repente me di cuenta del paso tan importante que estábamos a punto de dar. Álex iba a pasar la primera noche en la casa de sus sueños conmigo. No supe ni siquiera cómo sentirme. Era un momento crucial en su vida y quería celebrarlo junto a mí. Algo que iba a recordar siempre y yo estaría en aquel recuerdo, y aun así él quería que fuera yo quien estuviera, nadie más. Ni otra mujer, ni su hermano, ni ningún amigo, solo él y yo. No pude evitarlo y sentí una gran presión sobre mi pecho, pero he de reconocer que se esfumó en cuanto llegamos al aparcamiento de Ikea y me cogió de la mano.

Tardamos al menos cuatro horas en salir de aquella laberíntica tienda de muebles y accesorios de decoración, pero lo hicimos satisfechos. Fuimos sección por sección con toda la calma del mundo buscando cosas para llenar la casa. Compramos cubiertos, vasos, platos y sartenes para la cocina; una mesa blanca de centro elevable que, según él, iba a conjuntar con el resto de los muebles; compramos toallas para el baño y una almohada y sábanas para la habitación. Salimos con el carro a rebosar y, después, nos fuimos a por la comida.

—Dios, Álex, no recordaba cómo era una mudanza. Estoy agotada y no hemos ni colocado las cosas que te has comprado —dije ya sentada en el coche de vuelta a su casa.

—Eso es porque llevamos todo el día de un lado para otro. La verdad es que no había contado con que estaríamos tan cansados, lo siento.

—No, no, qué va. Me lo estoy pasando genial. Está siendo un fin de semana muy diferente a lo que estaba acostumbrada.

—¿Y eso es bueno? —me preguntó con un poquito de miedo.

—No te puedes ni llegar a imaginar cuánto —le respondí antes de poner mi mano sobre su nuca para acariciarle el pelo.

—Ahora mismo estoy en el cielo.

Tras pasar varias horas colocando todo lo que habíamos comprado, e incluso montar juntos el mueble del salón, momento en el que llegamos a discutir porque cada uno decíamos que se hacía de una manera, acabamos haciéndonos para cenar una simple ensalada, la comida con menos elaboración de lo que habíamos comprado. Antes de hacer cualquier otra cosa, le di por sorpresa el libro de fotografía que le había comprado. Y él, emocionado, me llenó la cara de besos.

—¿Se verán bien las estrellas desde aquí? —pregunté con ilusión cuando salimos al jardín.

—¿Probamos?

Cogimos las toallas que habíamos comprado y las echamos sobre el césped para tumbarnos sin mancharnos. La brisa de la noche ya comenzaba a molestarme, así que me acerqué a Álex y me coloqué sobre su pecho escuchando cómo suspiraba.

—Ahora mismo me siento tan bien que podría quedarme así toda la vida —dijo sin más mientras me acariciaba la espalda.

—¿Estás seguro de que quieres pasar la primera noche en tu casa conmigo? —pregunté con miedo de que se arrepintiera en algún momento de su vida.

Se mantuvo en silencio y pude escuchar cómo su corazón latía más deprisa. Giré la cabeza, preocupada, en su dirección para intentar averiguar por qué se estaba poniendo nervioso.

—¿Álex…?

—Me gustas, Mérida, me gustas muchísimo —confesó mirando hacia las estrellas—. Cuando comencé a construir esta casa nunca me llegué a imaginar que la primera noche la fuera a pasar con alguien tan especial como tú. Así que, sí, estoy totalmente seguro.

Me acerqué a sus labios y le besé, notando el rubor de sus mejillas en la yema de mis dedos mientras le acariciaba el rostro. Ese beso fue distinto a los que ya nos habíamos dado, porque uno de los dos ya había confesado lo que sentía por el otro, así que, por su parte, fue más sincero, ya que mi beso escondía un secreto y mucho miedo. Me volví a tumbar sobre su pecho y noté cómo Álex sacaba el móvil de su pantalón.

—¿Ponemos música?

—Si quieres que me enamore de este momento, sí —respondí.

No pasaron apenas cinco segundos cuando comenzó a sonar en su jardín *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran. Me refugié en su cuello mientras escuchaba la música y solo tenía ganas de quedarme así junto a él para siempre. Habíamos estado hablando durante toda la tarde y ahora solo necesitaba sentirle pegado a mi piel hasta notar que pudiéramos fusionarnos. ¿Cómo podía sentirme así con otra persona? ¿Cómo era posible que cada día que no nos veíamos le echara más de menos, y que cuando estábamos juntos el tiempo que disfrutábamos no fuera suficiente?

—Ojalá nuestro tiempo aquí fuera infinito —dije pensando en que al día siguiente volveríamos a la realidad.

—¿No te das cuenta, Mérida? Cada vez que estamos juntos creamos pequeños infinitos.

—Pero eso no es suficiente —me quejé—. Yo quiero más…

—No te preocupes, preciosa, poco a poco crearemos nuestro propio infinito. Uno que de verdad no acabe nunca.

Y con esa simple frase sentí paz, como si todas las preocupaciones que pudiera tener en un futuro se esfumasen y todo fuera a ir bien porque iba a estar a su lado. ¿Eso era el amor? ¿Sentir paz al estar cerca de la persona que te transmite esa sensación?

—Podemos hacer una lista conjunta en Spotify —dijo sacándome de mis pensamientos.

—¿Para qué? —pregunté al incorporarme y así mirarle directamente a los ojos.

Él también se incorporó de un movimiento ágil y trasteó en el móvil antes de responderme:

—Porque sería una manera de dar a conocer que nos acordamos del otro. Cada vez que escuchemos una canción que nos recuerde a algún momento en el que hayamos estado juntos, por ejemplo, podríamos añadirlo a la lista.

—Es la primera vez que voy a tener una lista de música con alguien.

Dejó de mirar el móvil y me observó con satisfacción.

—Me gusta que hagas cosas conmigo por primera vez.

—Álex, contigo estoy descubriendo un mundo nuevo de primeras veces —confesé en un susurro.

Tiró su móvil al suelo sin ningún miramiento y me besó con tanto amor que se me escapó una fugaz lágrima de uno de mis ojos. Nunca había experimentado cómo era que te quisieran. Porque, a pesar de que Álex no me hubiera dicho todavía aquellas palabras, me lo demostraba cada día, incluso aunque no estuviéramos juntos.

Aquel beso fue subiendo tanto la temperatura de nuestros cuerpos que continuamos en su cama, en un lugar más cómodo e íntimo para seguir amándonos. Nos desnudamos deprisa y nos

acariciamos despacio, siguiendo un extraño juego de ganas y placer que nos hacía querer sentirnos cuanto antes, pero al mismo tiempo disfrutando de nuestra piel. Siempre me acordaré de aquel instante porque besó cada rincón de mi cuerpo como si hubiera sido lo más increíble que hubieran probado sus labios y, a pesar de que yo quise hacerle sentir tal como me había hecho sentir a mí, ya no fue posible, porque el ansia por sentirnos era tan intensa que Álex me frenó y se introdujo dentro de mí.

Ese día cambió nuestras vidas por completo. Aunque no fuera exactamente como nos lo habíamos imaginado, aquella noche fue cuando creamos nuestro infinito juntos.

Capítulo 13

LONDRES Y EL AMOR

Cuando llegué a casa después de pasar un maravilloso e increíble fin de semana junto a Álex, descubrí que había llamado a nuestra lista de Spotify *Nuestro infinito*. Me gustó tanto aquel pequeño gesto que añadí *Refugio* de Evaluna Montaner, mi pequeña aportación para hacerle ver cómo podía llegar a sentirme a su lado. A partir de ese momento, los siguientes días mantuvimos un divertido juego entre nosotros, en el que cuando uno añadía una canción, el otro automáticamente agregaba otra nada más verlo, sin que supiéramos de verdad si sentíamos lo que nos contaba la canción o solo era porque nos recordaba a algún momento que habíamos pasado juntos.

El jueves de aquella semana fue nefasto. Comencé el día sabiendo que Sara iba a empezar a buscarse un piso para irse a vivir ella sola porque quería dejarme de nuevo mi espacio, pero habíamos pasado tantos meses juntas que ya estaba acostumbrada a su compañía, por lo que no me lo tomé muy bien. Después, cuando llegué al trabajo, todo se convirtió en algo surrealista. Nos íbamos al día siguiente a Londres para la presentación de Cronos y Martina estaba insoportable, más de lo que estábamos acostumbrados a aguantar cuando había algún evento importante. Sin venir a cuento, descargó gran parte de su enfado conmigo y tuve que saltar:

—Para el carro, Martina. ¿A qué viene todo esto? Te recuerdo que deberías estar pidiéndoselo a Carlo, no a mí.

Rebufó y se sentó en la silla frente a mi escritorio.

—¿Puedo confesarte una cosa sin que lo utilices luego en mi contra?

—Me ofende esa pregunta. Parece como si no me conocieras desde hace tres años.

—Precisamente por eso sé que harías cualquier cosa por ser la directora creativa.

Tenía toda la razón del mundo, pero notaba que algo dentro de mí había cambiado de alguna manera, como si ya no fuera a ser capaz de hacer todo lo posible por conseguir lo que quería, cayera quien cayera, como siempre había hecho.

—Suéltalo, anda, no lo voy a usar en contra de nadie.

—Tengo la sensación de que vamos a perder la cuenta de Cronos. No paran de exigirnos una perfección imposible y Carlo pierde los nervios en cuanto nos piden más cambios.

—A ver, eso ya lo hemos vivido en alguna ocasión y salimos adelante. Estáis todos muy tensos y no entiendo por qué.

—Porque no creo en Carlo, y él tampoco cree en sí mismo, ese es el problema.

Fue muy duro escuchar aquello, porque siempre pensé que Martina tenía en muy alta estima a Carlo, por lo que no entendí nada de lo que estaba ocurriendo. Había estado los últimos meses tan inmersa en conocer a Álex que se me habían pasado muchos detalles en la oficina.

—Fuiste una de las personas que vio el potencial de Carlo para llegar a ser el próximo director

creativo de la empresa. ¿Por qué opinas así ahora?

—Porque parece que no sabe lidiar con el estrés que supone todo esto y se le está yendo de las manos.

—Solo puedo decirte que confíes en él. Está compitiendo conmigo por el puesto, ¿no? Por algo será.

Al parecer, dije la frase que necesitaba escuchar porque aprecié cómo se le quitaba una gran losa de encima. Cerró los ojos y respiró profundamente antes de levantarse de la silla y dirigirse hacia la puerta, pero antes de abrirla se giró.

—Estoy segura de que serías una gran directora creativa. Me tranquiliza que vengas con nosotros mañana.

Se marchó y me dejó con una sensación agridulce tras aquellas palabras. ¿De verdad merecía aquel puesto como decía ella? ¿Max estaba siendo tan exigente con Carlo porque Sara y yo nos habíamos involucrado demasiado en sus vidas? Era lo que quería en un principio, entonces, ¿por qué sentía pena por él cuando Carlo había hecho todo lo posible siempre por fastidiarme? Sin esperármelo, mi teléfono vibró y vi que Guille me estaba llamando, algo realmente inusual.

—¿Todo bien? —pregunté en cuanto descolgué.

—¿Cómo has…?

—Nunca me llamas por teléfono —respondí como si fuera obvio.

—Necesito que cenemos esta noche. Me ha pasado algo de nivel cinco. Tengo que desahogarme.

—Mañana me voy temprano a Londres, ya lo sabes…

—Si no fuera una urgencia para mí, de verdad que no te diría nada. Os necesito.

—Vale, pero cenamos pronto. Llama a Sara y luego nos vemos.

Más tarde, a punto de irme a casa, abrí uno de los cajones de la mesa para llevarme unos papeles que necesitaba leerme antes de ir a Londres, cuando me encontré con un sobre marrón mostaza, el que me había dado Álex unas semanas atrás. Se me había olvidado por completo y no tardé ni cinco segundos en abrirlo de la curiosidad que me entró. De allí salieron más de veinte fotografías en blanco y negro, de cuando hicimos la sesión en su dormitorio. Me quedé asombrada de lo perfectas que eran, ni siquiera reconocía a la mujer que estaba en las fotos, no porque me hubiera retocado, sino porque parecía que había realizado aquella sesión con una modelo profesional y no conmigo. Me gustaron tanto que no me lo pensé dos veces y cogí un taxi directo hacia Cronos con la esperanza de que Álex fuera como yo y se quedara hasta tarde trabajando. Por suerte fue así.

Al llegar a la oficina descubrí que estaba abierta con la mayoría de las luces apagadas, dando a entender que estaba cerrado, pero que aún había gente dentro. En la recepción no había nadie, así que, con miedo, me adentré hacia lo que recordaba que sería su despacho. Antes de entrar llamé a la puerta y, tras esperar unos segundos, no recibí ninguna respuesta, así que me di la vuelta y empecé a deshacer el camino que había hecho.

—¿Mérida?

Me giré al escuchar la voz de Álex y no puedo negar que me diera un placentero escalofrío cada vez que pronunciaba mi nombre.

—Hola —dije en cuanto me giré hacia él.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con una sonrisa al salir de la sala de reuniones en la que entramos una vez Carlo y yo.

Ni siquiera le respondí. Fui directa hacia él y le besé apasionadamente. Me recibió con

sorpresa, pero enseguida supo responderme con la misma pasión con la que le estaba besando. Fue tan intenso que incluso necesitamos unos segundos para coger aire.

—¿Y esto? —preguntó jadeante.

—Acabo de ver las fotos que me hiciste. Son preciosas.

Álex rio.

—¿En serio las has visto ahora? Pensaba que no te habían gustado.

—Pero si son increíbles, ¿cómo no iban a gustarme? Parezco otra mujer.

—No. Esa es la mujer que yo veo cada vez que te miro. Ni más, ni menos.

Nos volvimos a besar, como si fuera lo único que quisiéramos hacer durante el resto de nuestras vidas, aunque Max nos interrumpió:

—Oye, Álex, ¿vas a llevar el cargador del móvil? No encuentro el mío… Oh, joder.

Nos separamos y le miramos. Álex me acercó a su pecho y me abrazó con uno de sus brazos.

—Tío, Max, como si nunca hubieras visto a alguien darse un beso.

—Coño, eres mi hermano, me da asco. No te ofendas, Mérida.

—No, tranquilo, lo entiendo. Bueno, debería irme a casa. He quedado con los chicos para cenar y tengo que cambiarme.

—¿Vas a ver a Sara? —soltó Max con ilusión.

—Vive conmigo, Max, la veo todos los días.

—Sí, sí, pero puede que por poco tiempo —dijo de manera misteriosa—. Me voy, que tengo que terminar la maleta.

Se fue sin más, sin que me diera tiempo a preguntarle por qué había dicho aquello y, cuando miré a Álex, parecía que él tampoco supiera nada.

—Tengo ganas de que mañana estemos juntos en Londres. —Me dio un beso en la cabeza y me abrazó con un poco más de fuerza—. Hay un sitio al que quiero llevarte.

—Yo no sé tú, pero yo voy por trabajo —le dije en tono de broma.

—Mi hermano está de los nervios por la presentación del sábado. Mañana va a tener a Carlo y a tu jefa encerrados en la sala de reuniones del hotel ultimando los detalles. Ni siquiera se van a dar cuenta de que no estamos.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Al llegar a casa y cambiarme de ropa, salí directamente a la ubicación que me había mandado Sara. Llevaban un rato tomando unas cervezas al lado del restaurante en el que íbamos a cenar y ya se les veía algo más contentos que de costumbre, y eso que Guille parecía preocupado cuando hablamos por teléfono.

—Hola, chicos. ¿Vamos a comer?

—Sí, sí —dijo Sara entre risas—. Voy a pagar, esperadme.

Se metió dentro del bar con algo de descoordinación.

—¿Qué coño os pasa? —le pregunté a Guille que estaba riéndose a solas aún sentado en la terraza.

—Hemos bebido un poco de más y encima Sara me ha contado una anécdota supergraciosa del trabajo.

—Joder, ¿ya os está empezando a afectar el alcohol? Qué mal eso de cumplir años…

—Eh, no te pases. Ya sabes que no me gusta hablar de esas cosas.

—Guille, me debes diez euros —le exigió Sara al salir del bar.

—Te invito a cenar, rata.

Por suerte, fue algo pasajero. En cuanto entramos al restaurante supieron comportarse como

los adultos que creíamos ser. Los chicos se adaptaron esa ocasión a mis gustos fuera de lo normal y de primero pidieron el postre, como solía hacer yo. Me encantaba ver la cara de los camareros, porque era algo que les descolocaba por completo. Siempre he pensado que un lugar se juzga más por el postre que te ofrecen que por la comida. Hay ocasiones en las que la gente no suele darle demasiada importancia al postre porque, cuando lo piden, están llenos y no saben apreciarlo en todo su esplendor, así que, si el postre estaba delicioso, la comida lo estaría mucho más. Mi forma de comer lo comparaba también a la hora de calar a las personas. Siempre conocemos primero la última versión de cada uno, pero para conocer a alguien a fondo hay que comprender todo lo que han vivido antes.

Tras el primer plato, cuando apenas nos entraba nada en el estómago, Guille se derrumbó sin venir a cuento. Sara y yo nos miramos perplejas, ya que era la primera vez que veíamos ese cambio de ánimo tan brusco en él. Intentamos consolarle, pero había entrado en un bucle que no sabíamos cómo romper.

—Guille. —Apoyé mi mano en su espalda—. ¿Qué te pasa? Nos estamos preocupando.

—Es que, joder. —Cogió aire muy despacio y lo soltó de golpe antes de levantar la mirada hacia nosotras—. ¿Os acordáis de la pareja con la que me estaba acostando sin que ellos lo supieran?

—Como para olvidarlo —respondí.

—Pues han cerrado la relación. Ya no se van a acostar con otras personas, y claro, eso me ha afectado de lleno.

—No me lo puedo creer —contesté intentando no reírme de la situación.

—Oh —dijo Sara—. Pues me parece bien, eso es que se han dado cuenta de que se quieren.

Guille la miró enfadado.

—Que tuvieran una relación abierta no significaba que no se quisieran, era otra forma de quererse tan válida como cualquiera.

—Puede ser, pero es algo que nunca veré bien. Si quieres a alguien, ¿por qué vas a desear acostarte con otras personas?

—Porque cada pareja puede decidir cómo quererse —respondió Guille totalmente convencido —. ¿A que sí, Meri?

—No, a mí no me metáis en este tema de conversación, que yo ni pincho ni corto.

—¿Que no? —chilló Sara—. Guille, di que Meri está enamorada de Superman.

—No mientas —negué nerviosa.

—Yo aquí creo que me he perdido muchas cosas. Nunca entiendo nada.

Sara le dio golpecitos a Guille en el hombro para que solo se fijara en ella.

—Te pongo al día. Meri empezó a quedar con Superman…

—Álex, se llama Álex —la interrumpí. Ya que iba a contarlo todo, por lo menos que lo hiciera de una manera seria.

—Bueeeno. Pues Meri empezó a quedar con Álex simplemente por interés, porque quería ganarse la confianza de él para que viera lo buena que es en su trabajo y así quitarle el puesto al idiota de Carlo, pero…

—Buenas noches, Fernández.

Aquella odiosa voz la reconocería en cualquier parte del mundo, por desgracia. Carlo apoyó su mano en mi hombro y yo lo aparté en un acto reflejo por no querer tener ningún tipo de contacto físico con él.

—Anda, Carlo, qué raro verte por aquí —respondí con un tono seco y hostil.

—Estoy tan tranquilo con lo del fin de semana que he decidido cenar con unos amigos. La verdad es que no sé por qué tienes que venir tú.

—Ah, pero ¿tienes amigos? —contesté ignorándole.

—Qué graciosa… —respondió ofendido—. Bueno, nos vemos mañana. Parece que el fin de semana promete mucho.

—Sí, a ver cómo sale todo. ¿Te importa? Estábamos conversando tranquilamente.

—Ya, ya. —Nos miró con una sonrisa de autosuficiencia—. Nos vemos mañana.

Le vimos marcharse por la puerta junto a un chico que le estaba esperando, que, desde lejos, parecía que era mejor persona que Carlo. En cuanto me aseguré de que se había marchado, miré preocupada a Sara y a Guille.

—¿Creéis que ha escuchado algo de lo que decía Sara?

—No creo —contestó Guille quitándole importancia—. Venga, sigue.

—No sé ni por dónde estaba… ¡Ah, sí! Pues eso, que empezó como un plan para subir de puesto en la empresa, pero pasar tanto tiempo con él ha hecho que estén enamoraditos el uno del otro.

—Eso no es verdad. —Ambos me miraron con el ceño fruncido—. A ver, puede que Álex me guste un poco, pero es solo eso.

Rieron a carcajadas y llamaron la atención de las personas que estaban allí sentadas.

—Pensaba que nunca vería esa parte de ti —confesó Guille—. Te gusta un tío.

—Y a ti te gusta una pareja que ha decidido cerrar su relación.

—¡Eh! —se quejó—. ¿Por qué te metes conmigo?

—Porque tú te burlas de mí. Sí, puede que Álex me esté haciendo cambiar de opinión, pero nunca tendremos nada serio entre nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Sara, disgustada.

—Porque no sabría cómo hacer para no herirlo.

Zanjamos la conversación en ese momento. Ninguno de los dos quiso añadir nada más porque sabían que tenía razón en lo que les había dicho.

Aquella noche, cuando Sara y yo volvíamos a casa, la noté tan rara que no pude evitar preguntarle si le pasaba algo, y me acabó confesando que había estado hablando con Max sobre ir a vivir juntos. Mi primera reacción fue reacia a sus palabras. Era demasiado pronto para que se fueran a vivir a la misma casa, y más cuando Sara estaba empezando a volar. Evité darle mi opinión sincera porque la veía muy ilusionada con la idea, pero sabía que algún día tendría que hablar con ella para que se tomara las cosas con más calma.

A las cinco y media de la mañana estaba subida a un taxi con destino al aeropuerto. Haber dormido tan pocas horas había hecho que ni siquiera me hiciera la raya del ojo, algo sagrado para mí, pero como no íbamos a empezar a trabajar hasta que llegáramos al hotel, lo di por válido. Cuando llegué, Martina y Carlo ya estaban esperando en la puerta de la terminal. Era la primera vez que veía a Martina sin traje ni falda, iba vestida cómodamente con unos vaqueros y un fino jersey, al igual que yo.

—Chicos, este fin de semana es muy importante para la empresa. Espero que estéis motivados.

—Yo lo que tengo ahora es un sueño que me muero —dije mientras bostezaba.

—Todo controlado —respondió Carlo de forma indiferente.

En realidad, por lo que sabía de Álex, ellos no iban a salir hasta las nueve de la mañana, pero

Martina quería que llegáramos antes al hotel para repasar hasta el más mínimo detalle en el que pudiéramos flaquear para que todo saliera como quería. Lo entendía perfectamente, porque era casi igual de perfeccionista que ella, pero le seguía sin ver ningún sentido a que yo fuera con ellos.

Nos reunimos con Max y Álex sobre la una de la tarde, después de haberme metido en vena más de tres cafés para mantenerme despierta. Ellos aparecieron impolutos con sus trajes, y a mí me hicieron sentir un poco mal por no arreglarme más, aunque me di cuenta de que Martina acabó sintiendo lo mismo que yo. Tras una presentación en la que Carlo lo hizo bien, Max se negó rotundamente y se puso más nervioso de lo que ya estaba al ver que para él no estaba perfecto. En un despiste, les hicimos creer que nos íbamos a comer, y Álex y yo nos escapamos de allí.

—¿Qué le pasa a tu hermano? Carlo lo ha hecho bien, y para que yo diga eso… —le pregunté mientras nos dirigíamos a la recepción.

—Lleva varias semanas muy raro. Es como si se arrepintiera de la idea que eligió. Cuando le pregunto sobre el tema evita que hablemos de ello.

—Pues es tarde para eso.

—Lo sé. —Frenó en seco e hizo que me girara hacia él—. ¿Podemos ir un segundo a mi habitación? Necesito quitarme el traje.

—Claro, si lo raro es que hayáis ido así en el avión.

—Idea de mi hermano.

Fuimos hacia su habitación y lo primero que hicimos nada más atravesar la puerta fue besarnos como si lleváramos años sin tocarnos. Eso de tener que escondernos para que nadie de mi empresa nos viera se me hacía raro, porque, por una parte, era como si estuviera haciendo algo malo. A pesar de que en un principio nos contuvimos, ya que Álex compartía la habitación con su hermano y sabíamos que podría entrar en cualquier momento, todo se desmoronó cuando él sacó la ropa de la pequeña maleta que había traído y se fue al baño a cambiarse, un gesto que me sorprendió, porque ya lo había visto desnudo. Al parecer, no teníamos esa confianza especial que tenían las parejas para cambiarse delante de la otra persona sin ningún tipo de vergüenza.

Me levanté de la cama en donde me había sentado para esperarle, cuando el espejo de la habitación me enseñó todo lo que sucedía en el baño, y no pude evitar quedarme embobada viendo su espalda desnuda, admirando un lunar que tenía en la zona lumbar. Era el único lunar que podía ver desde ahí porque era del tamaño justo para observarlo en la distancia. Y en ese momento quise que estuviéramos desnudos sobre la cama para poder contar cada uno de los lunares que aún no había descubierto en su piel. Antes de que se pusiera el jersey, me acerqué hasta él y le abracé por la espalda, sorprendiéndome a mí misma de aquel gesto que estaba teniendo.

—Hola —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que podía ver gracias al espejo del baño—. ¿Y este abrazo?

—Quiero que un día estemos tumbados en mi cama, totalmente desnudos, mientras conocemos el cuerpo del otro.

Se giró para mirarnos de frente y me sujetó el rostro con las manos, durante unos segundos, antes de besarme.

—Siento decirte que no podemos hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté sorprendida por su respuesta.

Acercó sus labios a mi cuello, me volvió a besar y después se colocó en mi oído para

susurrarme:

—Porque estoy haciendo todo lo posible por no enamorarme de ti y tú no paras de estropearlo.

Sentí mariposas en el estómago y se me erizó la piel al escuchar aquellas palabras con su sensual voz. Era una sensación que solo había vivido con él y me descolocaba por completo. ¿Cómo una maldita frase dicha por sus labios podía hacerme sentir tantas cosas? Estaba dispuesta a contar todo lo que experimentaba con él, pero no sabía las palabras con las que expresarme.

—Álex…

—Venga, preciosa. Me pongo el jersey y nos vamos a comer.

Me conocía lo suficiente como para saber que no estaba preparada para hablar, por eso no quiso que continuara con la frase que ya había empezado, y lo agradecí.

Cogimos el metro y nos bajamos en Westminster. Álex me contó que vivió en Londres durante dos años cuando terminó los estudios, y se conocía tan bien la ciudad que había organizado una ruta en la que quería enseñarme los lugares más bonitos, pero solo disponíamos de ese día para nosotros. Al día siguiente era la presentación de Cronos y el domingo nos iríamos a casa temprano, así que teníamos que exprimir al máximo las horas que nos quedaban allí juntos.

Hacía frío y el cielo estaba cubierto de unas nubes grises que amenazaban con descargar su furia sobre nosotros, pero en principio tuvimos suerte. Al salir del metro, me cogió de la mano y quedé fascinada al encontrarnos de lleno con la Elizabeth Tower, erróneamente conocida como Big Ben. También admiramos el palacio de Westminster. Y ahí, con la Elizabeth Tower de fondo, nos hicimos nuestra primera foto juntos, en la que salíamos realmente increíbles. Dimos un paseo hasta los pies del London Eye y, sin darnos cuenta, hablamos de tantas cosas al pasear por la orilla del Támesis que acabamos en el Millenium Bridge.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —pregunté asombrada mientras cruzábamos el puente.

Álex rio.

—Estoy tan a gusto hablando contigo que pierdo la noción del tiempo. No me había pasado antes… —confesó con una sonrisa de satisfacción.

—Oye, tengo hambre, ¿dónde vamos a comer?

—Pues la verdad es que quería que comiéramos en un restaurante que está cerca del London Eye… Pero estamos demasiado lejos para volver. Tocará elegir el primero que nos llame la atención de por aquí.

—Oh, vas a descubrir un sitio nuevo conmigo. Qué honor.

—Cada lugar que veo junto a ti es como si lo volviera a conocer y todo fuera mucho más bonito.

—Calla o vas a hacer que tenga que besarte.

—Es lo que llevo deseando desde hace tiempo.

Nos besamos en medio del puente, con la gente paseando a nuestro alrededor sin reparar en nosotros, pero yo sentía como si toda la ciudad se hubiera paralizado en cuanto nuestros labios se tocaron. A pesar de que mi piel sentía el frío londinense, él me daba el calor que mi cuerpo necesitaba.

Acabamos descubriendo un pequeño restaurante que hacía esquina en el que nos sirvieron unos *fish and chips* que estaban para chuparse los dedos, aunque fueran más caros de lo que habíamos pensado. Después fuimos a Candem Town, uno de los barrios más famosos de la ciudad conocido por tener más de mil tiendas alternativas en el que dicen que puedes encontrar casi todo lo que te imagines. Entramos en un gran puesto en el que había calles completas llenas

de camisetas de todos los estilos, formas y colores, y nos perdimos observándolas. Cuando ya estábamos a punto de irnos, descubrimos una camiseta con un dibujo en acuarela de una puesta de sol maravillosa, que casualmente solo les quedaban dos y eran de nuestra talla. Regateamos con el tendero y nos las dejó en quince libras cada una en vez de veinticinco como quería vendérnoslas.

—Son más para verano, pero es que estas camisetas son preciosas —dije en cuanto salimos de aquel serpenteante puesto.

—Yo las veo más para dormir —respondió Álex con seguridad.

—Pues entonces me la pondré para dormir en tu casa, así tendremos el mismo pijama.

Me sorprendí a mí misma al haber dado por hecho que al año siguiente Álex y yo estaríamos juntos durmiendo en su casa. Él también se dio cuenta de ello y me besó en la frente con ilusión, como si le hubiera gustado de verdad imaginárselo.

Medio día no fue suficiente para conocer aquella preciosa ciudad. Álex se había hecho una lista mental de todos los sitios a los que quería llevarme, pero se sintió mal en cuanto vio que no nos daba tiempo a visitar todo lo que quería, sobre todo porque hablábamos tanto que se nos iba el santo al cielo y ni siquiera nos dábamos cuenta de que perdíamos la parada de metro o la calle en la que teníamos que desviarnos.

Se estaba haciendo de noche y volvimos a la City, donde teníamos el hotel.

—Hay un sitio al que quiero que vayamos que no podemos perdernos.

Fuimos a un edificio muy alto y subimos hasta la décimo novena planta. Nada más abrirse el ascensor nos recibió un elegante restaurante con estilo de los años veinte. Según Álex, aquel lugar no era un buen sitio para cenar, pero sí para tomarnos una copa mientras admirábamos las increíbles vistas que había desde allí arriba. La ciudad parecía un mar de pequeñas luces desde donde estábamos. La música era adecuada al lugar y se respiraba tranquilidad. A pesar de que era viernes, no había mucha gente a esas horas y teníamos una intimidad que nos hizo conectar más.

Todo se vio interrumpido cuando nuestros teléfonos comenzaron a sonar al mismo tiempo. A Álex le estaba llamando su hermano y a mí Martina, cómo no. Ambos estaban desesperados porque no nos habían visto en todo el día y necesitaban que fuéramos a la sala de reuniones.

—¿De verdad hay que entrar? —pregunté frente a la puerta del hotel—. No quiero tener que fingir.

—Si se enteran de que hemos estado juntos les da un infarto, lo sabes.

Me giré hacia él y le detuve cuando vi que estaba dispuesto a entrar.

—¿Qué vamos a hacer esta noche?

—Mérida, mi hermano se daría cuenta si no duermo con él.

—¿Y qué más da? Mientras que no se entere mi jefa…

Ambos sonreímos con complicidad.

—Entra tú primero, en un rato voy yo.

Me encontré con Carlo y Martina en la sala de reuniones, pero no había ni rastro de Max por allí. Sus rostros no auguraban nada bueno, estaban paliduchos y visiblemente cansados.

—¿Qué pasa?

—El señor De la Vega —respondió Carlo, sin apenas fuerzas en la voz— ha echado para atrás todo lo que teníamos.

—¿Cómo? —pregunté asombrada.

—No sabemos qué más hacer —contestó Martina, desesperada—. Se ha puesto de los nervios cuando ha visto que la exposición no le convencía y se nos ha caído el mundo encima. Estoy

bloqueada.

—Hay que tirar para adelante, como siempre hemos hecho —dije con seguridad.

—¿Dónde has estado, Fernández? —preguntó Carlo con un tono hostil.

—Dando un paseo por la ciudad. ¿Algún problema?

—Que hemos venido a trabajar, no de ocio —respondió de malas maneras.

—Perdona, pero lo primero es que si tú hubieras hecho bien tu trabajo estos últimos meses yo no tendría que estar aquí.

—Basta —gritó Martina—. No estamos para tonterías. Tenemos que pensar en cómo agradar al señor De la Vega.

—¿Dónde está? Quiero hablar con él.

—Creo que se ha ido a la cafetería. —Martina se tiró sobre la silla y se tapó el rostro con la mano.

—Ahora vengo. Voy a ver si puedo llegar a un acuerdo.

Busqué la cafetería y entré a pesar de que las luces de la estancia estuvieran medio apagadas. Max y Álex estaban sentados en la barra dándome la espalda hablando de algo que no alcanzaba a oír. No tenía la confianza suficiente como para acercarme a ellos e interrumpirles, así que carraspeé en medio de la sala y esperé a que reaccionaran. Ambos se dieron la vuelta y me miraron por encima del hombro.

—Os dejo a solas —susurró Max.

—No hace falta. Quiero hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. —Miré hacia Álex—. ¿Nos dejas a solas, por favor?

—Claro. —Se levantó de la butaca y, al pasar a mi lado, me susurró al oído—: Quiero pasar la noche contigo.

Le sonreí y me acerqué hasta Max, que permanecía apoyado en la barra, abatido.

—¿Puedo…?

—Claro, siéntate.

Le hice caso y me senté a su lado. No sabía muy bien cómo comportarme. No teníamos tanta confianza entre nosotros como para decirle las cosas tal y como las pensaba, además de que trabajábamos para él, pero, por otra parte, la unión que tenía con Sara me hacía querer hablarle sin pelos en la lengua, así que intenté buscar un término intermedio con el que entablar una conversación con él.

—Tienes a Carlo y a Martina desesperados. ¿Qué pasa?

—Oh, venga, Mérida. No puedo hablar contigo de eso.

—¿Por qué no?

—Pues…

No parecía que tuviera muchas ganas de contármelo, pero todos necesitábamos que la presentación saliera perfecta y, si no me decía la verdad, no podría hacer nada.

—Max, no sé qué está pasando. Estoy fuera de esto casi desde el principio, pero Martina se desespera tanto que incluso me ha hecho venir hasta aquí cuando no tendría que centrarme en esto, sino en mis clientes. Puedo entender que para ti es muy importante porque Cronos es tu vida, pero es como si no confiaras en nosotros.

—No es eso. —Se rascó la cabeza, nervioso—. Es que me arrepiento de no haber elegido tu idea.

—No te entiendo.

—No me dejé guiar por lo que me gustaba, sino por cómo se podría sentir mi hermano. Cuando os vi enfados por lo que os pasó en el metro, pensaba que él se molestaría conmigo si te elegía a ti y tuvierais que veros. Ha sido una puta gilipollez, ¡mira lo bien que os lleváis ahora!

—Sí, ha sido una puta gilipollez —confirmé—. ¿Cómo se te ocurre decidir algo tan importante para ti por una cosa tan insignificante?

Permaneció unos segundos en silencio antes de responder:

—Porque mi hermano es lo único que tengo, y a veces no sé separar lo profesional de lo personal. No quiero perderle por nada del mundo, Mérida, y pensaba que si no se sentía cómodo en el trabajo se alejaría de mí.

No podía hacer nada al respecto. Se había movido por sus sentimientos y ante eso no había marcha atrás. Lo único que podía decirle en aquel momento es que todo saldría bien y que confiara en nosotros. Por suerte, cuando se lo dije, le sentí un poco más motivado, pero seguía siendo un saco de nervios.

Le mandé un mensaje a Sara y le pedí que animara a Max porque no estaba pasando por un buen momento, y la conocía tan bien que sabía que nada más leerlo le llamaría por teléfono.

Volví a reunirme con Martina y Carlo y les expliqué que todo estaba bien, que lo único que sucedía es que estábamos muy nerviosos por el gran día y teníamos que descansar para que todo saliera genial a la mañana siguiente, a lo que me hicieron caso.

Nada más entrar a la habitación del hotel, me desplomé sobre la cama. Apenas notaba los pies de todo lo que habíamos andado, pero la sensación de haber pasado el día entero en Londres con Álex fue más satisfactoria que cualquier otra cosa que pudiera sentir. Nada más terminar de desmaquillarme y ponerme la camiseta que nos habíamos comprado juntos a modo de pijama, le escribí un mensaje porque realmente tenía muchas ganas de volver a verle.

Mérida:
¿Estás dormido? 01:07

Álex:
Lo estoy intentando, pero no paro de repasar
todo lo que hemos vivido hoy. 01:09

Mérida:
Creo que… si dormimos juntos…
ese problema se solucionaría. 01:10

Álex:
Puede ser… Pero no, tranquila.
No te voy a hacer pasar por ese mal rato. ;) 1:11

Mérida:
Verás, yo me puedo sacrificar, ¿sabes?
Puedo intentar dormir sobre tu pecho para que
concilies el sueño. 1:12

Álex:
¿Dormir otra noche a tu lado?
¿Y tú qué ganas con ello? 1:13

Mérida:
A ti.
Habitación 524. 1:13

No pasaron ni dos minutos desde mi último mensaje cuando escuché que llamaban a la puerta con los nudillos. Al abrirla, Álex seguía vestido con la misma ropa y ni siquiera me saludó, directamente me besó con deseo y cerró la puerta detrás de él. Me levantó y le rodeé la cadera con mis piernas mientras nuestros labios se seguían amando. Llegamos a la cama, me apoyó suavemente en ella y se tumbó sobre mí.

—Te he echado de menos —susurró en cuanto nos separamos.

Le observé unos segundos antes de acariciarle el rostro y apartar un mechón de pelo que se había movido de su sitio.

—Acabamos de vernos, tonto…

—Nos vimos ayer, es demasiado tiempo.

Sentí algo que me dio miedo expresar, así que lo único que se me ocurrió fue besarle desesperadamente para que me hiciera el amor, como necesitaba en aquel momento. De pronto, todo se convirtió en una danza coreografiada de nuestros brazos, desnudando al otro en una perfecta sincronización hasta que terminamos desnudos y sudorosos por la excitación. A pesar de que el sexo fue dulce e íntimo, sentí una desagradable sensación en cuanto terminamos, como si fuera una despedida más que un comienzo.

Permanecimos durante un buen rato abrazados en la cama mientras nos acariciábamos. Me apeteció estar así con él escuchando nuestra lista de Spotify juntos, así que me incorporé para coger de la maleta los auriculares y volví a tumbarme a su lado. Conecté los auriculares al móvil y le coloqué uno de ellos en su oído.

—¿Qué vamos a escuchar? —me preguntó antes de girarse sobre la cama para seguir mirándome.

—Una canción nueva que voy a meter en nuestra lista.

Añadí a la lista *Pretty Boy* de The Neighbourhood. Era una forma de expresarle lo que sentía sin tener que decírselo, y como sabía que entendería la letra, le miré durante todo el tiempo que duró la canción para admirar cómo la expresión de su rostro se iluminaba a cada segundo. Cuando terminó, la volvió a poner para escucharla mientras nos besábamos, como si fuéramos unos adolescentes que acababan de hacer el amor y tuvieran que crear momentos románticos y especiales para recordarlo toda la vida.

—¿Puedo? Quiero meter yo también una canción nueva.

Le entregué mi móvil y de pronto comenzó a sonar *Perfect* de Ed Sheeran. No hizo falta más, porque, a veces, para expresar lo que uno siente, no hace falta que sea con palabras, simplemente dedicándole una canción a la otra persona puedes hacerle ver todo lo que sucede en tu interior cuando lo miras o está a tu lado, así de simple.

A pesar de todo, a pesar de que era una de las noches más mágicas de mi vida, en ese pequeño instante jamás hubiéramos creído todo lo que nos deparaba el día siguiente, porque esa sería la última vez que le besaría.

Capítulo 14

LEY DE MURPHY

La primera ley de Murphy dice: «Si algo puede salir mal, saldrá mal», y qué razón tiene esa maldita frase. Cuando todos los astros se alinean para que un día importante se acabe convirtiendo en un día de mierda, no hay nada que hacer, por mucho que lo intentes y que pongas todo tu esfuerzo en evitar una catástrofe anunciada.

Aquel sábado tan importante para la empresa, comenzó de la mejor manera posible: con Álex sobre mi pecho. Me había despertado hacía rato, pero estaba tan cómoda que me quedé observando la ciudad por la ventana mientras notaba su respiración sobre mi piel, hasta que mi móvil vibró en la mesita y él se revolvió y se quitó de encima dándose la vuelta para intentar seguir durmiendo.

—¿Sí? —susurré al descolgar.

—¿Por qué hablas tan bajito? —preguntó Martina al otro lado del teléfono.

—Eh… Es que me acabo de despertar. ¿Qué pasa?

—Pues ve bajando —ordenó—. Te quiero ver en veinte minutos en la cafetería. Tenemos que ir a la sala en la que haremos la presentación de Cronos.

—¿Podré desayunar algo? Porque si no, no rindo —respondí enfadada.

—Date prisa, por favor.

Colgué e intenté levantarme de la cama con sutileza para no despertar a Álex, pero enseguida se dio cuenta.

—Buenos días, preciosa —susurró mientras seguía boca abajo, sin mirarme.

—Tengo que irme, Álex, lo siento.

Se estiró sobre la cama y aproveché para levantarme e ir hacia el baño a lavarme el rostro y maquillarme antes que cualquier otra cosa. Mientras estaba tapándome las ojeras, que se me habían producido por dormir tan poco aquella noche, me acordé de que tenía una sorpresa para Álex y quería dársela antes de que se marchara de la habitación. Salí del baño a toda velocidad y rebusqué en la maleta.

—¿Qué te pasa? —Estaba sentado en la cama mirándome con el ceño fruncido.

—Cierra los ojos.

—¿Cómo?

—Que cierres los ojos, confía en mí.

Saqué lo que me iba a poner para la presentación y lo dejé sobre la butaca, un precioso vestido negro de lentejuelas con mangas y la espalda al aire, simple pero elegantemente sexi. Cogí el paquete del fondo de la maleta y me coloqué delante de él con los brazos extendidos.

—Ábrelos.

En cuanto los abrió se echó hacia atrás al ver lo que tenía frente a sus ojos y después me miró

extrañado.

—¿Y esto?

—Digamos que con esto estamos en paz.

Sonrió con un brillo especial en los ojos y me quitó el paquete de entre las manos. Me senté a su lado en la cama y rasgó el papel con cuidado hasta que descubrió que lo que había dentro era una camisa, exactamente igual a la que le había manchado el primer día que nos conocimos. Álex no lo sabía, pero tenía memoria fotográfica y recordaba como si hubiera sido ayer la camisa que le manché. Con las tallas ya no era tan buena, por eso cuando me quedé a dormir en su casa aproveché un momento en el que él estaba dormido para ver qué talla tenía y así compensarle por haberle destrozado una camisa que le quedaba como un guante.

—No lo entiendo, Mérida.

—Nunca te pagué la tintorería, y no quería que te quedaras sin una camisa por mi culpa.

—Eres muy tonta —dijo con dulzura mientras la admiraba con los brazos extendidos—. Esto nunca hizo falta, al igual que la tintorería.

—Lo sé, pero…

—No —me interrumpió y me miró—. Que me tiraras el café encima ese día en el metro fue lo mejor que me ha sucedido en la vida. Si nunca hubiera pasado aquello, igual solo nos hubiéramos visto aquel día en tu oficina y no hubiéramos ido a más, pero sucedió, y me gustaste incluso desde ese momento, aunque estuviera cabreado por tener encima del cuerpo café ardiendo.

—Ahora que te lo he dado, me siento mejor, acéptalo porque si no para mí será algo que siempre tendremos pendiente.

—La estrenaré en la presentación.

Me sujetó la barbilla con una de sus manos e hizo un suave movimiento para que me acercara a él y así nuestros labios se rozaran, pero no llegamos a besarnos. A escasos milímetros el uno del otro, rozamos la punta de nuestras narices y Álex confesó algo que jamás pensé que oiría:

—Te quiero, Mérida —susurró antes de besarme y desarmarme por completo.

Llegamos al The Century Club dos horas y media antes de que comenzara de manera oficial la presentación, y no podían haber elegido un lugar más bonito. Teníamos para nosotros, y ciento ochenta personas más, una terraza en la azotea. Di una vuelta por la zona. Había un techo de cristal sujetado por unas vigas de madera preciosas con luces colgantes, con las paredes llenas de naturaleza y unos cuantos árboles en el interior de aquella sala. En uno de los laterales había una puerta que daba a una terraza exterior que, nada más salir, se podía admirar la maravillosa panorámica a Shaftesbury Avenue y a todo el horizonte de Londres. «Las vistas serán más bonitas esta noche junto a Álex», pensé. Cuando ya nos quitáramos la gran losa que cargábamos sobre los hombros, iríamos los dos allí a apoyarnos en la barandilla a admirar las vistas juntos mientras nos pondríamos a hablar de cualquier cosa sin importancia, pero que para mí lo sería todo.

Cuando la gente empezó a llegar al The Century Club, los nervios se acentuaron más. Hasta el momento ni Álex ni Max habían pasado por allí, pero yo lo preferí así, porque pudimos comprobar que todo estuviera listo y perfecto con más tranquilidad que si ellos hubieran estado a nuestro lado.

Mi mundo se paró cuando vi entrar por la puerta a Álex. El traje, con la camisa que le había

regalado, le quedaba increíblemente bien y eso hizo que me pusiera nerviosa, y más cuando lo primero que hizo él fue buscarme dentro de la sala. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, sonrió y me guiñó el ojo, haciendo que me sintiera con ese simple gesto como una adolescente.

—No voy a seguir con esto —gritó Carlo en el atril cuando repasaba sus apuntes.

Martina y yo nos giramos hacia él, que parecía desesperado, pero, por suerte, la música que sonaba de fondo y el murmullo de las personas que estaban picoteando por ahí, hicieron que nadie se diera cuenta.

—¿Qué dices? —le pregunté acercándome hacia él.

—Esto no tiene que ver contigo, Fernández. ¡Aparta!

Me dio un empujón e hizo que me tambaleara, pero conseguí mantenerme firme.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Álex a mi lado. Se acercó disimuladamente hacia mí y me susurró—: ¿Estás bien?

Asentí sin mirarle, solo tenía ojos para despreciar a Carlo por su mierda de comportamiento. Podía reaccionar de tantas maneras que preferí no decir nada de lo que me pudiera arrepentir después, porque todos estábamos muy tensos.

—Que no voy a continuar con esto —volvió a decir Carlo.

—Todos estamos muy nerviosos —respondió Martina—. Pero no puedes rendirte a la primera. Carlo, ya hemos pasado por esto más veces. Voy a pedirte una infusión.

—Me niego, haga lo que haga al señor De la Vega le va a parecer insuficiente, no puedo ni un segundo más con esta presión.

—¿Te vas a rendir el último día? No sé por qué no me sorprende —dije con malicia para ver si conseguía retarle.

—Cállate, que tú tienes la culpa de todo.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Como si no lo supieras —dijo mirando hacia Álex.

—¿Nos podéis dejar un momento a solas, por favor? —nos pidió Martina.

Álex y yo hicimos caso y nos alejamos. Después de asegurarme de que nadie nos veía, le agarré la mano y le llevé hacia la terraza exterior. Londres estaba iluminada por un precioso atardecer y quería disfrutarlo junto a él. Nos apoyamos sobre la barandilla, tal como me lo había imaginado, pero manteniendo la distancia por si alguien nos veía.

—Creo que aún no te he dicho lo preciosa que estás esta noche, aunque me lo he repetido decenas de veces en mi mente desde que he llegado.

—¿Tú crees? Por suerte, toda la atención va para Carlo, la falda es algo corta si hubiera tenido que hacer yo la presentación.

—Estás preciosa, pero me gustas más desnuda, si te soy sincero. —Sonrió pícaramente.

Me aseguré de que nadie nos observaba y le besé con cuidado de no quitarme el color vino de los labios.

—Uf, llega a durar un segundo más este beso y…

—¿Y qué? —le reté a responder.

—No me hagas ser malo, estamos trabajando.

—A mí sí que me gustaría ser mala. Quiero que nos metamos en los baños y lo hagamos allí mismo —le susurré al oído.

—Joder, Mérida…

—¡Mérida! —gritó Martina en la puerta de la terraza.

Nos separamos automáticamente como si estuviéramos haciendo algo malo antes de mirar

hacia ella.

—¿Sí?

—Venga, en quince minutos sales.

—¿Perdona?

—Carlo ha renunciado, la cuenta es tuya.

Tenía que estar en una pesadilla, porque no podía ser real nada de lo que estaba sucediendo.

—Ahora no la quiero —dije de repente al ver la que se me venía encima.

—Mérida, Carlo ha renunciado y le he despedido. ¿Quieres ir por el mismo camino que él? —Miró de forma tensa a Álex, que pilló la indirecta y se marchó de allí dejándonos a solas.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Pretendes que en diez minutos exponga algo de lo que apenas sé? Joder, Martina, que ni siquiera he practicado mi inglés.

—Si no hacemos bien nuestro trabajo, y los demás clientes se enteran, podemos perderlos a todos. Se podría decir que ahora mismo Cronos tiene demasiado poder sobre nosotros.

—Oh, Dios… —me quejé y empecé a rascarme el brazo de los nervios—. Dame los putos apuntes de Carlo e intenta que se alargue la recepción veinte minutos más. Tengo que prepararme.

Fueron los peores treinta minutos de mi vida, pero al menos no tuve tiempo para ponerme nerviosa. Sí que sabía de qué iba el tema porque, por suerte, Martina me había obligado en varias ocasiones a ir a las exposiciones de Carlo y fui viendo la constante evolución de aquella idea, además de que iba a aprovechar la oportunidad para poner más de mi punto de vista. Fue la primera mierda de la noche, pero por desgracia no iba a quedarse todo ahí.

La presentación, aunque la hice con mucho miedo, no salió tan mal como me esperaba. En cuanto me puse el micrófono inalámbrico y subí al pequeño atril, me armé de valor y expuse en inglés todo lo bien que pude, disculpándome antes con los allí presentes por si no sabía explicarme como debía. Me sentía poderosa, al fin había conseguido lo que llevaba meses buscando, la caída de Carlo y más poder en la empresa, por lo que después de esto seguramente lo que vendría sería mi ascenso.

Poco antes de terminar, busqué a Álex, necesitaba saber que todo estaba yendo bien con tan solo mirarle, pero no conseguí encontrarle por ninguna parte, algo que me decepcionó. Al terminar, y tras los aplausos, Max se acercó a mí y me abrazó muy fuerte por sorpresa.

—Gracias, gracias, ¡gracias! Ha estado increíble, Mérida, pensaba que Carlo sería el que iba a presentarnos.

—Le has hecho la vida tan imposible que ha dimitido, por así decirlo —confesé.

—Oh, no pretendía eso…

—Da igual, al final ha salido todo bien, que es lo importante.

—¡Sí! —gritó con ilusión—. Voy a llamar a Sara para contarle cómo ha ido todo.

—Oye, Max… ¿Has visto a tu hermano?

Se encogió de hombros antes de responder:

—La verdad es que hace tiempo que no lo veo. No puedo ayudarte.

—No pasa nada, voy a buscarle.

Mi búsqueda fue en vano, no conseguí encontrar a Álex por ninguna parte. Después de que todo el mundo se marchara, mientras iba al hotel en taxi, intenté llamarle, pero no respondió, así que supuse que estaría dormido y lo dejé pasar.

En el aeropuerto, Martina y yo nos encontramos con Carlo, obviamente, aunque ya no trabajaba para la empresa, el vuelo lo cogía a la misma hora que nosotras, así que fue algo

inevitable e incómodo. Después de aquel raro fin de semana, Martina me dio dos días libres y los utilicé para dormir todo lo que pude y más.

Cuando Sara regresó un día del trabajo, aprovechó para poner en práctica conmigo lo que había aprendido durante los últimos días para perfeccionar la técnica.

—Tía, estoy preocupada —soltó de repente Sara mientras me hacía una técnica en el rostro llamada *contouring.*

—¿Por qué? ¿Tanto tienes que retocar mi cara?

—No, jopé, no es por eso. Es por Max.

Abrí los ojos y la miré con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Suspiró fuerte antes de responderme.

—Desde que volvió de Londres apenas hablamos, y no es normal. Contesta alguno de mis mensajes, pero evita que quedemos.

—Eso sí que es raro…

—¿Crees que Álex podría contarte qué le pasa?

—Siento decirte que no sé nada de él desde antes de la presentación. Le llamé esa misma noche y le he mandado algún mensaje, pero no me ha respondido.

—¿Qué le has hecho?

—Nada, pero empiezo a pensar que si no me ha escrito es porque igual se arrepiente.

—¿De qué?

No se lo había contado. No le había dicho que Álex me confesó que me quería y que yo no supe corresponderle con las mismas palabras, algo de lo que no podía culparme. Era absurdo. Todo estaba bien cuando estuvimos en la terraza admirando las vistas, entonces, ¿por qué no había respondido a mi llamada ni a mis mensajes después de tantos días?

—De decirme que me quería.

—¡¿QUÉÉÉ?! —Se le cayó el pincel al suelo y me miró con la boca abierta—. ¿Te ha dicho que te quiere?

—Sí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada, le di un beso y tuve que arreglarme.

—Tía, normal que esté enfadado.

—¿Quién te ha dicho que esté enfadado?

—¿Tú crees que por eso Max está raro conmigo? —preguntó ignorándome.

—Déjate de tonterías y ve a hablar con él. ¿Para qué vas a estar comiéndote la cabeza si todo se puede solucionar hablando las cosas?

—Ahora está trabajando…

—¿Y? Ve a su despacho, Sara, que parece mentira.

—Pues tú también deberías hacer lo mismo.

Me tiró un paquete de toallitas desmaquillantes y se fue a la habitación a vestirse. Me quité el maquillaje oscuro que había por mi rostro y me vestí con lo primero que cogí del armario. Tenía miedo de que ocurriera algo que no pudiera controlar, porque lo único que quería hacer en ese momento era celebrar que iba a ser la próxima directora creativa y que tendría mi propio equipo.

Como no sabía por dónde empezar a buscarle, llamé a su oficina sin decir quién era y la chica que siempre estaba masticando chicle me confesó que no había visto a Álex por allí desde antes de irse a Londres. Era preocupante, que no hubiera pisado la oficina podía significar varias cosas,

pero algo me decía que no estaba como yo descansando.

El siguiente lugar en el que se me ocurrió buscar fue en su casa, donde le imaginaba montando muebles y terminando de ordenar las cajas de la mudanza, así que cogí un taxi y pedí que me llevara, aunque me fuera a salir ese trayecto por un ojo de la cara.

El cielo estaba cubierto de nubes ennegrecidas que parecían que estuvieran a punto de estallar. Se notaba el ambiente cargado por una extraña sensación de pesadez, como si algo me avisara de que estaba a punto de caer la tormenta del siglo. Llamé al telefonillo y me aparté de la cámara, quería que fuera una sorpresa verme allí, pero acabó siendo todo lo contrario. Álex abrió aquella puerta de metal y me miró sorprendido con el rostro demacrado, como si hubiera perdido parte de su esencia. Fui a acariciarle al verle así, pero se apartó unos pasos, evitando que le tocara.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era ronca y apagada.

—No sé nada de ti desde hace días. No me devolviste la llamada.

—¿Para qué? Ya tienes todo lo que querías.

Aquella frase me impactó, además de que su voz denotaba desdén, algo que jamás había percibido en él. Durante unos segundos no supe qué responder a ello, pero aun así intenté indagar un poco más para saber qué quería decirme.

—¿A qué te refieres? Vengo a verte porque no he sabido nada de ti, estaba empezando a preocuparme.

Rio con sarcasmo e incredulidad.

—¿Cómo puedes continuar con esto, Mérida? Tienes todo lo que deseabas desde un principio, ahora déjame en paz, no tienes por qué seguir.

Fue a cerrar la puerta, pero la frené con la mano e intenté hacer fuerza para que permaneciera abierta.

—¿Seguir con qué? No entiendo nada, Álex.

—Carlo me contó tu plan para conseguir su puesto. Me dijo que lo nuestro había sido únicamente un retorcido plan para que convenciera a mi hermano de que tú eras mejor que él y así conseguir la cuenta.

—Oh, mierda…

—No lo niegas —soltó ofendido con un nudo en la garganta.

—No, joder, eso no es así.

—No lo niegas…

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas que no terminaban por caer, y no pude sentirme más miserable. Había hecho daño a una persona que me importaba de verdad y no sabía cómo solucionarlo. ¿Qué coño podía decirle para que me escuchara, para que me diera una oportunidad de explicarme?

—Álex, por favor, hablemos.

—No vuelvas a llamarme Álex, es más, no vuelvas a llamarme nunca más. Me alegro por ti, de verdad. Me alegro de que hayas conseguido tus metas en la vida, a pesar de que has hecho daño a alguien a quien le importabas. Al final tenías razón en eso que dijiste de que no tenías corazón, pero fui tan tonto que no quise creerte.

—Me importas. Eso fue algo absurdo que desapareció en el momento en el que empecé a conocerte.

—Déjalo, no puedo escuchar tu voz… Ahora no. Siento que hayas venido hasta aquí para nada.

Cerró la puerta y, al igual que si estuviéramos en una película, empezó a llover a cántaros.

Sabía que estaba lloviendo porque escuchaba cómo caía el agua, ya que en mi piel no sentía nada. Vagué sin rumbo por aquella urbanización sin saber muy bien hacia donde me dirigía hasta que Guille me llamó por teléfono para que nos viéramos. Le mandé mi ubicación y vino a recogerme.

Salió del coche a toda velocidad cuando vio que estaba sentada en una acera bajo la lluvia y, tras cubrir el asiento del copiloto con una manta, me hizo entrar dentro de su coche en contra de mi voluntad. Lo único que quería sentir era frío, como el que le estaba haciendo sentir a Álex por culpa del estúpido plan que había tramado meses atrás.

—Meri, ¿qué te pasa? —Guille se frotó el pelo para desprenderse del exceso de agua del cabello.

—¿Podemos ir a tu casa? No quiero volver a la mía.

—Claro.

Me quité las zapatillas y subí los pies en el asiento para acurrucarme como bien podía. Necesitaba sentir algo, aunque fueran mis propios brazos, porque aquel encuentro con Álex me había dejado el alma helada y me iba a costar recuperar de nuevo el calor que había perdido.

No sé en qué instante Guille llamó a Sara, pero ella estaba en la puerta del portal esperándonos cuando llegamos. En cuanto nos encontramos a su lado, me abrazó con fuerza.

—Tía, he hablado con Max. Tengo cosas que contarte.

La abracé un poco más fuerte y subimos a la casa de Guille, que estaba algo descolocada, muy típico de él. Fuimos directamente a la habitación y Sara se tiró sobre la cama, iba a hacer lo mismo cuando Guille me frenó.

—Ni se te ocurra, estás empapada. Toma. —Me dio una toalla y una camiseta—. Vete al baño, sécate y cámbiate.

Sara vino a ayudarme, y mientras me desvestía y me secaba el cuerpo, ella se centró en mi pelo, en quitarme la humedad todo lo posible para que no cogiera una pulmonía. Cuando ya estuve completamente seca, nos tumbamos sobre la cama junto a Guille y permanecimos durante un rato en silencio admirando el techo.

—Se te está descascarillando la pintura —dije para romper el momento.

—Ya, tendré que decírselo a mi casera… Oye, ¿me vas a contar ya qué ha pasado?

—Jopé, Guille, qué poca sensibilidad. Dale su espacio —se quejó Sara.

—¿Poca sensibilidad? ¡Si ni siquiera sé qué ha pasado!

—Al parecer —empecé a decir para que dejaran de discutir—, Carlo nos escuchó el otro día cuando estábamos cenando en el restaurante. Le ha contado a Álex todo el plan que hice al principio, y no quiere volver a verme.

Me tapé el rostro con las manos.

—Qué cabrón. ¿Por qué ha hecho algo así? Os vais a ver todos los días.

Giré la cabeza para mirar a Guille, que seguía mirando al techo.

—Lo despidieron el sábado.

Se volteó a toda velocidad hacia mí, con los ojos abiertos como platos.

—Estas cosas tendríais que decirlas por el grupo, joder, que cada vez que quedamos me siento como que me he perdido media vida vuestra.

Aunque Sara sabía lo importante de lo que había ocurrido el fin de semana, aproveché para contarles a los dos todo lo que había sucedido, casi minuto a minuto, incluso cuando Álex me confesó que me quería. Mientras lo contaba, entendía por qué podía estar tan enfadado conmigo.

—¿Te sientes aliviada de que ya no esté en tu vida? —me preguntó Guille.

—No sé cómo sentirme, la verdad. Solo quise acercarme a él en plan amigos, nunca quise que sucediera todo lo que ha pasado.

—Se lo ha contado a Max, tampoco ha querido verme.

—¿También ha dejado de hablarte? —dije con apenas un hilo de voz.

—No, él sí me ha dejado explicarme, pero le he tenido que contar que lo sabía. Se ha molestado conmigo y me ha pedido que le dé tiempo.

—Vaya movida, chicas. Y lo malo es que puede afectar a tu trabajo, Meri.

—Lo sé, lo sé, no me metas más presión de la que ya siento.

Los días fueron pasando y, por suerte, pude refugiarme en el trabajo. No habíamos vuelto a saber de Cronos, pero porque Max había avisado a Martina de que estaban mirando fechas para otra presentación, esta vez en Madrid, y hasta que no supieran cuándo iba a hacerse no nos dirían nada, algo que me alivió. Necesitaba evadirme de pensar en Álex e, inevitablemente, Cronos me recordaba a él, así que me centré en otros clientes. Me moría de ganas de ir a verle de nuevo, de intentar explicarme, pero yo no era así, no era de las que iba detrás de los tíos pidiendo perdón cuando sabía que no me iban a perdonar, así que lo dejé pasar e intenté con todas mis fuerzas evitar hablar de ello.

A las dos semanas de habernos ido a Londres, Carlo pasó por la oficina; venía a recoger todas sus cosas y a firmar el finiquito. Me enteré de que había venido cuando acababa de marcharse, pero no quise perder la oportunidad de preguntarle por qué lo había hecho, por qué le había contado a Álex toda la verdad. Bajé corriendo las escaleras y, en cuanto salí a la calle, lo busqué por todas partes y le encontré a punto de subir a un taxi.

—Carlo, ¡espera! —grité mientras corría hacia él.

Se quedó con una pierna dentro y la otra fuera y me miró.

—¿Qué quieres, Fernández?

—¿Por qué le contaste a Alejandro todo lo que escuchaste en el restaurante? Aunque teníamos esa rivalidad por ser mejor que nadie, nunca nos metíamos en la vida privada del otro.

Se asomó al taxi y le pidió al taxista que esperara unos minutos antes de cerrar la puerta.

—Jugaste sucio y él tenía que saber la verdad. Conseguiste meterte tanto en sus vidas que me arruinaste profesionalmente. Por más que lo intentaba, por más que hacía los cambios que me pedían, nunca llegaban a ser como tu idea. Eso me anuló como persona en Londres, no pude con la presión.

Al parecer, Carlo era un ser humano como el resto y tenía sentimientos, aunque jamás los hubiera demostrado. Nunca llegué a imaginar que mi plan pudiera afectar a tantas personas, y más cuando hacía semanas que lo había dejado de lado y de lo único de lo que me preocupé fue de disfrutar de las cosas nuevas que estaba viviendo. Pero no quise en ningún momento que él acabara en la calle, fue un daño colateral que no fue planificado.

—Nunca fue mi intención, ni siquiera pensé en ti, solo quería que cambiaran de idea y eligieran la mía, nada más. Si hablas con Martina seguro que lo entiende y te vuelve a admitir.

—No, no quiero volver. En unas semanas empiezo en un sitio nuevo y me vendrá bien cambiar de aires.

Ese día regresé a casa con un sabor agridulce en la boca, como llevaba haciendo desde hacía casi dos semanas. Por desgracia, el día no mejoró al encontrarme con Sara en casa. Ella y Max lo habían arreglado, pero no me esperaba que lo primero que me dijera fuera que ya tenían fecha para irse a vivir juntos: dentro de una semana. Ese momento fue en el que no pude más y me derrumbé. Me tumbé sobre la cama y lloré como nunca lo había hecho. Ella se preocupó tanto

que se tumbó a mi lado y me abrazó sin preguntarme siquiera qué me pasaba, porque Sara sabía perfectamente que no quería hablar, solo necesitaba liberarme.

Capítulo 15

LA CAJITA DE BESOS

Desde que Max llegó a mi vida, algo dentro de mí cambió. Las noches ya no eran tan oscuras, los días de lluvia ya no me parecían tan tristes, e incluso los pimientos ya no me sabían tan mal como siempre lo habían hecho. Mi forma de ver las cosas cambió de repente el mismo día que tuvimos nuestra primera cita gracias a Meri. Me había enamorado tantas veces, y todas habían salido tan mal, que empezaba a pensar que el amor no era para mí, aunque esa idea nunca se la hubiera confesado a mis amigos. Al pasar tanto tiempo con ellos, que no eran de creer en el amor, alguna vez llegué a pensar que me iba a pasar lo mismo y que empezaría a detestar las relaciones de pareja, pero por suerte fue una crisis que superé en cuanto le conocí.

Nadie me había mirado como él. Esa forma en la que se le iluminaban los ojos en cuanto me veía aparecer me hacía sentir bien, como si fuera la única mujer en su mundo, y eso me encantaba. Por eso, desde el principio, quise ir despacio. Aunque pasó más tiempo de lo establecido para besarnos, cuando lo hicimos en aquella despedida, mereció muchísimo la pena. Desde ese instante contaba las horas para volver a vernos y me sorprendía cada vez que él quería que quedáramos, porque jamás había estado con alguien que tuviera tanto interés por mí. Aun así, seguía teniendo el miedo que mis anteriores parejas me crearon: que se cansara de mí. Por eso, cuando Max dejó de contestarme tan a menudo a los mensajes, y ya no me llamaba antes de dormir para darnos las buenas noches, sentí miedo. Porque no había ninguna explicación, y esperaba que la historia no se estuviera repitiendo.

El día que hablé con él y me contó que se había enterado de lo que le había hecho Meri a su hermano se me cayó el mundo a los pies. Por una parte, me sentía mal por no habérselo contado yo, pero ella era mi mejor amiga en el universo y no podía traicionarla de esa manera, y más cuando veía desde hacía tiempo que Álex le gustaba, y eso jamás lo había visto. Se la notaba más contenta al despertarse por las mañanas o cuando Álex le escribía algún mensaje inesperado. Volvía sonriente cada vez que se veían, por más que ella intentara ocultarlo, pero además de ser muy observadora, como nunca la había visto de aquella manera, era mucho más evidente.

Un día, al salir del trabajo después de maquillar a tres niñas que iban a ir de fiesta ese viernes y querían ir divinas, evité ir a casa de Max por enésima vez, como estaba acostumbrada, y empecé a caminar hacia la línea de metro que solía coger para ir a la casa de Meri. Cuando estaba a punto de bajar las escaleras, la música de mis auriculares dejó de sonar y, al mirar el móvil para ver qué ocurría, descubrí que Max me estaba llamando, pero el *bluetooth* me dejó de funcionar, como solía pasarme a menudo, así que tuve que responder a la vieja usanza.

—Hola… —dije nada más descolgar con un hilo de voz.

—Hola…

Nos quedamos en silencio, algo inusual en nosotros, porque hablábamos como cotorras cada

vez que nos juntábamos.

—Max, voy a bajar al metro y sabes que no tengo buena cobertura, ¿querías decirme algo?

—Me gustaría que hablásemos.

—Vale. —Aquellas cuatro palabras me helaron la sangre—. ¿Dónde…?

—Donde siempre.

Cogí el metro y bajé en la parada de Suances. Caminé hasta la fuente circular del parque Quinta de los Molinos, donde solíamos quedar a menudo y dábamos un paseo. Habíamos planeado ir todos los meses del año para ver la evolución de los almendros hasta que dieran flor y así verlos en cada etapa de su vida, como si, por alguna extraña razón, también nos representaran a nosotros y a nuestro cambio como pareja. No sabía si el hecho de que me hubiera citado allí era algo bueno o malo, porque podría ser un lugar en el que continuar avanzando juntos, como los almendros, o para dejarlo por completo.

Llegué cinco minutos antes que él, y me pareció como si las agujas del reloj no avanzaran. A cada eterno segundo que pasaba el miedo me invadía un poquito más, pero todo se disipó de golpe nada más establecer contacto visual con sus preciosos ojos color chocolate. Nada más acercarse a mí, me abrazó con fuerza sin darme tiempo siquiera a saludarle.

—Cómo he echado de menos esto —dije mientras escondía la nariz en su cuello para sentirme en casa.

—Y yo, nena, y yo.

Me apretó un poquito más y nos separamos. Me miraba como si estuviera avergonzado por algo, pero no comprendía qué estaba sucediendo.

—¿Qué pasa?

—He estado pensando mucho estos días desde que me contaste lo de Mérida y mi hermano.

—¿Sí? —Una gota de sudor frío me recorrió la espalda.

—Me dolió mucho que no me avisaras ni me contaras nada, pero, por otra parte, lo entiendo, es tu mejor amiga.

—Max, intenté pararla, de verdad. Le dije varias veces que le contara todo a tu hermano, pero llegó un momento en el que no pude decirle nada. Veía que se gustaban. No quería meterme.

—Lo sé, lo sé. Estoy mal porque mi hermano también lo está. Esto le ha hecho daño.

Nos dimos la mano y comenzamos a pasear por aquel pequeño parque que lo considerábamos como nuestro refugio.

—Estoy completamente segura de que ella también siente algo por él, solo que no sabe exteriorizarlo. Tu hermano es el primer chico que le gusta.

—Joder, me da tanta pena… Hacían tan buena pareja. Además, Mérida es la que nos presentó, siempre se lo deberemos a ella.

Me ponía triste hablar de ellos. Era un asunto en el que poco podíamos hacer, porque nosotros no éramos los que teníamos que poner de nuestra parte para solucionarlo. Le pedí que cambiáramos de tema y me propuso que fuéramos al cine esa noche juntos, pero a mí solo me apetecía acurrucarme en el sofá de su casa con él mientras nos contábamos hasta el detalle más absurdo de los últimos días que no nos habíamos visto.

En cuanto llegamos a su casa, hizo todo lo posible para que me sintiera cómoda y calentita. Me dio una sudadera, que me puse a modo de bata, y me ofreció sus zapatillas de estar en casa, que a pesar de que me quedaban enormes, las acepté encantada.

—Mañana voy a comprarte unas para ti, así cada vez que vengas no tendrás que usar las mías, que en tus piececitos parecen zapatos de payaso.

Ambos nos reímos a carcajadas.

—Vale, pero si me dejas darte unos besos cada vez que me las ponga.

—Me parece el mejor trato del mundo.

Avisé a Meri de que esa noche no iba a dormir a casa. Nos habíamos echado tanto de menos que quisimos pasar todo el tiempo que pudiéramos juntos, porque el que habíamos perdido ya no se puede recuperar, pero sí que se puede aprovechar al máximo todo lo que se tenga por delante para compensar.

—¿Vemos una peli? —le pregunté cuando me senté en su pequeño sofá de dos plazas de color azul marino.

—Venga, elige una mientras llamo para que nos traigan unas *pizzas*, ¿te parece?

—¡Genial! —respondí entusiasmada.

Siempre me habían gustado ese tipo de planes, en los que no te matas a pensar en algo perfecto, cuando lo único necesario es la compañía de la otra persona, y una buena *pizza*, por supuesto.

De entre todas las películas habidas y por haber en aquella plataforma *online*, escogí *El diario de Noa*, mi favorita. Quería verla con Max y darnos muchos besos mientras veíamos los momentos más bonitos y los más intensos juntos. Se marchó a la habitación a pedir las *pizzas* mientras hacía algo que no me había interesado en descubrir porque me entretuve mensajeándome con Meri, que, aunque ella lo negara, estaba de bajón. Debíamos ayudarlos. Ninguno de los dos lo estaba pasando bien y no tenía sentido que siguieran en esa espiral de autodestrucción en la que habían entrado por no tenerse el uno al otro, así que decidí que trazaríamos un plan entre Max y yo para que, al menos, pudieran hablar las cosas.

—Oye, nena —escuché decir a Max detrás de mí.

—Dime —dije mientras seguía tecleando para animar a Meri.

Sus pasos resonaron por el salón hasta que escuché que se detenían a mi izquierda. Seguí tecleando, pero tuve la extraña sensación de que me estaba mirando, así que levanté la cabeza en su dirección y le encontré de pie frente a mí escondiendo las manos detrás de su espalda.

—¿Qué haces ahí parado?

Sonrió nervioso, y eso era extraño en él.

—¿Puedo contarte algo?

—Claro, pero dímelo ya, que parece que te va a dar un soponcio.

Tragó con dificultad, dio un paso más hacia mí e hincó su rodilla izquierda en el suelo sin sacar la mano detrás de su espalda.

—Sara…

«¡Me va a pedir matrimonio!», pensé histérica a punto de que me diera un ataque al corazón. Era el momento que había esperado toda mi vida, aunque fuera demasiado pronto para que diéramos ese gran paso. Por fin iba a vivir el cuento que siempre había querido experimentar, y no podía tener un compañero mejor. Sacó de detrás de su espalda una cajita de color negro de terciopelo de un tamaño inusualmente grande para ser de un anillo.

—¿Te gustaría…? —Abrió la cajita—. ¿Vivir conmigo?

Dentro había una llave de color morado, mi favorito. Le miré a los ojos y no podían estar más brillantes. Se le formó una gran sonrisa en el rostro en cuanto vio que yo también lo hice y asentí con la cabeza porque no me salían las palabras.

—¿Sí? —preguntó con ilusión.

—¡¡Sí!! —grité emocionada, lanzándome hacia él para abrazarnos.

Nos separamos y cogí la llave, que tenía un brillo metalizado que resaltaba el precioso morado con el que había pedido que la pintaran—. ¿De verdad que es para mí?

—Claro. —Se incorporó y se sentó en el sofá dando unos golpecitos con la mano para que me pusiera a su lado—. Ya habíamos hablado de ello. Te he echado tanto de menos estos días que hemos estado separados que no quiero volver a sentir eso nunca más.

—Pero ¿y si alguno de los dos se enfada con el otro? ¿Qué haremos?

—Contentarnos. No me importa lo que pase en un futuro mientras que estemos juntos. Prefiero mil veces estar enfadados en la misma casa a que estemos en un momento así separados.

De repente sonó un timbre a lo lejos y Max se levantó del sofá para abrir la puerta. Admiré aquel pequeño trozo de metal que significaba tantas cosas y, antes de que Max volviera, me fui hacia la puerta, donde se encontraba de espaldas a mí, cerrándola con las *pizzas* en una de las manos, y le abracé por detrás muy fuerte.

—Eh, nena, vas a hacer que tire las cajas. ¿Estás bien?

—Sí —dije mientras aspiraba su olor—. Es que me ha hecho mucha ilusión que me hayas pedido que vivamos juntos.

Se giró hacia mí y me dio un beso en la frente.

—Venga.

Nos volvimos a sentar en el sofá.

—¿Qué peli vamos a ver? —Cogió un trozo de *pizza* y se lo llevó a la boca.

—*El diario de Noa.*

—No, una romántica no, por favor.

—Es que es mi favorita —le supliqué con pena.

Masticó durante unos segundos antes de responder:

—Vale, pero la próxima vez vemos una que a mí me guste.

—Trato hecho.

Nos comimos las dos *pizzas* sin ningún remordimiento mientras veíamos la historia de amor de Noa y Allie y, aunque la había visto cientos de veces, me seguía emocionando con cada escena. Max aguantó como pudo la película e intentó hacer que le interesaba, aunque yo supiera en el fondo que era mentira.

Tras una llorera en la que podía haber llenado una bañera entera con mis lágrimas, Max me consoló. Me hizo que me subiera encima de sus piernas para abrazarme con fuerza.

—¿Tanto te ha emocionado? —dijo sorprendido mientras me secaba las lágrimas que caían por mis mejillas.

—Sí, es que es muy triste, pero aun así me encanta.

—Creo que ya sé cómo puedo hacer que dejes de llorar.

—¿Cómo? —Sorbí por la nariz.

—Lo que pasa es que tienes tu cajita de besos vacía, por eso no puedes parar de llorar. Por suerte, yo sé qué es lo que hay que hacer para solucionarlo.

Sin que me diera tiempo a reaccionar, empezó a llenarme la cara de pequeños besos que repartía velozmente mientras hacía sonidos, lo que me hizo reír a carcajadas. Por más que le pedí que parara, porque me quedaba sin aire en los pulmones de todo lo que me estaba riendo, continuó durante un poco más hasta que paró en seco.

—¿A que ahora estás mejor?

Seguí riéndome y no pude responderle.

—Bueno, si no me dices nada es que tengo que seguir.

Volvió a repartirme besos por el rostro hasta que conseguí, por fin, aspirar algo de aire y hablar:

—Basta, basta, la cajita está a rebosar, no va a cerrar.

—Te la he llenado lo justo para que aguantes unos días. Si vuelves a estar triste, dímelo, que la lleno de nuevo —dijo con una sonrisa realmente preciosa.

Esa noche hicimos el amor, pero esa vez fue distinto, porque lo hicimos sobre nuestra futura cama, algo a lo que tenía que empezar a acostumbrarme. A pesar de que todo era perfecto a mi alrededor, aquella noche apenas pude dormir pensando en cómo se lo diría a Meri. Ya estaba pasando por un mal momento e iba a abandonarla. Me sentí mal porque ella me había acogido cuando más lo necesitaba y yo iba a marcharme justo en el momento en el que ella estaba pasando por lo mismo. Pensé en varias ocasiones despertar a Max para hablar con él, pero cada vez que quería hacerlo le veía tan profundamente dormido, con las sábanas enrolladas en su cuerpo, que desistía al instante.

Tras desayunar juntos, encontré el momento ideal para hablar con él sobre ayudar a su hermano y a Meri. Aunque al principio fue reacio, porque no quería entrometerse en esa situación tan peliaguda, acabó aceptando. Intentaríamos los próximos días hablar nosotros con ellos para calmar la tensión que pudiera haber entre ambos y, cuando viéramos que podían ceder, yo convencería a Meri para que saliera a buscar a Álex, como tenía que hacer.

Ese día me fui a trabajar con un sabor agridulce. Estaba llena de sentimientos buenos porque íbamos a irnos a vivir juntos, pero por otro lado tenía una tarea muy complicada que realizar y que tampoco sabía a ciencia cierta que fuera a funcionar. Meri siempre ha tenido mucho carácter y podía mandarme a paseo, algo muy probable si la agobiaba con el tema de Álex. Durante todo el día, mientras aprendía otros estilos de maquillaje que más tarde tendría que poner en práctica con mis jefas, pensé en cómo decirle a Meri que iba a marcharme de su casa. Quería que ella fuera la primera en saberlo, pero tenía tantas ganas de contárselo a alguien que llamé a Guille en mi descanso, porque sabía que él no diría nada.

—Hola, Sara, ¿qué andas haciendo? —preguntó en cuánto descolgó.

—Nada, estoy en mi descanso. ¿Cuándo volvemos a quedar los tres? Últimamente parece que hay que pedir cita para salir contigo.

—Bueno, es que sigo en mi empeño de montarme un trío, es una tarea bastante complicada de cumplir —dijo con una carcajada.

—¡Guille! No seas tan cochino, por favor. Vas a acabar traumatizándome.

—Si no lo has hecho en estos años, no creo que ahora vayas a hacerlo.

—Es que siempre me sorprendes, ese es el problema, que no sé por dónde me vas a salir.

Rio a carcajadas tan fuerte al otro lado del teléfono que por poco me deja sorda.

—Venga, dime, ¿por qué me estás llamando en tu descanso? No creo que lo hayas hecho para saber que continúo con mi ardua tarea de montarme un trío.

—Bueno…, te voy a contar algo, pero tienes que prometerme que no vas a chivarle nada a Meri, aún no sé cómo decírselo a ella.

—Qué misterio. Venga, suéltalo.

—Max me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos. Me ha dado las llaves de su casa y todo.

—¡Eso es genial! —Permaneció en silencio durante unos segundos—. ¿Estás segura de que te quieres ir a vivir con él tan pronto?

—Sí, nunca había estado tan segura de algo en mi vida. Es todo tan bonito junto a él…

—Sabes que, una vez que os vayáis a vivir juntos, se abre la veda de los pedos, ¿no?

—¡Jopé, Guille! ¡No me digas esas cosas! Todo va a ser siempre bonito con Max, no me hagas imaginarme guarradas.

—Era solo para que lo tuvieras en cuenta.

Volví a casa con el discurso preparado para contárselo a Meri. Necesitaba que ella aceptara que me iba a vivir con Max y no me diera la charla que me daba cuando me ilusionaba con un chico, pero con la que siempre había tenido razón. Necesitaba en lo más profundo de mi corazón que lo aceptara sin más para poder dar ese gran paso con su beneplácito.

Llegué a casa antes que ella, como solía pasar a menudo. Aproveché para escribir a Max y decirle que en cuanto llegara Meri se lo iba a contar todo, y él me respondió que ya se lo había dicho a su hermano y que se había alegrado mucho por nosotros, aunque le hubiera visto más triste que contento.

Dos horas más tarde, Meri entró en casa como llevaba haciéndolo desde hacía semanas: ausente. Se quitó los zapatos en la entrada y se fue directa a la habitación para cambiarse de ropa. Había llegado el momento y me sentía mucho más nerviosa que cuando les dije a mis padres que me iba de casa y dejaba el trabajo.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunté para establecer inocentemente el primer contacto con ella mientras la veía quitarse la camisa.

—Como siempre, mucho trabajo.

—Ya…

—¿Cómo fue anoche? Es buena señal que no vinieras a dormir.

—De eso quería hablarte.

Meri iba a quitarse en ese instante el sujetador, pero frenó y se dio la vuelta para observarme.

—¿Qué pasa?

¿Cómo podía decírselo? ¿Dando un rodeo o soltarlo directamente? Tenía los nervios a flor de piel, así que la única opción que vi viable fue decírselo directamente para quitarme esa losa que pesaba sobre mis hombros.

—Max me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos. Y la semana que viene me ayudará con la mudanza…

Permaneció inmóvil, sin decir nada. Empecé a preocuparme porque no estaba reaccionando como pensaba que lo haría. Sin más, empezó a llorar y se tumbó en la cama. Fue la gota que colmó el vaso de todo lo que estaba sintiendo, y que me fuera de su lado, al parecer, le afectó, porque sabía que ella se alegraría por mí, pero que no era capaz de procesar tantas cosas. Me tumbé a su lado y la abracé con fuerza. Ni siquiera le pregunté qué le pasaba porque sabía que lo único que necesitaba era desahogarse.

Capítulo 16

LA MIRADA DE HIELO

Cuando pensemos que estamos encerrados en la oscuridad y no podemos salir de ella, hay que recordar que siempre habrá una luz que nos guíe hacia el camino que debemos tomar. A veces, esa luz será un plan, tu pasión, o incluso una persona, que puede llegar a convertirse en el faro que guiará tu camino en ese momento tan complicado. Mi faro en aquel instante de mi vida, en el que lo veía todo negro, a pesar de haber conseguido la cuenta que tanto quería, fue Sara. Me acompañó en cada lágrima aquella tarde en la que me contó que se irían a vivir juntos, y ni siquiera me juzgó ni se sorprendió al verme así, vacía por dentro, que era como me sentía desde que perdí a Álex.

Si mi yo de hace un año me viera así, llorando porque había perdido a un chico que me hacía notar mariposas en el estómago cada vez que me miraba, se hubiera sentido defraudada por haber caído en las garras del amor, pero había cambiado tanto los últimos meses que me daba igual. Había aprendido que conocer a alguien, y dejarlo entrar en tu vida, no estaba mal; que dormir con otra persona después de hacer el amor era una de las mejores experiencias del mundo; y que besar a alguien que te hace sentir como la única mujer del universo era una sensación inexplicable que se vive muy pocas veces en la vida.

—¿Estás mejor? —me preguntó Sara cuando vio que llevaba un tiempo sin llorar, únicamente sorbiendo por la nariz.

—Sí, la verdad es que lo necesitaba. Había acumulado mucha tensión.

—Tía, sé que me quieres, pero tampoco es para que te pongas así porque me vaya —bromeó.

—No es solo por eso, tonta. —Le di un manotazo—. Ya sabes que es por todo.

—Es broma, mujer. ¿Y qué vas a hacer?

La miré extrañada.

—Nada, ¿qué voy a hacer? Aprender la lección y no volver a cometer este error nunca más.

Se quejó desesperadamente antes de incorporarse sobre la cama y sentarse con las piernas cruzadas mirando en mi dirección.

—¿De verdad, Meri? Parece mentira.

La imité y también me incorporé sobre la cama.

—¿Qué? Di ya lo que tengas que decirme. Lo estoy deseando —dije sarcásticamente y empecé a rascarme el brazo con intensidad.

—Para. —Me frenó la mano—. Eres una mujer fuerte que siempre has luchado por lo que quieres, ¿por qué no haces lo mismo con Álex?

—Porque él es un tío —respondí como si fuera obvio—. Un hombre nunca ha formado parte de mis planes.

—Ya, pero eso ahora ha cambiado y no estás bien sin él, entonces, ¿por qué no intentar hablar

con él? Te has rendido muy fácilmente, tú no eres así.

Me dio que pensar.

—Él no quiere escucharme…

—Haz que te escuche. Por lo menos explícate, y si después de eso no quiere saber nada de ti, habrás intentado luchar por alguien que de verdad te importa, porque sé que sientes lo mismo que él por ti.

—Eso no es verdad…

Me acarició el rostro y me lo levantó para que la mirara.

—Meri, no huiste cuando te dijo que te quería, eso ya significa algo.

—Odio que tengas razón.

—Venga, quítate el traje, vístete con algo más normal y ve a buscarle a la oficina. Max me dijo que se quedaban hasta tarde.

Dudé en si hacer caso a Sara o, por el contrario, rendirme por completo. No sabía cómo solucionarlo, no sabía cómo arreglar la cagada que yo misma había estado formando durante tanto tiempo.

—Solo nos conocemos desde hace unos meses… —solté casi en un susurro.

—El amor no se mide por el tiempo que llevéis juntos, sino por la intensidad con la que lo vivís. Qué más da tres meses que tres años, si te ha hecho sentir en ese tiempo cosas que nadie más ha hecho.

Maldita Sara y su lado romántico que hacía que las cosas fueran de color rosa, aunque en mi caso en ese momento fuera de un color rosado grisáceo, pero ya era un avance. Me cambié de ropa y me puse un vestido de punto de color ocre con unos botines negros sin tacón. Retoqué mi maquillaje y me peiné las ondulaciones para que estuvieran lo más perfectas posibles. Si algo sabía de Álex es que yo era su debilidad, así que tenía que atacar el muro que habría creado conmigo de alguna manera, y antes de poder hablarle me miraría, así que ese era el primer paso en mi nueva estrategia para que, al menos, me dejara explicarle todo.

Al entrar por la puerta de su oficina el estómago se me giró de repente, sentí más nervios que el día de la presentación en Londres. Como en la recepción no había nadie a esas horas, caminé por el pasillo con toda la decisión del mundo hasta que me topé con Max de frente.

—Oh, Mérida —dijo con un tono de voz duro—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a hablar con tu hermano.

—Él… no quiere verte.

—Necesito explicarle todo este malentendido. Si luego no quiere saber nada más de mí lo respetaré, pero tenemos que hablar.

—Es mejor que te vayas. —Se colocó de tal manera que me obstaculizó el paso.

—No quería sacar la artillería pesada contigo, pero, Max, te recuerdo que yo fui la que te organizó la cita con Sara y que gracias a eso ahora estáis juntos e incluso os vais a vivir a la misma casa… Me lo debes.

—Oh. —Chascó la lengua y recapacitó—. Te odio, Mérida.

—Lo sé.

—¡Álex!, ¿has terminado ya?

—¡Dame dos minutos! —se escuchó al final del pasillo.

—¡Vale, te espero abajo! —Se acercó a mí y después me habló en voz baja—. Os dejo a solas. Por favor, no le hagas más daño.

—Nunca ha sido mi intención.

Me guiñó el ojo y se marchó. Álex no tardó en salir del despacho totalmente concentrado en sus cosas y se sorprendió en cuanto levantó la mirada y me vio delante de él.

—¿Y Max? —preguntó con el ceño fruncido. Su mirada era de hielo, como si nunca hubiera sentido nada por mí y jamás lo fuera a sentir.

—Se ha ido para que podamos hablar.

—Será capullo… —dijo para sí mismo—. No tenemos nada de qué hablar.

—Solo quiero explicarte todo, por favor, déjame que te cuente lo que ha pasado.

Cerró la puerta de su despacho y suspiró.

—No tengo fuerzas para esto, de verdad.

Me esquivó y caminó con decisión por el pasillo. No iba a rendirme, así que le seguí sin decir nada más y corrí cuando vi que entraba en el ascensor y la puerta estaba a punto de cerrarse. Conseguí entrar a tiempo y apoyé la mano en la pared intentando recobrar el aliento.

—Ahora no tienes más remedio que escucharme.

—Sin problema. Tienes un minuto hasta que lleguemos a la parte de abajo.

—Ni de coña. —Me giré hacia los botones y apreté el de color rojo que ponía *stop.*

—¡No! —gritó Álex y el ascensor paró en seco—. Joder, ahora estamos atrapados. Felicidades.

—¿Y yo qué sabía? No creo que sea para tanto, seguro que si vuelvo a darle funciona.

—No, déjalo, vamos a pulsar este botón para que vengan a abrirnos.

Nos comunicamos con un chico a través de un micrófono que había en el panel de mandos del ascensor, pero nos avisaron de que no tenían a nadie disponible e íbamos a tener que esperar un buen rato hasta que vinieran a sacarnos. Permanecimos en un silencio incómodo. Yo no sabía por dónde empezar, y él tampoco tenía muchas ganas de hablar, así que ni siquiera intentamos comunicarnos.

Cuando vuelves a entrar en una casa en la que viviste durante mucho tiempo, y lo haces después de estar en otra casa, ya no te sientes como antes. Toda la paz, toda la tranquilidad que te daba cruzar la puerta, se convierte en un mar de inseguridad y extrañeza. Ya no estás cómodo en el lugar en el que antes te refugiabas del mundo. Pues esa misma sensación también se siente con las personas, y estaba tan dolida por sentirme así con Álex que decidí romper el hielo.

—Mi intención nunca fue que te enamoraras de mí para conseguir el puesto. Nunca he querido hacerte daño a propósito.

—Por favor, no digas nada. No puedo escucharte, me duele demasiado.

Se quitó la chaqueta del traje y se desabrochó el botón del cuello de la camisa. Empezaba a hacer calor y se hacía un poco insoportable estar allí. Yo también me quité la chaqueta, empezaba a agobiarme por la temperatura y era parte de mi estrategia para llamar su atención y que se fijara en mi escote, pero él ni siquiera me miró.

—Álex…

Ni siquiera me dejó hablar, me empujó hacia la pared del ascensor y me besó desesperadamente. Algo no iba bien, no era como siempre cuando juntábamos nuestros labios. Notar su cuerpo pegado al mío me excitó sobremanera porque ni siquiera me esperaba aquella reacción. Me abracé a él y le clavé las uñas cuando me devoró el cuello, mi punto débil. Los dos gemimos y la situación fue a más. Deslizó sus manos por todo mi cuerpo y, sin darme cuenta, me subió el vestido hasta las caderas. Le desabroché el pantalón y en apenas unos segundos apartó mis braguitas y se introdujo dentro de mí. No era para nada lo que había planeado. Tuvimos sexo salvaje en aquel ascensor, un acto que ya había tenido con otros hombres sin sentimientos de por

medio, y me asusté porque, aunque ambos disfrutamos al máximo, la sensación no era la misma que cuando nos habíamos acostado las anteriores veces. Esa vez me supo a despecho. Como si Álex quisiera vengarse de alguna manera por lo que le había hecho.

Al terminar, nos sentamos agotados sobre el suelo, en silencio, intentando recobrar el aliento. Evité mirarle, porque a medida que iba pasando el tiempo, me daba cuenta de que no había surgido la magia a la que estaba acostumbrada, y eso me hizo sentir vacía de nuevo, como si ya no le importara. A los pocos minutos, nos abrieron la puerta y, aunque nos habíamos quedado entre dos plantas, se podía salir sin problema. Cogí con premura la chaqueta del suelo y fui la primera en escapar de allí. Necesitaba huir. No podía soportar lo que había sucedido.

—Espera, Mérida.

No hice caso a sus palabras y bajé corriendo las últimas escaleras del edificio y me metí en la primera parada de metro que encontré. Por suerte, me subí en un vagón sin importarme a dónde me llevara, ya tendría tiempo después para pensar en ir a casa, porque lo que necesitaba era hacerme a la idea de que Álex lo único que sentía por mí era odio, una sensación realmente desagradable. Se podía decir que los dos estábamos en paz, porque ambos nos habíamos hecho daño.

Los días fueron pasando y mi vida también, aunque no la estuviera aprovechando al máximo, como siempre había intentado hacer. Sara y Max a la semana siguiente se fueron a vivir juntos a la casa de él, y me alegré de que le estuvieran yendo tan bien las cosas y de que por fin encauzara su vida como ella siempre había querido. Desde que Sara se fue, Guille y yo solíamos quedar más a menudo, sobre todo para llenar un poco el hueco que había dejado ella en mi casa, que estaba sin vida cada vez que entraba.

Guille, según me contó, en todas esas semanas que para mí fueron como una montaña rusa de sentimientos, consiguió olvidarse de la pareja con la que había estado saliendo a escondidas y estaba conociendo a una chica a través de una de esas aplicaciones para encontrar pareja. Habían hablado varias veces por teléfono, y también habían hecho alguna videollamada. Aún no se habían conocido porque ella vivía en Mallorca, pero estaban planeando que él fuera a verla dentro de unas semanas. Al parecer, las cosas estaban cambiando para los dos, sobre todo en el aspecto de dejarnos llevar con las personas que nos gustasen, porque Guille y yo siempre nos habíamos parecido bastante en ese aspecto y habíamos pasado de las relaciones serias, pero ahora él también estaba dispuesto a intentarlo.

Las cosas entre Álex y yo no habían cambiado. Desde aquel día no volvimos ni a hablar ni a vernos, una situación que cada día que pasaba me mataba un poquito más por dentro. A pesar de eso, sabía que seguía pensando en mí porque le veía casi todos los días escuchar nuestra *playlist*, y me reconfortaba cada vez que lo descubría escuchando alguna de las canciones que habíamos metido cuando todo iba bien. Solía hacer ese ritual por la noche, justo antes de irse a dormir. Yo hacía lo mismo en el trabajo, al contrario que él, cuando intentaba evadirme de todo para concentrarme mejor.

Un día, mientras terminaba una documentación que tenía que entregarle a Martina, sonó una canción que no había escuchado antes en nuestra *playlist*; era *Leaving My Love Behind* de Lewis Capaldi. Me lo tomé como una señal, como si Álex quisiera decirme algo, pero no se atreviera a ello. Mientras la escuchaba, mis ojos derramaron gotas de agua salada que ni siquiera sabía que existían y rompí a llorar en silencio. ¿Cuándo había metido esa canción? Me preocupé por si lo había hecho hacía días y no me había dado cuenta antes. Quise responderle de la misma manera, a través de una canción que hablara por nosotros. Tras buscar durante horas la canción ideal, al

final me marché a casa sin ni siquiera responder a su indirecta.

Como cada noche, en cuanto me metí en la cama abrí Spotify y observé qué era lo que Álex escuchaba antes de irse a dormir. Justo en ese instante se me ocurrió una canción. Añadí *Remember To Remember Me* de Isak Danielson. Ni siquiera estaba segura de que lo fuera a escuchar esa misma noche, así que dejé el móvil sobre la mesilla e intenté dormir, pero todo esfuerzo fue en vano. Haber descubierto que de alguna manera Álex se había querido poner en contacto conmigo, no me dejó descansar. Di tantas vueltas en la cama que saqué las sábanas del colchón. La única manera de poder pegar ojo era escribiéndole, tenía que ser valiente. Cogí el móvil de la mesita, entré en nuestra conversación y le descubrí escribiendo, pero al poco de meterme dentro dejó de hacerlo. Algo me decía que sí había escuchado mi canción.

Mérida:
Hola… 2:34

Álex:
¿Tampoco puedes dormir? 2:34

Mérida:
No puedo.
No paro de pensar en todo lo que nos ha sucedido.
2:36

Álex:
Yo tampoco… 2:36

Mérida:
¿Puedo llamarte? 2:37

Álex:
No sé si es buena idea 2:37

Mérida:
Por favor… 2:38

Se desconectó. Noté un agujero tan grande en el pecho que solo pude percibir algo de alivio cuando lloré. Casi todo lo que estaba experimentando sobre el amor era una mierda. ¿Cómo le podía gustar al mundo sentirse así por otra persona? ¿Por qué la gente se arriesga a amar a alguien cuando también es probable que puedas experimentar uno de los dolores más agudos y profundos de toda tu vida? Mi móvil empezó a vibrar al otro lado de la cama y lo cogí corriendo para descubrir que Álex me estaba llamando por teléfono. Me quité las lágrimas con rapidez, como si me fuera a ver en persona, y respiré profundamente intentando que no se me notara en la voz que había llorado.

—Hola —dije aliviada en cuando descolgué.

—Hola, preciosa —respondió con dulzura.

Lloré de nuevo en cuanto oí que me decía aquellas dos palabras. Pensaba que nunca más en la vida le volvería a escuchar llamarme «preciosa», así que esa inesperada contestación me pilló tan de sorpresa que me derrumbé.

—No llores, o harás que yo también lo haga.

—Tenemos que hablar, Álex —dije gimoteando—. No quiero que lo nuestro acabe así.

—Lo sé. Hay muchas cosas de las que hablar.

Soltó aquella frase con una voz tan neutral que me asustó. ¿Habría conocido a otra mujer y

quería que lo nuestro acabara para siempre? Sentí mucho miedo y lo único que quise fue acurrucarme sobre su pecho, pero era una idea que tenía que empezar a sacarme de la cabeza porque podía ser que nunca más ocurriera.

—¿Te parece bien mañana? —pregunté con ganas de que dijera que sí.

—Claro, te paso la ubicación antes de que salgamos del trabajo.

Ese día se convirtió en uno de los más largos de mi vida. Aunque después de hablar con él conseguí conciliar el sueño enseguida, al día siguiente percibía como si las manillas del reloj no se desplazaran de su sitio y el tiempo no pasara.

Por la tarde, en cuanto salí del trabajo, fui todo lo deprisa que pude a casa para quitarme el traje e ir al parque Cerro del Tío Pío, donde habíamos quedado. Tenía tantas ganas de verle que llegué mucho antes de la hora que habíamos acordado, pero lo más surrealista de todo es que Álex ya estaba sentado en un banco de piedra que miraba hacia la ciudad.

—Llegas pronto —dije en cuanto me situé a su lado.

Álex se levantó sorprendido del asiento y se metió las manos en los bolsillos resguardándose del frío. El otoño había llegado para quedarse y no estábamos preparados todavía para aquello.

—Tú también.

Sonreímos nerviosos, pero enseguida reaccionamos yendo hacia el otro y nos fundimos en un cálido abrazo.

—Te he echado de menos —confesé resguardada en su pecho.

Me dio un beso en el pelo, pero aun así sentí miedo, no quería percibirlo como una despedida.

—Vamos a sentarnos. Tenemos que hablar.

No me separé ni un segundo de él, temía tanto que fuera la última vez que nos abrazáramos que caminamos juntos hacia el banco y solo me separé de su lado al sentarnos. Subí los pies sobre la piedra, me giré en su dirección y me abracé las piernas para sentirme segura. El cielo cada vez se tornaba más oscuro y se podía apreciar cómo los edificios se llenaban de luces aleatorias que no marcaban ningún tipo de patrón.

—Lo siento mucho, Álex. Mi intención nunca fue enamorarte para que convencieras a tu hermano de que me diera el puesto de Carlo, te lo juro. Solo quise acercarme a ti, como amigos, para que vierais todo lo que valía y que cambiarais de opinión. Nunca he querido jugar con tus sentimientos. Tienes que creerme.

—Entonces, ¿qué ha sido todo lo que ha pasado entre nosotros?

—Lo más real que he vivido en la vida.

Sonrió y ese pequeño gesto me llenó.

—¿De verdad nunca has dormido con ningún chico o decirme aquella frase formaba parte de tu plan?

—Todo lo que te dije, y todo lo que hice, fue real. Nunca hubiera faltado a mis principios por un absurdo plan.

Escondió una pequeña sonrisa de satisfacción, pero intentó mantener el semblante serio. Yo no pude aguantar más la presión y se me escapó una lágrima.

—No llores. —Se acercó a mí y me limpió la mejilla con su pulgar, algo que me hizo sonreír —. Madre mía, si es que cada vez que sonríes brillas, y me encanta verte así.

Volví a sonreír y solté una carcajada, pero inevitablemente también derramé más lágrimas. Esta vez Álex apartó el agua salada de mis mejillas con sus dos manos y me calmó con un beso sobre la frente.

—Lamento tanto lo que sucedió en el ascensor. Me siento la peor persona del mundo. No

quería…

—Pasó lo que tenía que pasar. Ambos queríamos, no hay que darle más vueltas. Me dolió que surgiera porque estabas enfadado, pero ya está.

—Pero no…

—No hace falta que hagas esto.

Levantó mis piernas para colocarse debajo de ellas y me abrazó con fuerza.

—Te he echado de menos cada noche que no he dormido a tu lado —me susurró al oído.

Se alejó y nos miramos. Fue a besarme, pero aparté con delicadeza hacia atrás la cabeza y pude ver cómo su rostro se asustaba. Mis nervios estaban a flor de piel, sentía un gran nudo en el pecho y necesitaba hablar para quitarme esa extraña y desagradable sensación.

—Nunca he hecho esto.

—¿El qué?

Conté hasta diez antes de hablar de nuevo. Estaba tan nerviosa que notaba cómo mis piernas y mis manos temblaban al igual que gelatina. Estaba a punto de hacer algo que no había hecho nunca en veintiséis años y no quería que saliera mal.

—Te quiero, Álex. Has revolucionado mi vida en todos los sentidos y jamás pensé que llegaría a estar así con nadie.

Su mirada, su rostro y su sonrisa se iluminaron tanto que podría haber sido capaz de iluminar todo Madrid desde allí si hubiera querido. Ya era el momento de fundir nuestros labios, de saborear un beso en el que ambos necesitábamos expresar todo lo que sentíamos, y fue más real, distinto. Rozó la punta de mi nariz con la suya, con los ojos cerrados, antes de besarme lentamente, buscando con su lengua la mía, reencontrándose después de tanto tiempo.

—Ahora sí que voy a hacer todo lo posible para que nunca te vayas de mi lado —confesó aliviado.

—No va a ser fácil, yo aún tengo miedo…

—Merecerá la pena intentarlo, nos queremos. Seremos un buen equipo.

Me recosté sobre su pecho y, mientras me acariciaba el pelo, admiramos en silencio la preciosa silueta de Madrid en la noche. Estaba en el mejor sitio del mundo, porque a pesar de que la temperatura bajara por momentos, a su lado solo percibía un agradable calor que me hacía sentir segura y protegida, como si nada pudiera hacerme daño, pasara lo que pasara.

—Entonces, ¿esto es el amor? —pregunté mientas aspiraba su dulce aroma aún recostada sobre su pecho.

—Sí —respondió tajante.

—Pues me alegro de haberlo conocido contigo.

Agradecimientos

Aprovecho este pequeño espacio para agradecer a todas las personas que me han leído alguna vez y me han animado a continuar escribiendo, sin ese apoyo no sería posible que siguiera plasmando en papel todas las historias que tengo dentro.

A Desi, que me ha apoyado en la etapa final de esta novela y ha hecho que cada bache que me encontraba por el camino se convirtiera en un pequeño montículo fácil de superar.

A mis «chicas de la ofi», que se han ilusionado igual, o más que yo, cada vez que les he contado alguna noticia sobre este u otros proyectos.

Y para terminar, a Elisa, editora de HarperCollins Ibérica por darme la oportunidad de dar a conocer este pequeño universo que he creado.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com